



Vicki Lewis Thompson

*Una
deuda
pendiente*

eLit

e^{lit}

UNA DEUDA PENDIENTE
VICKI LEWIS THOMPSON

 HARLEQUIN™

Índice

UNA DEUDA PENDIENTE

Sinopsis

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Sinopsis

Habían pasado diez años desde que Dustin Ramsey y Erica Mann compartieron su primera experiencia sexual en el asiento trasero de aquel Mustang rojo, y había sido un verdadero desastre. Ahora Dustin tenía que enfrentarse al enorme reto de dirigir el negocio familiar, pero antes quería resolver el único fracaso de su vida. Tenía que encontrar y seducir a Erica, y esta vez lo haría bien.

Erica se quedó de piedra cuando se encontró a Dustin a la puerta de su casa. Quizá hubiera ido a hablarle de negocios, pero desde luego sus ojos le decían que ese no era el único tema que iban a tratar... Erica había llegado muy lejos en esos diez años, así que si Dustin creía que podía llegar allí y seducirla tan fácilmente, estaba muy equivocado... porque era ella la que lo iba a seducir a él.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Harlequin Books S.A.
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una deuda pendiente, n.º 33 — junio 2018
Título original: Truly, Madly, Deeply
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978—84—9188—705—8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

La investigadora privada Jennifer Madison miró la pantalla del ordenador y lanzó una sarta de juramentos en español, su lengua materna. El programa de investigación que acababa de instalar volvía a funcionar mal. Tendría que haber sido fácil encontrar a Erica Deutchmann, pero los fallos informáticos lo estaban convirtiendo en una pesadilla de dos días.

De pronto, milagrosamente, el programa escupió la información que tanto había buscado.

— ¡Sí! ¡Ahí está, vive en Dallas! —en cuanto soltó el grito, se arrepintió de ello. Y como había temido, la niña que dormía en la cuna al lado de su mesa se despertó y empezó a llorar.

—Ah, vamos, Annie, no quería gritar —dio a la tecla de imprimir con el ratón y sacó a la niña de la cuna.

— ¿Qué ha pasado? —Ryan, su marido entró en el estudio con un cepillo de dientes automático en la mano—. ¿Annie está bien?

—Muy bien —Jennifer colocó a la niña sobre su hombro y movió la silla de ruedas adelante y atrás—. Pero tú tienes pasta de dientes por todas partes.

Ryan miró el cepillo de dientes y lo apagó. Secó con la mano unas gotas de la puerta.

—Perdón —dijo—. Pero te he oído gritar a ti y luego llorar a Annie.

—Es culpa mía —Jennifer se puso en pie y se acercó a él—. Me he emocionado al encontrar a Erica Deutchmann y he asustado a Annie. Pero ya está bien, ¿ves? —se volvió para que Ryan viera a la niña, que volvía a dormirse sobre su hombro.

Y la agencia era ya solo suya, ahora que Morales y Budnicki se habían retirado. Le gustaba estar al cargo. Había cerrado la oficina del centro y se había trasladado temporalmente a su casa, pero ahora que Annie tenía ya dos meses, Jennifer estaba buscando una oficina cerca de casa, un lugar donde pudiera recibir a clientes un par de días a la semana. Entre sus recientes problemas con la informática y el tiempo que pasaba buscando oficina, iba bastante retrasada.

—Es preciosa, Jen —musitó Ryan—. Odio tener que ir a trabajar. Preferiría quedarme aquí.

—A mí también me gustaría —aunque, si había de ser sincera, no sabía si habría podido trabajar algo en caso de que Ryan se quedara en casa. Los dos habían esperado con impaciencia el permiso del médico para volver a tener relaciones sexuales y la abstinencia les había abierto el apetito del otro. Daba la impresión de que hacían el amor siempre que Annie se dormía.

Ryan besó la cabeza de la niña.

—Al menos uno de los dos se puede quedar con Annie.

Jennifer soltó una risita.

—Es una pena que sea la más bocazas. Me emociono con lo que hago y olvido que ella está a mi lado. Bien, voy a acostarla y tú puedes limpiarte la pasta de dientes de la camisa y ponerte en marcha —se acercó despacio a la cuna.

—Puedo llamar y decir que iré un poco más tarde.

Jennifer lo miró y descubrió que su ternura por la niña había sido reemplazada por lujuria dirigida a ella. Si lo miraba mucho rato a los ojos, cedería a su tirón sexual.

Y hacer el amor con Ryan Madison era una de las mejores cosas que podía ofrecer la vida.

Movió la cabeza con lentitud.

—Ahora que he encontrado a Erica, tengo que llamar a Dustin Ramsey enseguida.

Ryan pareció decepcionado.

— ¿No puede esperar unas horas?

—Pensaba tener esta información hace dos días. Y teniendo en cuenta lo influyentes que son los Ramsey en Midland, quiero causar la mejor impresión posible.

Ryan suspiró con dramatismo.

—Todos me decían que ocurriría antes o después.

— ¿Qué?

—Que mi esposa se aburriría de la rutina de siempre. Creo que ha llegado el momento de comprar algunos manuales sobre sexo, ¿sabes? y... —se interrumpió porque Jennifer se echó en sus brazos.

—Tómame, hombre salvaje. Tómame ahora mismo.

Ryan sonrió.

—Eso está hecho, pequeña, pero ¿acaso te has olvidado de la inexcusable llamada a Dustin Ramsey?

Jennifer clavó en él una mirada ardiente e intensa, que no daba lugar a discusión.

—Puede esperar unas horas más —le tocó la camisa—. ¿Te he dicho alguna vez cómo me excita el olor a pasta de dientes?

Capítulo 1

*Querida Erica,
A mi novio le gusta que le haga sexo oral, pero se muestra reacio a devolver el favor. ¿Debería seguir con él o dejarlo?
Atentamente, Labios de Azúcar.*

Erica tamborileó con los dedos en el borde del teclado mientras pensaba la respuesta. El reloj dio la media, lo que le recordó que Dustin Ramsey llegaría en treinta minutos y sintió mariposas aleteando en el estómago.

Tenía que aprovechar el tiempo antes de su llegada. Su boletín tenía que estar en la imprenta antes de mediodía del día siguiente. De haber tenido valor, le habría dicho a Dustin que ese no era buen momento para que se desplazara desde Midland. Habría sido mucho mejor a principios de la semana siguiente.

Pero la llamada la había pillado por sorpresa, y la verdad era que deseaba verlo después de tanto tiempo. Y ahora estaba tan nerviosa por su encuentro que no podía concentrarse en su trabajo. Su madre, forofa de la New Age, le habría dicho que viviera el momento y dejara de obsesionarse, pero Erica aún no había dominado aquello.

Apartó la silla del escritorio con un suspiro. Se levantó y fue por la sala de estar, colocando los cojines y revisando los muebles.

Tenía que haber propuesto un lugar de encuentro neutral en lugar

de aceptar la sugerencia de él de ir a su apartamento.

No podía imaginar que dentro de poco estaría sobre su alfombra. Hacía diez años que ella se marchó de Midland y mucho tiempo que no esperaba volver a verlo.

Y tampoco quería.

En su opinión, si se tenía una relación sexual espantosa con un hombre, solo quedaban dos opciones: aguantar e intentar mejorarla o evitarse para siempre. De haber tenido algo de autoestima sexual, ella habría elegido la primera opción, pero como no era así, permitió que Dustin tomara la decisión y él eligió la otra opción.

Pero no podía culparlo por ello. Virgen y tímida, había sido más una molestia que un placer en el asiento de atrás del Mustang de él, aquella noche cálida del mes de abril.

Años más tarde, se daría cuenta de que una mujer con más experiencia podía haber cambiado aquel encuentro torpe en una noche de éxtasis para los dos. Se habría hecho cargo de la situación y lo habría excitado, acariciado, sugerido varias posturas, trasladado la acción fuera e incluso realizado un striptease.

En lugar de todo eso, ella se limitó a abrir las piernas, y sin duda un hombre tan experimentado como Dustin se había aburrido hasta tal punto que habría olvidado ya el incidente. Ella lo creyó cuando le dijo que la había buscado para hacerle una proposición de negocios, algo relacionado con su boletín para solteros.

Podía haberle dicho que había empezado Dateline: Dallas por una apuesta y que pensaba abandonarlo en cuanto recibiera una propuesta interesante de algún periódico importante.

Pero entonces él quizá hubiera cambiado de idea sobre la proposición de negocios y ella no podía resistir la posibilidad de verlo. Nunca había podido resistirse a eso.

Diez años y no había progresado gran cosa en lo referente a aquel hombre. ¡Maldición! Se obligó a volver al ordenador. Labios de Azúcar era la única que podía salvarla.

Cuando renunciara al boletín, echaría de menos escribir las respuestas a la columna de cartas. Echaría de menos la comida gratis en los restaurantes sobre los que informaba, las entradas al cine gratis y las copas a las que la invitaban en los clubes del West End para que hablara de ellos. Se había divertido ese año, pero tenía que aceptar que, como decían sus padres, Dateline: Dallas era algo superficial y no un trabajo serio.

Empezó a escribir.

Querida Labios de Azúcar,

Tu chico es bastante vago, amiguita. Puedes probar a tentarlo con esencias aromáticas, pero mi intuición me dice que tratas con un hombre sexualmente egoísta.

Yo le daría otra oportunidad, pero solo una. Si falla la prueba, déjalo, preciosa. Mucha suerte. Erica.

Guardó la carta y la respuesta y pasó a otra carta.

Querida Erica,

Mi novio no puede durar mucho y yo me quedo insatisfecha. Él dice que yo debería llegar antes y yo le digo que él debería durar más. ¿Quién tiene razón?

Atentamente, Franny Frustrada.

Erica empezó a teclear con más entusiasmo. Era una experta en ese tema concreto.

Dustin Ramsey estaba delante de un edificio de apartamentos de tres pisos en McKinney Avenue, con los resultados de la investigación de Jennifer Madison guardados en su maletín. El sudor que le bajaba por la espalda tenía poco que ver con el calor de agosto y mucho con te ansiedad. Debido a los más de treinta grados, había prescindido de la corbata, pero un trato de negocios requería

chaqueta como mínimo imprescindible, y llevaba también sus mejores botas de piel de serpiente.

Tal vez se sintiera un farsante por dentro, pero por fuera parecería el hombre de negocios profesional que era de esperar, dada su herencia. En Dallas la gente se fijaba en la ropa. Había salido de Midland al amanecer y el nudo de tensión de su estómago no había hecho más que aumentar con cada kilómetro.

No había duda de que estaba en aprietos. Si hubiera entrado en el negocio familiar en lugar de hacer el tonto en el circuito de las carreras de coches, se habría dado cuenta de que su padre estaba tirando a la basura la fortuna familiar. Era una historia corriente en Texas... la de barones del petróleo que no podían competir con el crudo barato que llegaba de Oriente Medio. Y por si no bastara con eso, Clayton Ramsey había gastado un dinero precioso en comprar dos semanarios, uno en San Antonio y otro en Houston. Al parecer, el padre de Dustin siempre había soñado con ser periodista y Dustin no se había enterado de nada hasta ocho meses atrás, cuando un ataque dejó a su padre incapaz de hablar.

Se le ocurrió como solución vender la tierra a constructores, vender también los dos semanarios, instalar a sus padres en una casa en la ciudad y olvidarse del tema. Pero después de ver las lágrimas de su madre y el modo en que se hundían los hombros de su padre, cambió de idea. Usaría el terreno como aval para resucitar Empresas Ramsey y conservaría de algún modo los periódicos de su padre.

Por entonces le llegó la invitación para la reunión de diez años del instituto y eso lo llevó a pensar en Erica. Él se había dedicado a hacer el tonto y aprobar por los pelos hasta el curso en que dio Química y acabó siendo compañero de laboratorio de ella. Erica le supuso un reto y fue así como acabó con un sobresaliente en medio de un mar de aprobados.

Tal vez por eso pensó que podía obtener el mismo resultado seduciéndola en la parte de atrás del Mustang. Ella era rubia, de

piernas largas, muy sensual y estaba algo bebida. Y él era... virgen. Un chico sin experiencia, ansioso, que no duró mucho. Aunque todos sus amigos habían conseguido acostarse antes con chicas, en su caso no había sido así.

Naturalmente, había dado a entrever otra cosa, ya que no quería confesar la vena romántica que lo había hecho esperar hasta que sintiera que había llegado el momento oportuno. Y ese momento se produjo una noche de abril del último curso durante una fiesta en casa de Jeremy, que daba una fiesta siempre que sus padres se iban de viaje, aunque normalmente solo invitaba a jugadores de rugby y animadoras.

Pero como era el último curso, Jeremy invitó a todo el instituto, incluidas las empollonas como Erica. Y un par de horas después de que empezara la fiesta, a Dustin se le ocurrió la brillante idea de invitarla a dar un paseo por el campo, y así fue como acabaron juntos en el asiento de atrás.

Y todavía se ruborizaba cuando pensaba en su terrible actuación de aquella noche. ¡Qué decepción debió de ser para una chica experimentada como Erica! ¡Y qué decepción fue también para él! ¡Pensar que el rey del instituto, el mejor delantero del equipo de rugby y soltero más cotizado del lugar era un mal amante! Después de aquello no fue capaz de volver a hablar con ella.

Diez años después podía perdonarse un poco. Había sido un ingenuo al pensar que podía ser instantáneamente bueno en el sexo como había sido bueno en todos los deportes que había probado. Una buena coordinación mano—ojo no estaba mal, pero el sexo incluía una parte más complicada de su anatomía. Además de lo cual, se sentía intimidado por Erica y se esforzó demasiado.

Vale, después había mejorado en ese campo. Sin presumir, podía decir que era muy bueno. Varias mujeres así se lo habían dicho. Tenía que poder olvidar que no le había dado un orgasmo a Erica Deutchmann, su primera amante. Pero no podía y quería una

revancha; y en parte por eso estaba allí.

No obstante, no era la razón principal. Su fama como amante de la juerga había atraído a otros amantes de la juerga y ahora que tenía que ponerse serio, no tenía amigos en los que apoyarse. Pero en el instituto había aprendido que podía apoyarse en Erica. Era inteligente y ambiciosa, la clase de persona que necesitaba a su lado en aquella crisis profesional.

No lo sorprendió descubrir que llevaba ella sola un boletín para solteros. Cuando Jennifer le dio la información, Dustin llamó a algunos amigos que vivían en Dallas y ellos le dijeron que todo el mundo entre dieciocho y cuarenta años conocía el boletín. Era ingenioso, sexy y muy divertido.

Erica había encontrado una mina de oro y ese era el tipo de impulso e iniciativa que necesitaba él para reorganizar Empresas Ramsey. Tenía ya imprentas en San Antonio y Houston, y un boletín sexual podía ayudar a los periódicos semanales que tanto valoraba su padre.

Además, si todo salía bien, Dustin tendría muchas oportunidades de borrar viejos recuerdos y crear otros nuevos con Erica. Era un buen plan y tenía que funcionar. Sí, la estrategia podía parecer un pase afortunado en los últimos momentos del partido, pero no se le ocurría otra cosa.

Respiró hondo y avanzó hacia las puertas dobles de cristal que llevaban al edificio. Antes de abandonar Dallas, le probaría a Erica que era capaz de sobresalir tanto en los negocios como en el placer.

Dentro del edificio vio que había escaleras pero no ascensor. Mala suerte. Habría preferido entrar en un ascensor y verse en el tercer piso antes de tener tiempo de perder el valor, pero se quitó resueltamente la chaqueta, respiró hondo y empezó a subir.

Antes de llegar al segundo piso, se había convencido ya de que aquella era la idea más insensata que había tenido en su vida. A ella no le interesaría compartir ni negocios ni placer con él. Por teléfono

se había mostrado algo distante; él llevaba años obsesionado con ella y era muy posible que ella ni siquiera lo recordara.

Aun así, tenía que seguir adelante. Puede que hubiera hecho el tonto gran parte de su vida, pero no era de los que se rendían. En el tercer piso se detuvo a ponerse la chaqueta. Tomó de nuevo el maletín y echó a andar por el pasillo alfombrado en dirección al número 310. El corazón le latía con fuerza; no había estado tan nervioso desde que... desde que saliera a dar un paseo en coche por el campo con Erica.

Estuvo unos treinta segundos parado ante la puerta sin tocar el timbre. Al fin enderezó los hombros y se decidió a llamar. Enseguida oyó pasos al otro lado de la puerta.

Cuando esta se abrió, consiguió mostrar una sonrisa automática. Era un Ramsey, y los Ramsey siempre lucían una gran sonrisa al estilo de Texas. Pero tenía miedo de que los ojos se le salieran de las órbitas.

En la reunión del instituto del mes anterior había tenido ocasión de ver cómo habían cambiado sus compañeros de curso en diez años, pero ninguno había florecido de ese modo. Erica era bonita en el instituto, pero solía llevar largos tanto el pelo rubio como las faldas vaqueras. Ahora ambos eran cortos. Cortísimos.

Se había cortado el pelo según un estilo moderno y la falda y el top negro resultaban muy seductores, debido sobre todo a su figura de piernas largas y pechos llenos. Llevaba pendientes largos de madera y sandalias que dejaban los dedos al descubierto.

Dustin miró con rapidez su mano izquierda y lo alivió ver uñas pintadas de rojo pero ningún anillo de compromiso.

—Hola. Hacía mucho tiempo, ¿eh? —musitó ella.

—Claro que sí. Estás muy bien —sabía que era una frase tonta, pero con el cerebro confuso y la garganta seca, no se le ocurría otra cosa.

—Tú también —el tono de ella era cauteloso—. Adelante —se

hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Gracias —aunque lo embrujaba la curva de sus senos y lo intoxicaba la fragancia de su perfume, logró pasar a su lado con cierta confianza—. ¿Por qué no viniste a la reunión? —preguntó con tono causal.

Su ausencia le había costado bastante dinero. Había confiado en verla allí y, cuando no apareció ni nadie sabía su paradero, probó a encontrarla en las guías telefónicas de varias ciudades de Texas sin sospechar que había acertado su apellido a Mann. Al fin tuvo que contratar a Jennifer para buscarla.

— ¿Reunión? Oh, sí, los diez años, ¿verdad? No me llegó la invitación, seguramente por mi cambio de apellido.

— ¿Cuándo decidiste cambiarlo? —Dustin inhaló su perfume con gusto. Era mucho más sexy y obvio que el que usaba en el instituto. Su maquillaje también... con labios rojos y pestañas negras, aunque él sabía que era rubia natural.

—Cuando estudiaba periodismo, decidí que quería una firma más expresiva.

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí, eso suena propio de ti —deslumbrado como estaba por ella, le costó trabajo centrarse en lo que lo rodeaba. Notó vagamente una sala de estar brillante y soleada con muchas estanterías de libros, muebles de caña que daban un aire tropical al apartamento, la encimera de una cocina pequeña a la izquierda y un pasillo que llevaba al dormitorio y al baño. Encima del sofá colgaba un cuadro enorme con algún tipo de flor. Los colores rosados del interior le hacían pensar en sexo, pero cualquier cosa le hubiera hecho pensar en sexo en ese momento.

Encima de un escritorio antiguo de madera había un ordenador, todavía encendido. La mesa estaba llena de papeles y folletos publicitarios.

—Veo que estás trabajando en tu boletín.

—Sí, falta poco para que entre en imprenta.

Dustin dejó su maletín en el suelo y se acercó a la mesa. Había visto ya un par de ejemplares y sabía que la columna de consejos era la parte más jugosa, ya que las cartas solían referirse al sexo. Miró la pantalla.

Querida Franny Frustrada,

Tú mereces episodios sexuales largos y deliciosos con muchos orgasmos. Enseña a tu chico a llegar lejos. Aquí hay una técnica:

— ¿Quieres té helado?

Dustin miró sus ojos grises y tragó saliva. Habría dado su preciada chaqueta Harley por saber lo que pensaba ella ahora que volvían a estar frente a frente. Él había adquirido más experiencia, pero, evidentemente, ella también. Por ejemplo, conocía técnicas para prolongar la erección sexual. Después de todo, tal vez él no le llevara ninguna ventaja.

En aquel momento habría preferido dos vasos de whisky, pero repuso:

—Sí, gracias.

Ella rompió el contacto visual, como si deseara preservar sus secretos.

—Por favor, puedes sentarte donde quieras.

—De acuerdo —se acercó al sofá y se sentó en los cojines blandos.

— ¿Tienes hambre? —preguntó ella de nuevo—. Hay galletas integrales.

—Oh, muy bien —sofisticada o no, era evidente que ella seguía siendo una forofa del medio ambiente. Miró las revistas sobre la mesita de café y vio varios números de La madre Tierra.

—Aquí tienes —ella volvió a la sala con una bandeja de madera en la que había una jarra de té, dos vasos y un plato de galletas—. Si no te importa apartar esas revistas, dejaré esto ahí.

Dustin se inclinó y levantó las revistas. Desde aquel ángulo, si se lo proponía, podía ver el interior de la falda de ella. No lo hizo. Solo mirar cómo se rozaban levemente los muslos de ella al caminar le había hecho ya bastante daño. A su lado no parecía capaz de pensar en otra cosa que no fuera sexo.

Y los negocios eran lo primero. Tenía que venderle la idea de expandir su boletín. Cuando estuvieran de acuerdo en eso, podría volver su atención a otras cosas, pero no antes.

Erica sirvió el té y se sentó en un sillón enfrente de él.

—Bueno. ¿Dijiste que tenías una proposición para mí?

Dustin tomó el vaso de té helado y dio un trago. La miró a los ojos.

—Me encantaría llevar tu boletín a otro nivel.

— ¿Mi boletín? —preguntó ella sorprendida.

Por lo menos no se había echado a reír.

—Creo que debes considerar ampliarlo. Empresas Ramsey puede ofrecerte una estructura de apoyo que te permitiría ponerte a prueba y conseguir aún más satisfacción por todos tus esfuerzos.

Aquello no sonaba nada mal. Tal vez eso de las negociaciones se le daba mejor de lo que creía. Había decidido no mencionar sus periódicos semanales hasta más adelante, cuando ella estuviera ya enganchada en la idea. Según la información de Jennifer, Erica había trabajado para el Dallas Morning News. Y después de haber participado en un diario importante, tal vez un semanario no la impresionara mucho.

Erica frunció el ceño, confusa.

—No sé de qué me hablas.

Dustin suspiró. A lo mejor no era tan buen negociante después de todo.

—Tú tienes un gran producto y creo que puedes sacarle más provecho.

— ¡Oh! —ella negó con la cabeza—. El boletín no me interesa

mucho. Solo es algo que hago mientras llega una oportunidad en un diario importante.

Dustin la miró sorprendido, incapaz de creer que aquel boletín fuera solo una distracción.

—Pero todo el mundo habla de tu boletín. Tienes algo con mucho potencial.

Erica se encogió de hombros y tomó una galleta.

—Bueno, es divertido, pero...

—Si te expandes a otras ciudades, el cielo será el límite. Compara eso con un sueldo de reportera.

Vio que Erica echaba chispas por los ojos. Estaba claramente ofendida.

—El dinero no me importa. Quiero hacer lo que me gusta y dejé mi empleo en el Morning News porque no me daban los artículos que quería. El boletín me sirve hasta que aparezca un trabajo interesante, pero no voy a engañarme y pensar que tenga un valor social serio. Aunque por lo menos se imprime en un setenta por cien en papel reciclado y eso salva mi conciencia...

Dustin estaba atónito. No se le había ocurrido imaginar que ella no quisiera seguir adelante con aquel proyecto fantástico.

—Tiene mucho valor social —dijo sin pensar.

—¿Por ejemplo? —ella mordió la galleta.

—Por ejemplo... ser soltero es duro en estos tiempos de maratones sexuales y travestís. La vida es una jungla y la gente necesita una guía.

Ella masticó y tragó el trozo de galleta.

—Quiero lidiar con temas más importantes.

Dustin tenía la impresión de que salvar Empresas Ramsey no sería un gran tema para ella.

—O sea que no te interesa lo que sugiero.

—Debo admitir que siento curiosidad, pero no creo que tenga sentido hablar de ello cuando sé que lo abandonaré todo en cuanto

tenga una oferta de trabajo interesante.

— ¿Y hay alguna perspectiva de que eso ocurra pronto? — preguntó él.

—No. Con la incertidumbre económica que hay ahora, la gente se aferra a su trabajo y es difícil que queden puestos vacantes.

— ¿Y entonces por qué no piensas en mi propuesta?

—Porque si me expando, no podré dejarlo luego todo y salir corriendo dejando todo atrás tan fácilmente.

—Podríamos anticipar que tú acabarás yéndote pero habrá otras personas que puedan continuarlo —sabía que eso era más fácil decirlo que hacerlo. Por lo que había visto, la personalidad de ella dominaba el boletín entero.

— ¿Por qué te interesa tanto esto?

Aquello era entrar en terreno resbaladizo.

—Lo que tú haces es único porque es específicamente urbano — no sabía de dónde había salido aquella idea, pero sonaba profesional. Tomó una galleta y la mordió con cautela. No estaba mal.

— ¿De qué clase de expansión estamos hablando? —preguntó ella.

—De lo que tú creas que puedes hacer.

Erica mordisqueó su galleta.

—Fort Worth sería el paso más lógico. Y luego tal vez Houston.

—Houston está bien. San Antonio también —la miró comer la galleta y lamerse una miga del labio inferior.

—No digo que vaya a hacerlo, pero no me importaría disponer de tiempo para pensarlo.

—Tómame todo el que quieras.

— ¿Vas a volver hoy a Midland?

—No necesariamente —no pensaba darle a entender lo importante que era su boletín para el destino de Empresas Ramsey. Aquello podía espantarla por completo.

— ¿Tienes otros negocios en Dallas?

—No, pero puedo tomarme un par de días libres —abrió el maletín y sacó un sobre—.Te he escrito los detalles de la propuesta para que los revises con atención y sin presiones. Hace un par de años que no vengo por Dallas. Puedo darte un día o dos para decidir mientras veo la ciudad.

— ¿Solo?

—Si quieres saber si tengo una novia esperando en la habitación del hotel, la respuesta es «no» —terminó su galleta—.Y ya que estamos en el tema, ¿hay alguien a quién desees consultar esto? ¿Algún socio silencioso del que yo no sé nada?

Erica abrió los brazos.

—No. Estoy sola en esto.

—Si cambias de idea y aceptas, habrá que trabajar duro hasta que establezcamos todos los factores en los distintos mercados en los que queremos entrar. Si tienes un novio que requiera mucha atención, es mejor que esté advertido.

La mirada de ella se volvió fría.

—Yo no toleraría un novio que requiriera mucha atención.

—Perdón. No quería decir eso. Que tengas novio no tiene nada que ver con nuestro negocio y ha sido una torpeza por mi parte decir eso.

—Estoy de acuerdo.

Dustin le tendió el sobre.

—Será mejor que te deje esto y me vaya a hacer turismo. Puedo volver maña...

—O podemos llevarnos el sobre e ir a comer algo. Tengo que escribir sobre un restaurante para este número y tiene que ser hoy.

—Me parece bien —la idea de pasar más tiempo con ella era la mejor noticia que había oído hasta el momento, pero no quería parecer demasiado ansioso.

—Así tendremos más tiempo para hablar— movió el sobre—.Y dudo de que esto responda a todas mis preguntas. Y por si existe la

más mínima posibilidad de que pueda cambiar de idea, necesito saber más cosas de tu empresa. Toda mi información es de hace diez años.

— ¿Qué información?

La sorpresa de él era genuina. Diez años atrás, él, hijo único de Joan y Clayton Ramsey, no tenía ni la menor idea de cómo funcionaba la empresa. Qué narices, diez meses atrás, tampoco. Y le costaba creer que Erica hubiera sabido algo tanto tiempo antes.

Ella clavó en él sus misteriosos ojos de color grisáceo.

—Vuestra actuación no era muy buena —dijo con suavidad.

Dustin se ruborizó hasta la raíz del pelo.

— ¿Te refieres a la actuación de Empresas Ramsey?

—Por supuesto. ¿A qué creías que me refería?

—A eso —carraspeó él—. Bueno, eso ahora no debería ser un problema.

—Me alegro de oírlo —sonrió ella—. Pero quiero datos específicos. Si pasamos algo de tiempo juntos, podrás darme lo que necesito.

No era posible que estuviera hablando de sexo. Ella no haría eso. Pero aunque así fuera, proponía que salieran juntos, y eso ya era algo.

—De acuerdo —dijo—. Aún no me he instalado en un hotel. ¿Tienes tiempo de acompañarme mientras lo hago?

—De acuerdo —ella se puso en pie y tomó la bandeja—. Solo tengo que recoger esto y buscar mi bolso.

—Estupendo —Dustin cerró su maletín y se puso en pie.

—Vuelvo en un momento —dijo ella desde puerta del pasillo. Cuando se quedó solo, no pudo evitar acercarse al ordenador y leer el resto de la respuesta a Franny Frustrada.

Empieza practicando con una felación, manteniendo el pulgar y el índice en torno a la base del pene. Cuando esté apunto de alcanzar el orgasmo, aprieta ahí hasta que recupere el control de nuevo. Una vez que se dé cuenta de que contenerse aumenta su placer, se mostrará

más motivado. Podéis investigar también qué posturas...

Dustin oyó los pasos de ella en el pasillo y regresó con rapidez al sofá, donde se puso a examinar el cuadro de la flor gigante. En teoría, mirar una flor habría debido servir para aplacar su erección, pero el interior suave y blando de aquella parecía una...

—Es de Georgia O'Keefe —dijo Erica—. Un préstamo de la biblioteca.

Dustin la miró confuso.

—Puedes sacar cuadros igual que libros —explicó ella—. Así frenas el consumismo.

— ¡Oh! —pensó en los cuadros de arte del Oeste, todos originales, que colgaban en casa de sus padres y cuya venta tampoco se había atrevido a sugerir. Estudió el cuadro más de cerca y buscó la firma.

—Yo creía que Georgia O'Keefe pintaba cráneos de vacas.

—Eso también, pero su trabajo con flores es muy sexual, ¿no te parece?

Dustin se volvió hacia ella.

—Vaya, vaya...Así que no era mi imaginación.

—No —Erica estaba algo sonrojada pero lo miró sin vacilar—. ¿Te gusta?

—Sí —repuso él con suavidad; pensó en las horas que tenían por delante, horas que podían quizá florecer de promesas—. Me gusta mucho.

Capítulo 2

Cuando Erica cerró su apartamento y echó a andar hacia la escalera con Dustin, pensó por qué demonios lo había invitado a comer con ella. ¿Pretendía acaso aventurarse en la vieja casa embrujada para ver si el hombre del saco vivía de verdad allí?

Quería que Dustin la considerara una criatura sexual y sofisticada, y hasta el momento lo había conseguido. Lo inteligente habría sido tomar el sobre y despedirlo. Tenía que terminar el boletín y no dedicarse a tontear con él.

Porque sin duda estaba tonteando. Y él mostraba señales de sentirse muy excitado por ella. Erica había visto el bulto de sus pantalones mientras hablaban, y la posibilidad de que todavía la deseara resultaba tan fascinante que no había tenido más remedio que seguir explorándola.

Además, él estaba muy guapo y mucho más sexy de lo que recordaba. Y aunque sus padres le habían enseñado a recelar de los hombres que llevaban chaquetas deportivas caras, tenía que admitir que Dustin estaba de primera con la suya... y mejor aún sin ella.

Se la quitó para bajar la escalera y se la echó al hombro. El corte de su camisa realzaba esos hombros, que se habían hecho más amplios desde el instituto. Su voz era también un tono más profunda, y oírla le producía carne de gallina. Le gustaban las pequeñas líneas de personalidad que enmarcaban sus ojos azules y la

angulosidad de su rostro, que había convertido a un chico guapo en un hombre admirable.

Tal vez había decidido pasar más tiempo con él para descubrir por qué la excitaba. Porque lo cierto era que solo tenía que mirarlo para sentir que se derretía.

Pero era una reacción poco conveniente, ya que él no era su tipo. Su tipo de hombre llevaba pantalones de algodón amplios y sandalias, no vaqueros ceñidos y botas de piel de serpiente.

— ¿Has trabajado con tus padres desde la universidad? — preguntó.

— Ah, no, no exactamente. Volví al negocio familiar hace unos meses.

— ¿De veras? ¿Y qué hacías antes?

Dustin vaciló.

— Piloto aficionado de carreras — repuso.

— ¡Oh!

En otras palabras, había ampliado su infancia para poder correr por una pista quemando combustible y ayudar a destruir la capa de ozono. Por supuesto que no era su tipo. Ella salía con hombres concienciados con el medio ambiente a los que les gustaba el cine extranjero interesante. Y, por supuesto, antes o después encontraría a uno que cumpliera todos esos requisitos y que además la excitara sexualmente.

Dustin la miró, intentando aparentar serenidad.

— No te gustan las carreras.

— Yo no he dicho eso.

— No es necesario. Se nota — suspiró él—. Sabía que no te gustaría.

Hablaba como un niño decepcionado, y ella sonrió.

— Bueno, si te sirve de algo, me avergüenza haber pasado tanto tiempo con eso — continuó él—. Me doy cuenta de que fui un egoísta. Apenas ganaba lo suficiente para mantenerme y, aunque me divertía

mucho, seguramente debería haber hecho algo más constructivo.

Erica intentó borrar de su mente la imagen de él saliendo de un coche de carreras con una sonrisa de triunfo, porque le resultaba muy sexy.

—Entonces comprenderás por qué no quiero dedicar mi vida a publicar un boletín para solteros cuando puedo estar investigando cosas importantes como lo que hacen con la basura tóxica.

—Hay una gran diferencia entre mis días de piloto aficionado y ese boletín —dijo él—. A mí me encantaba correr, pero nadie se beneficiaba de ello excepto yo. Tú con ese boletín unes a personas, las ayudas.

—En cierto modo tal vez, pero...

—Ya sé, ya sé. Tú quieres cambiar el mundo. Siempre admiré eso de ti.

— ¿De verdad? —nunca se había imaginado siendo el foco de la admiración de él. El foco de su lujuria temporal, tal vez sí, pero de admiración no.

—Claro. La mayoría de las chicas pensaban en ropa y maquillaje cuando tú te dedicabas a poner pancartas pidiendo papel reciclado en los baños.

—Que, dicho sea de paso, nunca logré conseguir.

—Pero sin duda te adelantaste a tu tiempo...

—Gracias. Yo también lo creo así.

Le resultaba interesante que él hubiera prestado atención a lo que hacía; ella también había estado pendiente de él, pero no por motivos tan nobles.

—Siento mucho no haber ido a la reunión —dijo con sinceridad—. ¿Cuánta gente apareció?

—Unos doscientos ex alumnos, o sea que entre esposas e hijos éramos casi cuatrocientos en el picnic.

—No puedo creer que los niños de nuestra clase tengan ya hijos propios.

—Algunos dos o tres. Jeremy y Lucinda tienen cuatro. Algunos van ya por su segundo matrimonio.

—Increíble.

La mención de Jeremy y Lucinda la llevaba de vuelta a la fiesta en la que se enrolló con Dustin. Se habían besado por primera vez en el jardín, al lado de la piscina. A ella le gustaba mucho la forma de la boca de Dustin; sus labios eran lo bastante llenos para que besara bien, pero no tanto que parecieran femeninos.

Cuando llegaban al pie de las escaleras se le ocurrió algo.

— ¿Tienes hijos? —preguntó. Que no llevara anillo de bodas no implicaba que no fuera padre.

Dustin movió la cabeza.

—No. Ni tampoco ex mujer. Ni siquiera ex prometida —sonrió—. Me divertía demasiado para pensar en atarme.

Por suerte, ella recordó a tiempo que no debía olvidar su sofisticación.

—Yo también —repuso—. Me he divertido mucho —la sonrisa de él era otra de las cosas que hacían que le cosquilleara el estómago. No todos los hombres podían sonreír con tanta confianza en sí mismos, como si tuviera el mundo en la palma de la mano.

—Libre y salvaje, ¿en?

—Hay muchos hombres y poco tiempo.

Dustin sacó sus gafas de sol del bolsillo interior de la chaqueta y se las puso.

—En ese caso, supongo que debo sentirme honrado de que comas conmigo.

Erica se puso también unas gafas de sol.

— ¿Y de verdad lo sientes?

—Sí.

Ella sonrió. Diez años atrás, él llevaba ventaja, pero ahora notaba un leve cambio en el equilibrio de poder. Y no tenía nada de malo que quisiera saborearlo un poco.

No había duda de que él flirteaba con ella y, por el momento, le seguiría la corriente. Pero si él deseaba ir más allá, ella retrocedería. No tenía sentido tentar a la suerte y correr el riesgo de que la dejara plantada otra vez. Además, tenía que acabar el boletín, lo que le impediría ponerse en ridículo aquel día.

Cuando llegaron al aparcamiento, Erica vio un Mustang rojo nuevo y echó a andar en su dirección, convencida de que él habría cambiado su coche antiguo por un modelo nuevo.

—El mío está aquí —Dustin se dirigía hacia una ranchera plateada que llevaba escrito Empresas Ramsey en la puerta del conductor.

— ¡Oh! —Odiaba haberse traicionado al hacerle ver que recordaba el Mustang—. Ese coche rojo parece más de tu estilo.

—A decir verdad, siento debilidad por los Mustangs desde mi más tierna infancia, aunque aún no sé por qué.

— ¿El coche rojo es un Mustang? —preguntó ella—. Nunca sé distinguir un modelo de otro.

Dustin dio la vuelta a la ranchera y abrió la puerta del acompañante.

—Yo tenía un Mustang en el instituto.

— ¿En serio?

Él le tendió la mano para ayudarla a subir.

— ¿No te acuerdas de mi descapotable?

Erica le tomó la mano y sintió un escalofrío. Dio gracias en su interior a las gafas de sol, que impedían que él leyera nada en sus ojos.

—Ah—soltó una risita—.El descapotable. Ahora me acuerdo. Entró en el interior y él le soltó la mano—. ¡Qué tiempos aquellos! ¿Eh?

— ¡Qué tiempos aquellos! —la voz de él sonaba un poco tensa—. Oye, dejaré la puerta abierta hasta que suba y ponga el aire acondicionado.

Un hombre considerado, sin duda. Pero a ella la preocupaba más el tema de conversación que la temperatura. No quería hablar de aquella noche y arriesgarse a que él se diera cuenta de lo mucho que pensaba todavía en eso o, peor aún, recordarte lo inepta que había sido.

— ¿Tienes un hotel predilecto? —Le preguntó cuando él encendió el motor—. Porque me gustaría sugerirte uno.

—Adelante —Dustin subió el aire acondicionado y se quitó las gafas de sol.

—El Fairmont.

—Vayamos al Fairmont, entonces —puso el aire acondicionado al máximo, pero no intentó salir del aparcamiento, sino que apoyó un brazo en el volante y la miró con intensidad—. Erica, seguramente has olvidado la noche de la fiesta de Jeremy, pero...

— ¿No bebimos mucha cerveza? — ¡Maldición, él no pensaba evitar el tema!—. Tienes razón, no sé muy bien lo que pasó. Recuerdo que había bebido mucha cerveza.

—Tal vez, pero con memoria confusa o sin ella, me gustaría que pensaras bien mi proposición de negocios. No quiero que el recuerdo de esa noche influya en tu decisión.

Erica tragó saliva y lo miró. Como los dos llevaban gafas de sol, no podía ver su expresión. Por suerte, a él le ocurría lo mismo con ella.

— ¿No sería bueno que acordáramos olvidar aquella noche?

— ¿Y empezar de nuevo?

— ¿Qué significa eso? —no pensaba acostarse con él otra vez, eso seguro. Por mucho cosquilleo que le produjera su cercanía.

—Tabla rasa. Dos amigos del instituto que se encuentran de nuevo después de diez años.

— ¿Éramos amigos? —no podía olvidar lo sexy que estaba. La camisa le sentaba de maravilla, realzaba su pecho fuerte y su estómago firme. Aquella noche ella le había desabotonado la camisa y acariciado el pecho. Recordaba todavía la textura de su piel y el

cosquilleo del vello en las yemas de los dedos. Luego, le había desabrochado el cinturón...

—A mí me gustas pensar que sí. Tú me ayudaste a pasar Química.

A Erica empezó a gustarle en clase de Química. En primer lugar, por su hermoso cuerpo, aunque descubrió sorprendida que su mente tampoco estaba mal, aunque, al parecer, no estaba muy acostumbrado a usarla. En el examen final sacó más nota que ella, pero a Erica le encantó descubrir que estaba intelectualmente a su altura.

—Tú no me necesitabas para aprobar Química, y lo sabes —dijo.

—Sí te necesitaba. Descubrí que eras una buena influencia para mí —su sonrisa la dejó sin aliento.

Si se había propuesto seducirla, lo estaba haciendo muy bien.

—Creía que a los chicos les gustaban las chicas que tenían mala influencia sobre ellos.

—A los chicos sí. A los hombres no.

¡Maldición! No iba a ser fácil mantener la distancia. Tenían recuerdos juntos en un coche y la combinación del aroma de su loción de afeitar y los asientos de cuero resucitaban esos recuerdos.

En todo caso, la experiencia de ahora resultaba aún más erótica, porque el timbre de la voz de él le recordaba que era más viejo y experimentado. Y ella también. Si empezaban algo en el asiento de atrás del coche, ahora no terminaría en unos minutos.

A los dieciocho años, ella no tenía modo de apreciar los atributos de Dustin. Ahora, combinando su propia experiencia con las historias de sus amigas, se daba cuenta de que era un hombre muy bien dotado. Por suerte, aquella noche ella había estado muy excitada; de no ser así, él le habría hecho mucho daño. Pero solo sintió un momento de incomodidad y luego una sensación maravillosa que terminó demasiado pronto.

—Te he echado de menos —dijo él.

Erica no supo qué decir. Se echaba de menos a alguien de quien

uno se sintiera cerca. Dustin había entrado en su vida y la había cambiado para siempre, pero ella siempre había tenido clara la distancia entre ellos. Él había sido una fantasía entonces y lo seguía siendo ahora.

—Pero es evidente que tú a mí no —musitó él con desaliento.

—No sé lo que quieres de mí, Dustin.

Él la miró un momento.

—Lo que te he dicho. Empezar de nuevo.

—De acuerdo; un comienzo nuevo, pues —intuía que la situación era más complicada que eso, pero decidió no insistir en el tema.

—Seguiremos hablando durante la comida — musitó él. Tendió la mano para ajustar las ventanillas del aire acondicionado y rozó el pecho de ella con el codo—. Perdón.

—No importa —pero sí importaba. Sus pezones habían entrado en alerta instantánea.

Dustin, satisfecho al parecer del resultado de la conversación, sacó finalmente el coche del aparcamiento. Ella era muy consciente de todos sus movimientos. Él pedía un comienzo nuevo y ella no podía evitar preguntarse si se refería al campo sexual. De ser así, ella sería mejor amante ahora, pero era muy adolescente pensar que tenía que probarle algo sexualmente a aquel hombre.

Y aunque quisiera hacerlo, no tenía tiempo. Tendrá que pasar levantada parte de la noche para acabar a tiempo su boletín. Durante la comida descubriría a qué se dedicaban Empresas Ramsey en la actualidad y tal vez también por qué Dustin la atraía tanto.

El hombre conducía con facilidad entre el tráfico.

— ¿Cómo se te ocurrió la idea del boletín? —preguntó.

—Por mis amigas del Dallas Morning News —hablar de trabajo podía apartar su mente de otras cosas—. Un día estábamos sentadas en la sala de descanso comentando que debería haber una revista para solteros al estilo de Cosmopolitan dirigida especialmente a la zona de Dallas. Yo afirmé que podía sacar sola un boletín y mis

amigas me retaron a intentarlo.

—Y no puedes resistirte a un reto, ¿eh?

—Depende del reto.

— ¿Ves? A eso me refería. No eres el tipo de mujer que pierde la cabeza y hace tonterías.

—Haces que parezca aburrida y poco interesante.

— ¿Me tomas el pelo? Eras la chica más interesante del último curso. Cierto que tus ideas eran un poco raras, pero...

—¡No tan raras! El tiempo me está dando la razón, ¿vale? Si no espabilamos, habremos arruinado el planeta.

—Eh, a mí me importa el medio ambiente.

Ahora ella se sentía en terreno familiar.

—Perdona que no me lo crea. Tú has pasado años contaminando el aire con los humos de tubos de escape solo para divertirte. Por supuesto, con tu padre en el negocio del petróleo, ¿por qué no? ¿A quién le importa la calidad del aire cuando el consumo de gasolina te llena los bolsillos?

—¿Sabes lo que sería de la economía de este país si todos pensaran como tú?

—Dustin, ese argumento está lleno de fallos. Podríamos cambiar la economía a combustibles alternativos y sobrevivir bastante bien. Pero para eso tendrías que cambiar tú también un poco, renunciar a tus juguetes favoritos.

Él guardó silencio tanto rato que pensó que lo había ofendido. Mala suerte. Eran completamente distintos y lo mejor sería reconocer ese hecho.

—Tal vez yo esté dispuesto a cambiar —dijo él al fin.

Erica lo miró sorprendida.

Dustin se encogió de hombros.

—Como ya he dicho, eres una buena influencia para mí.

Aquello arrojaba una luz nueva sobre las cosas. Quería insinuar que podía convertirlo, y tomar al hijo de un magnate del petróleo y

convertirlo en ecologista podía ser una tarea que valiera la pena.

—¿Cuál es tu posición en Empresas Ramsey ahora? —preguntó.

—Parece que dirijo el cotarro. Mi padre tuvo un ataque justo después de Año Nuevo y ya no puede encargarse de ello.

—¡Oh, Dustin! —Sintió remordimientos por sus duras palabras de antes y le puso una mano en el brazo—. Lo siento mucho; ha debido de ser duro.

—Sí, pero a lo mejor ya era hora de que madurara.

—Olvida lo que he dicho. No sabía nada.

—No me has ofendido.

Erica se dio cuenta de que había empezado a acariciarle la manga y se apresuró a retirar la mano.

—¿Cómo está tu padre?

—Va a rehabilitación y está aprendiendo a andar de nuevo, pero sus problemas para comunicarse le impiden dirigir la empresa. No puede leer ni escribir y le cuesta trabajo encontrar las palabras al hablar.

—Menos mal que tienes los recursos necesarios para ofrecerle buenos cuidados —la preocupaban sus padres, que vivían en una granja pequeña en Ohio y no tenían seguro médico. Ellos insistían en que la vida sana los mantendría alejados de los hospitales, pero ella no estaba tan segura.

—Sí.

Su impresión de él cambiaba por momentos. Diez años atrás, había intentado calmar su corazón destrozado pensando en Dustin como el príncipe oscuro de un imperio diabólico. Pero pobre o rico, cuando eres el único hijo de un padre enfermo, la preocupación es la misma.

—Ahora hacen maravillas —dijo—. Con la terapia apropiada, puede recuperarse por completo.

—Eso espero. Pero los médicos me advirtieron que no esperara tanto. Tengo que actuar como si él no pudiera volver a ocuparse

nunca de la empresa.

—Seguro que sabes más de negocios de lo que crees.

—Ya veremos.

Aparcó delante del Fairmont y tendió las llaves al mozo con el aire de alguien que había hecho eso un millón de veces. Y sin duda así era. Con la misma facilidad con que dio propina al botones que ayudó a Erica a salir del coche y sacó la bolsa de viaje de la parte de atrás.

Dustin tomó su sombrero Stetson gris, colgado detrás del asiento, y se lo puso. Y con ese esto se convirtió de repente en Dustin Ramsey, heredero del trono de Empresas Ramsey. Y ella haría bien en no olvidar que, con padre enfermo o sin él, seguía formando parte de la Norteamérica empresarial.

Y ella no. Y por lo tanto, no podía dejarse deslumbrar por un hombre que se movía como pez en el agua en un hotel de lujo. Tal vez por un momento, al entrar con él en el vestíbulo decorado con flores, fantaseó con la idea de pasar allí una noche con él. Pero sabía que, aunque no hubiera tenido que acabar el boletín, habría sido un gran error.

Él reservó habitación par dos noches. Interesante. Al día siguiente, el boletín estaría en la imprenta. Pero no importaba que ella tuviera entonces tiempo libre. No importaba nada.

—Subirás conmigo, ¿verdad? —Él guardó en el bolsillo la llave tarjeta y se apartó del mostrador—. Quiero dejar la chaqueta y el maletín y no tiene sentido que me esperes en el vestíbulo.

—De acuerdo.

Lo acompañó a los ascensores e intentó convencerse de que no había nada de prohibido ni excitante en subir a su habitación. Que simplemente habría sido estúpido quedarse en el vestíbulo como un ratón asustado.

Subieron con un par de hombres que llevaban traje y maletines. Erica se distanció bastante de Dustin y observó parpadear los

números de los pisos encima de la puerta del ascensor. Por mucho que intentar borrar aquella impresión, no podía dejar de pensar que ese viaje hacia arriba tenía implicaciones sexuales.

Se preguntó si su aceptación a subir habría implicado también algo más. Diez años atrás, él la había invitado a dar una vuelta por el campo y asumió que ella quería algo más que aire fresco.

Pero si creía que ahora ocurriría algo en la habitación, estaba muy equivocado. Una cosa era compadecerse de su situación con su padre y otra muy distinta perder la cabeza y meterse en la cama con él. Ya no era la misma persona a la que había deslumbrado en el instituto.

El silencio de él de camino a la habitación resultaba muy sospechoso. Tal vez estaba planeando su seducción. Estaba segura de que al gran Dustin Ramsey no lo habían rechazado nunca y daba por sentado que cuando una mujer entraba en su habitación, se sometería a todos sus deseos.

Cuando abrió la puerta y se apartó para dejarla entrar, ella tenía el corazón y la imaginación desbocados.

La habitación era tranquila y seductora, con la luz filtrándose por las cortinas transparentes. Una cama enorme ocupaba la mayor parte de la estancia y Erica pensó que tenía que haber esperado en el vestíbulo. Era preferible parecer un conejo asustado que pasar por una escena incómoda cuando lo rechazara.

Y por supuesto lo rechazaría. Su autoestima así lo exigía.

Dustin lanzó su chaqueta sobre la colcha burdeos y verde y dejó su maletín en el escritorio lacado.

—¿Quieres beber algo antes de bajar? —abrió un armario—. Aquí hay un minibar.

A ella solo se le ocurría una razón para que le ofreciera una copa en su habitación del hotel a pleno día.

—No, gracias. Creo que deberíamos...

Una llamada a la puerta la interrumpió. Esperó hasta que él abrió al botones y le dio propina por subir la bolsa de viaje.

Cuando cerró la puerta, volvió a intentarlo.

—Tengo que preguntarte algo.

Dustin metió la bolsa en el armario.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué has venido a Dallas?

—Me enteré de tu boletín y pensé que una expansión podría ser una gran oportunidad para los dos...

—¿Seguro que eso es todo? ¿No hay ninguna otra razón?

Dustin la observó un momento.

—¿Por qué?

A ella le latía con fuerza el corazón.

—Porque tengo la impresión de que hay algo más y quiero saber lo que es.

Capítulo 3

Dustin había esperado otra cosa de su visita a Erica. Para empezar, ella no había aceptado su oferta, sino que se preguntaba si había motivos ocultos en ella. No la había invitado a subir a la habitación para seducirla. No sabía por qué lo había hecho, aparte del deseo de tenerla cerca.

Desde luego, su cercanía le daba fuerzas. Por primera vez desde el ataque de su padre se sentía optimista sobre sus posibilidades de dirigir la empresa. Lo cual no tenía sentido, teniendo en cuenta que Erica parecía dispuesta a rechazar su oferta. Pero aun así, le gustaba tenerla cerca.

Ella se había dado cuenta. Y ahora le pedía explicaciones que él no estaba dispuesto a dar. No había decidido hasta dónde podía sincerarse con ella en el tema sexual. Hacía muy poco de su reencuentro y no quería desnudar su alma y todas sus inseguridades. Al menos no todavía.

Erica estaba situada a contraluz y no podía verle bien la cara, pero su postura rígida indicaba que se sentía atacada. A él le hubiera gustado acercarse, pero ella podía interpretar el gesto de un modo erróneo.

Decidió contarle parte de la verdad.

—Tienes razón, en mi visita hay algo más que la oferta por el boletín, aunque conste que va muy en serio lo de querer ampliarlo a

otras ciudades.

—No me haces esa oferta porque te sientes culpable por lo que pasó hace diez años, ¿verdad? Porque si es por eso...

—En absoluto —repuso él—. En los negocios no hay lugar para los remordimientos. La oferta es legítima y espero que la aceptes.

Ella respiró hondo y su pecho subió y bajó.

—¿Y qué más pasa aquí?

A Dustin se le hizo la boca agua al pensar en descubrir aquellos pechos y pasar la lengua por los pezones erectos.

—Hace diez años nos sentíamos atraídos el uno por el otro. Yo era demasiado... bueno, demasiado joven para reconocer el potencial, pero no he podido olvidarte.

Era más de lo que pretendía decir y eso lo hacía vulnerable. No le gustaba parecer necesitado, pero era mejor que decir que quería otra oportunidad porque la primera vez que hicieron el amor era un chico virgen y tonto.

Erica lo miró largo rato en silencio.

—Aunque es evidente que tú sí me has olvidado —dijo él al fin. Después de todo, un hombre tiene que salvar su orgullo—. No te preocupes, puedo dejar eso a un lado y centrarme en los negocios. Podemos ir a comer y hablar de...

—Yo tampoco te he olvidado del todo.

—Vaya, pues desde luego es lo que parece.

—De acuerdo, tal vez fuera esa mi intención.

—¿Para hacerte la dura?

—Un poco —sonrió ella—. Pero recuerdo aquella noche, Dustin.

Y era muy posible que, siempre que la recordara, se centrara en la pobre actuación de él. Odiaba pensarlo.

—Mira, ahora no hay tiempo de entrar en el tema. Tenemos que concentrarnos en mi oferta —no obstante, a él le parecía igual de importante o más reparar su récord sexual.

—¿Sabes? —dijo ella—. Hablemos de eso ahora —se sentó en una

silla situada al lado de la ventana y cruzó sus hermosas piernas—. Dudo que acepte, pero si creyera que solo usas la propuesta de negocios como un medio para...

—No es así. Te lo juro.

Erica lo observó.

—Supongo que nunca me fío del todo de alguien que tiene mucho dinero. Pueden usarlo para manipular situaciones.

¡Qué gracia! Desde luego, él no podría hacer eso aunque quisiera. Pero confesar su estatus económico solo serviría para convencerla de no aceptar su oferta.

Carraspeó.

—¿Tienes miedo de que te haga esa oferta solo para acostarme contigo?

—¿Tú lo harías?

—No, eso es sórdido. Siento que pienses que me rebajaría a algo así.

—No creo que sea tan difícil de imaginar. ¿Qué ocurrió antes, encontrarme o descubrir el boletín?

La conversación empezaba a mostrar visos de prolongarse; Dustin se sentó en la cama, enfrente de ella.

—Encontrarte —dijo, con la mirada fija en ella.

—¿Y por qué me buscabas?

El hombre suspiró.

—Puede que te parezca estúpido, pero por la Química.

—Aja. Eso es lo que yo....

—La clase de Química.

Erica lo miró con fijeza.

—Desde que mi padre tuvo el ataque, he tenido b sensación de que todo me sobrepasaba, de que no podía dirigir la empresa y..

—¿Tu padre no tiene ayudantes, secretarias, gente que pueda ayudarte a ponerte al día?

Dustin movió la cabeza.

—Clayton Ramsey no sabía delegar. Además era un jefe difícil y ninguna secretaria se quedaba mucho tiempo. La última se despidió y se marchó a Alaska justo antes de que él tuviera el ataque.

No dijo que su padre no pagaba lo suficiente para encontrar buenas secretarias que le fueran fieles. El trabajo descuidado de la última había dejado un caos en el despacho.

—En cualquier caso —prosiguió—, me siento muy poco seguro de mí mismo. Mis éxitos han tenido lugar en las carreras y el rugby.

Así que la única vez que acepté un reto intelectual fue en clase de Química contigo. Cuando dije que fuiste una buena influencia para mí, no bromeaba.

—¿Quieres que te ayude a dirigir la empresa? —Ella abrió mucho los ojos—. Dustin, no estoy ni remotamente cualificada.

—No, no te pido eso. Verás... Lo que quiero... —se interrumpió y se frotó la parte de atrás del cuello—. Yo dirigiré la empresa. Pero tenemos que diversificarnos para no depender tanto del petróleo.

—Ah, el petróleo de Oriente Medio os está recortando beneficios.

—Sí. Y pensé que tú podías darme algunas ideas. Y cuando me enteré de lo de tu boletín, se me ocurrió que eso podía empezar el programa de diversificación de Empresas Ramsey.

—¿Mi humilde boletín?

—Está creciendo y puede ser aún más grande —al parecer, su licenciatura en empresariales no había sido una pérdida completa de tiempo ya que reconocía una mina de oro en potencia cuando la veía—. Todas las ciudades importantes del país son un mercado en potencia. Eso no es tan humilde.

Erica sonrió para sí y apoyó la espalda en la silla.

—¡Y yo que pensaba que era cuestión de sexo!

Dustin tomó su decisión en un segundo.

—Y lo es.

Ella lo miró con un sobresalto.

—Pero...

—Todo lo que te he dicho hasta ahora es verdad, pero hay más.
Ella tragó saliva.

—En ese caso... más vale que me lo digas.

—La cuestión es que, hace diez años, cuando... bueno, no fue perfecto exactamente —la miró a los ojos—. ¿Verdad?

Erica bajó la vista.

—Bueno, puede que no, pero creo que podemos echarle la culpa a la cerveza.

—Sí, claro. Pero recuerdo cómo los dos... lo excitados que estábamos. Eso es lo que más me ha molestado todos estos años. Debería haber sido una experiencia mejor.

—Éramos jóvenes.

—Exacto —respiró hondo—. Sé que esto puede sonarte ridículo, pero... puedo hacerlo mejor. Y me gustaría tener ocasión de demostrarlo.

Erica normalmente tenía respuesta para todo. De hecho, podía contar con los dedos de una mano las veces que se había quedado sin habla. Y sin duda esa era la más memorable. Jamás ni en un millón de años habría podido imaginar que de la boca de Dustin Ramsey saldrían aquellas palabras.

Al fin encontró la voz.

—¿Quieres repetir?

—Sí. No. Bueno, en cierto modo, sí. Maldita sea, no sabía que esto fuera a ser tan...

—Me siento muy halagada.

—Pero no te interesa. La gente siempre comienza un comentario de rechazo diciendo que se siente halagada, y concluyen que no puede hacerlo. Escucha, no te preocupes. Tú querías saber qué más había en todo esto y ahora lo sabes. Podemos olvidarlo todo y centrarnos en los negocios.

—¿Olvidarlo todo? Supongo que será una broma.

Dustin lanzó un gemido.

—He metido la pata. Ahora no considerarás mi oferta porque no podrás olvidar que te he pedido que te acuestes conmigo. Pero no podía mentirte, Erica. Te respeto demasiado.

La joven respiró hondo varias veces e intentó frenar los latidos de su corazón. Dustin quería ampliar su boletín, pero también darle un orgasmo. No lo había dicho así, pero eso era lo que proponía. Aún no había asimilado que él había aceptado la responsabilidad del fracaso de la noche que pasaron juntos años atrás.

Lo cual decía mucho en su favor. Ella había culpado a la inexperiencia, pero él no. Y ahora quería probarle que había mejorado. Era increíble que lo preocupara la opinión de ella, y más increíble aún que pareciera importarle tanto mejorarla. Jamás había tenido ese poder sobre un hombre.

Y quería manejar la situación con cuidado.

—Si... si hacemos el amor y descubrimos que los dos somos mejores ahora, ¿qué lograríamos con eso?

Dustin la miró unos segundos.

—Siempre que pienso en ti, me acuerdo de aquella noche y me siento mal. Quiero arreglar eso.

—Hablas como si se tratara de una rueda suelta en uno de tus coches de carreras.

—Sé que bromeas, pero no es una metáfora tan mala para describir lo que siento.

A Erica aún le costaba trabajo comprender que la experiencia lo hubiera marcado tanto.

—¿No puedes olvidarlo y en paz?

—Créeme, lo he intentado. Seguro que a ti no te preocupa en absoluto, pero a mí me ha vuelto loco durante años.

A ella le encantaba todo aquello.

—Vale. Admito que a mí también me preocupa un poco —no estaba dispuesta a confesar que la había atormentado durante años.

—¿Ves? Siempre será un obstáculo entre nosotros a menos que hagamos algo por cambiarlo —miró la alfombra—. Sé que no debería haberte evitado después de aquella noche, pero solo tenía dieciocho años y estaba muy avergonzado por mi mala actuación.

—¿Por eso no me llamaste? —ella pensó en las semanas de dolor que había soportado—. ¿No me llamaste porque no podías soportar la vergüenza?

Dustin levantó la vista y asintió con la cabeza.

—Perdona.

—Yo creía que después de haberte acostado conmigo, ya no te interesaba —y seguía sin estar convencida de que no hubiera algo de aquello. Tal vez él reescribía la historia para adaptarla a su situación actual.

—Entonces debes de tener una opinión muy pobre de mí. Supongo que me consideras como los hombres de los que escriben tus lectoras, como ese que no puede tomarse tiempo para satisfacer a Franny Frustrada.

—Ya vi que mirabas mi ordenador —comentó ella.

—Sentía curiosidad. ¿Encuentras mucho de eso? ¿Hombres que no están dispuestos a dar todo lo que reciben?

El tema empezaba a poner nerviosa a Erica, empeñada en controlar las respuestas de su cuerpo.

—Bastante. Primero las mujeres tienen que comprender que tienen derecho a disfrutar del sexo y luego tienen que educar al hombre. Es un proceso lento, pero creo que se hacen progresos.

—Gracias a personas como tú —su mirada azul se volvió más intensa—. ¿Crees que ayudar a las parejas a disfrutar más de su vida sexual es importante?

—Esa columna es solo una pequeña parte del boletín —no podía dejar de mirarlo, ya que sus ojos la hacían sentirse sexualmente viva y hacía mucho tiempo que no se sentía así—. Sobre todo habla de restaurantes, clubes, discotecas y lugares a los que puedes ir en una

cita.

—¿Y por qué crees que es tan popular? Te daré una pista. No es por esos lugares, aunque estoy seguro de que ahí también ofreces un buen servicio.

—Bueno, sé que a la gente le gusta la columna, pero...

—Escucha, yo tengo dos amigos de las carreras que están suscritos a tu boletín. Puede que digan que es por la información sobre restaurantes, pero a mí me confesaron que lo primero que leen es tu columna. Los hombres no quieren que se note que buscan información sexual y así pueden hacerlo con disimulo. Tú le dices a una lectora cómo ayudar a su chico a durar más y cien hombres más harán el esfuerzo de conseguirlo.

Y si seguían con aquella conversación, ella acabaría arrojándose en sus brazos y suplicándole que la poseyera. Ya había prometido satisfacerla.

Carraspeó.

—Creo que nos alejamos del tema.

—No tanto. Tú llevas diez años pensando que soy un tipo frío que consiguió lo que quería y te dejó plantada. Si piensas eso de mí no podemos renovar nuestra amistad. Tengo que clarificar esa impresión.

—Puedo aceptar tu palabra.

Dustin negó despacio con la cabeza.

—Lo que ocurrió entre tú y yo fue algo físico. Se necesita un acto físico para borrarlo de nuestra memoria.

Y ella estaba más que preparada para aquel acto físico. Pero, por fortuna, todavía le funcionaba el cerebro.

—Dustin, esto es una locura.

—¿Por qué?

—Con tantas expectativas, el sexo entre nosotros sería un desastre.

Entonces la sonrisa de él se hizo más amplia.

—Cuando se trata de retos físicos, actúo bien bajo presión.

—No creo que pudiéramos relajarnos y disfrutar sabiendo que esto es una prueba, que los dos intentamos ser mejor que el otro.

—¿Tú intentarías ser mejor que yo?

Sin duda había tenido un desliz estúpido.

—Bueno, no, claro que no.

—Te diré una cosa. Vámonos a comer y lo pensamos mejor.

—Ya lo he pensado y creo que es una locura.

Dustin se puso en pie.

—Piénsalo más tiempo. Pero ahora estoy muerto de hambre. Desde esta mañana solo he comido esa galleta en tu casa.

Estaban sentados en un reservado de un pequeño restaurante del West End, donde Dustin comía carne a la barbacoa y ella mordisqueaba un sandwich vegetal. Erica le había dicho que para escribir de un lugar tenía que probar distintas cosas y había probado también lo del plato de él, pero prefería su sandwich vegetal.

Los dos eran muy diferentes. Él se marchitaría y moriría con una dieta de verduras y tofu, y esa era la comida favorita de ella. Solo comía carne porque tenía que hacerlo para escribir sobre los restaurantes. Aunque él no entendía sus preferencias, respetaba sus convicciones. Siempre lo había hecho. En realidad, le gustaba hacerse el texano duro solo para provocarla. Cuando ella pidió una cerveza local, hecha con cebada orgánica, él pidió una Bud.

Luego, ella intentó convencerlo de que invirtiera en ese tipo de cervezas, pero él tenía sus dudas por la parte orgánica, que encarecía considerablemente el precio.

Sin embargo, ella era persuasiva, y le gustaba su modo apasionado de argumentar. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más convencido estaba de que había hecho bien al buscarla.

—Pruébala —dijo ella, pasándole la botella de la que acababa de beber.

A Dustin le gustaba la idea de colocar su boca donde ella había puesto la suya. Le rozó los dedos al tomar la botella y vio que se le iluminaban los ojos. Bien. Seguía pensando en su propuesta.

Le sostuvo la mirada y se llevó la botella a los labios.

—¿Y bien? —ella lo miraba expectante.

—Me gusta. Muy rica —igual que estaría ella. Imaginó que saboreaba su boca junto con la cerveza. Le devolvió la botella y la observó beber de ella otra vez. Beber de la misma botella era un buen comienzo.

—¿Y lo tendrás en cuenta como una inversión en potencia?

—Claro que sí. Lo estudiaré. Pero la cerveza orgánica no tiene erotismo. Tu boletín sí. Y ya sabes lo que se suele decir. El sexo vende.

Erica hizo una mueca.

—Yo creía que querías educar a la gente, no capitalizar el contenido sexual del boletín.

—¿Y qué hay de malo en hacer ambas cosas?

—Hablas como un verdadero capitalista, ¿sabes? Y a mí no me importa ganar mucho dinero —tomó otro sorbo de cerveza—. Con sinceridad, no me veo editando ese boletín mucho más tiempo. Seguro que encuentro otro trabajo en los próximos seis meses, a medida que mejora la economía.

—Estás dejando pasar una oportunidad de oro.

Erica lo miró con ojos brillantes.

—¿Seguimos hablando del boletín?

Dustin sonrió.

—Tienes un modo tan sutil de coquetear que confieso que despiertas mi curiosidad —dijo ella.

—¿Y nada más?

La joven no contestó; se limitó a sonreír.

Él estaba seguro de que su deseo sexual resultaba palpable en su rostro. Por suerte, ella no podía ver debajo de la mesa, donde había pruebas más claras. Tomó un mordisco de carne.

—Aún no sé cómo me has encontrado —comentó ella—. He perdido el contacto con todo el mundo de Midland. ¿Se puede saber cómo me has localizado?

Dustin masticó y tragó la ternera para darse tiempo a pensar en una respuesta. Si le decía la verdad, ella sabría lo obsesionado que había estado por encontrarla. Por otra parte, no le quedaba más remedio que ser sincero.

—Contraté a una investigadora privada.

—¡No me digas! ¿Contrataste a alguien para buscarme? No me lo creo.

A veces también le costaba creerlo a él.

—Cuando se me mete una idea en la cabeza, puedo ser... muy terco.

Erica enarcó las cejas.

—Eso parece.

—Confiaba en verte en la reunión, pero como no apareciste, tuve que idear otro modo.

—¿De verdad contrataste a un detective?

—Sí.

—Esto empieza a parecerse a una película.

—Bueno, si te imaginas a un hombre con gabardina raída y sombrero calado, no fue así. Jennifer Madison trabaja en Midland y te buscó por Internet, con su niña de dos meses dormida en la cuna a su lado.

Erica frunció el ceño.

—Jennifer Madison. Conozco ese nombre —chasqueó los dedos—. Se suscribió a mi boletín. Me pregunté por qué lo hacía si vivía en Midland. Así que es investigadora privada.

—Sí. Y bastante buena.

—Una detective privada con una niña y un ordenador. Resulta anticlimático. Yo estaba pensando más bien en Humphrey Bogart.

—Lo siento —musitó él—. Estamos en la era electrónica.

—Aun así, me cuesta creer que contrataste a alguien para que escarbara por ahí hasta encontrarme. Nunca me lo habían hecho.

—¿Y no te molesta?

Erica lo miró a los ojos.

—Supongo que podría considerarlo como otra muestra de que la gente con dinero funciona diferente a los demás. Tú querías encontrarme y no vacilaste en contratar a alguien.

—Como último recurso —y había considerado el gasto con más cautela de la que ella necesitaba saber.

—Pero lo cierto es que me halaga. Yo creía que solo había sido una muesca en tu cinturón y tú contratas a una detective para buscarme diez años después.

Dustin hizo una mueca.

—Yo no soy de esos tipos. Es lo que intento...

—Pero puede que seas otra cosa.

—¿Eso crees? ¿Puedes poner un ejemplo?

—¿Qué fue exactamente lo que falló en nuestra relación sexual?

—Bueno, mmmm... —Dustin tomó un trago de su cerveza para darse ánimos—. Terminó demasiado pronto, para empezar.

Los ojos grises de ella no se apartaban de los suyos.

—Hay quien cree que los rápidos también son buenos.

—Sí, siempre que ambos queden satisfechos —se alegraba de que estuvieran en un reservado del fondo y hubiera poca gente en el restaurante.

Aun así, no se sentía muy cómodo con la conversación. El dueño del restaurante, un hombre llamado Henry, había aparecido varias veces para preguntar si la comida era buena. Podía volver y escuchar algo de lo que decían.

Ella seguía desafiándolo con la mirada.

—¿Y adonde quieres ir a parar?

Dustin se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—Tú no tuviste un orgasmo. Y eso estuvo mal. Muy mal.

Erica imitó su postura y se inclinó hacia él con los brazos apoyados a cada lado del plato.

—¿Y debo suponer que todas tus demás compañeras sexuales sí?

—Por supuesto que sí —estaba orgulloso de eso. En algunos casos, él les había dado el primer orgasmo de su vida.

La joven se echó hacia atrás con una sonrisa.

—A eso me refería —dijo con suavidad—. Yo soy la mujer que estropea tu récord.

—No se trata de eso, maldita sea —bueno, tal vez un poco sí, pero eso no era lo principal.

—Pues yo digo que sí. Tú eres un atleta y los atletas no se pueden permitir perder récords, ¿o no?

—Eso no es cierto. No es cuestión de números. Seguramente todos los hombres tienen una mujer a la que no han podido satisfacer sexualmente. Eso puedo soportarlo. Lo que no quiero es que esa mujer seas tú.

—¿Por qué?

—De todas las personas con las que he hecho el amor, tú eres la que más respetaba —hasta que no lo dijo en voz alta, no se dio cuenta de lo cierto que era.

Ella parpadeó.

—Parece que ha habido una larga lista.

—No quería que sonara así —había habido una larga lista, pero ninguna de sus experiencias había importado tanto como aquella noche en la parte de atrás del Mustang. Y él la había estropeado.

—Solo quiero probarte que soy capaz de hacerlo bien.

Ella volvió a inclinarse hacia él

—¿Sabes qué? Creo que das más importancia a esto de la que tiene. Si lo único que necesitas para sentirte mejor es darme un orgasmo, no hay por qué organizar nada muy elaborado.

—¿No?

—No. De todos modos no tengo tiempo para eso. Si quiero que el

boletín entre a tiempo en imprenta, tendré que trabajar sin parar hasta el mediodía de mañana.

—Entiendo —el brillo de los ojos de ella lo ponía nervioso—. Pero yo estaré aquí mañana por la noche.

—¿Y por qué esperar? —murmuró ella—. Si tan importante es para ti, ¿por qué no podemos solucionarlo ahora mismo y olvidarnos de ello de una vez por todas?

Dustin sintió la boca seca.

—¿A qué te refieres?

Erica se movió hasta el rincón del reservado y palmeó el asiento de vinilo a su lado.

—Ven aquí, vaquero. Vamos a igualar ese marcador.

Capítulo 4

Erica estaba bastante segura de que Dustin retrocedería ante el reto. Tenía en mente una estrategia muy distinta, que implicaba que los dos se desnudaran, y esa sugerencia no encajaría con su idea preconcebida. Así ella pasaría por valiente y atrevida sin tener que llegar hasta el final.

A juzgar por la sorpresa que se leía en los ojos de él, sus años en el club de debates habían dado fruto. «Haz lo inesperado y llevarás la ventaja». La llamada de teléfono de Dustin la había pillado desprevenida, por lo que al comienzo la ventaja fue de él. Pero había perdido parte de la ventaja al confesar que llevaba diez años pensando en ella.

Y ahora esa ventaja había desaparecido por completo y tragaba saliva de una forma compulsiva.

—Eso no es lo que...

—¿Cómo va todo? —Henry se acercó de nuevo al reservado—. ¿Tienen sitio para el postre?

Erica estaba satisfecha de sí misma. Habría estado dispuesta a apostar a que Dustin lidiaba en ese momento con una erección importante. Eso la excitaba, pero no era cierto que quisiera hacer el amor en un restaurante. Por supuesto que no.

Volvió al centro del asiento y sonrió a Henry.

—Eso del postre suena de maravilla.

—Estupendo. Tenemos tarta de chocolate, una tarta de queso con moras increíble y otra de avellanas que es mortal. ¿Por qué no traigo un trozo de cada una y las prueban a voluntad?

—Muy buena idea —Erica miró a Dustin—. ¿Estás de acuerdo?

—Mmmm, vale.

—¿Puedo llevarme los platos?

—El mío sí —dijo ella—. Y estaba delicioso, Henry. La barbacoa también, y ya sabes que soy poco carnívora.

—No olvide mencionar la salsa en la crítica. Somos famosos por ella.

—No lo olvidaré —tendió la mano hacia el plato de Dustin, tomó una poca con el dedo y lo lamió a propósito. Nunca se había sentido tan motivada para provocar sexualmente a un hombre—. Un sabor así debería ser pecado.

Henry sonrió satisfecho.

—Receta secreta de mi madre —miró a Dustin—. Señor, ¿quiere que le deje el plato?

—No, no es necesario; puede llevárselo. Pero estaba muy bueno.

—Una buena crítica en el Dateline: Dallas garantiza clientes — tomó el plato de Dustin—. Llevo meses intentando traer aquí a Erica —la miró—. Y la crítica saldrá el sábado, ¿verdad?

—Desde luego. La escribiré esta tarde.

—Estupendo. Así tendremos mucha gente el sábado por la noche. ¿Alguno quiere tomar más cerveza?

—Yo no puedo beber más si quiero terminar mi trabajo —dijo ella—, pero un té helado estaría bien.

Henry miró a Dustin.

—¿Y para usted?

—Lo mismo, gracias.

—Bien. Enseguida vuelvo.

Cuando se marchó, Erica miró a Dustin en silencio.

—Lo de antes no iba en serio, ¿verdad? —preguntó él.

—¿Qué te hace pensar que no?

—Bueno, para empezar, Henry no deja de entrar aquí.

Erica no había pensado en eso, pero daba igual, porque él no aceptaría su oferta.

—La posibilidad de ser descubiertos aumenta la excitación —repuso—. Yo hice un boletín sobre restaurantes donde era posible hacer el tonto y me llegaron muchas peticiones para que editara otra vez ese número.

—Y... —la voz sonó algo ronca—. ¿Probaste personalmente los restaurantes?

—No voy a contestar a eso —por desgracia, el chico con el que salía en aquel momento no tenía nada de aventurero y la vez en que ella intentó acariciarlo por debajo de la mesa, insistió en que salieran del restaurante.

—Seguro que sí. Lo cual es exactamente lo que esperaría de ti. Eres una mujer valiente.

Erica se sentía complacida. Tal vez él volviera a Midland y pensara en ella otros diez años. Podría imaginarlo haciéndolo, lo cual sería maravilloso.

—Aquí están... —Henry colocó tres platos de postre y dos té helados sobre la mesa.

—Pecador de verdad —sonrió la joven.

—Dígalo en la crítica —le pidió Henry—. Y así tendré cola aquí el sábado por la noche.

—Eso espero —Erica observó los postres y decidió presionar un poco más a Dustin—. Gracias, Henry. ¿Sabes lo que también me gusta de este sitio?

—¿El encanto del dueño?

Ella le sonrió. Henry era gay, así que sabía que no la deseaba ni lo más mínimo.

—Desde luego. Y también que el servicio es discreto. No nos molestáis mientras comemos. Nos dejáis disfrutar de la comida en

paz.

Henry se ruborizó de placer.

—Procuro tratar a la gente como me gustaría que me trataran. Miro si necesitan algo y luego desaparezco. A la gente le gusta disfrutar de la comida en privado.

—Eres muy inteligente —dijo ella.

—Dicho eso, os dejo con los postres. Buen provecho.

Cuando se alejó, Erica miró a Dustin.

—Toma lo que más te apetezca.

Él respiró con fuerza.

—¿Has hecho eso adrede?

Erica se hizo la tonta.

—¿Pedir postre?

—Comunicar a Henry que queríamos estar solos.

Ella tiró del plato con la tarta de chocolate y partió un trozo con la cucharilla.

—Verás... Parecías preocupado por su presencia y he decidido apartar ese obstáculo —chupó el chocolate del borde de la cachara —.Toma algo, ¿de acuerdo?

Dustin acercó la tarta de queso a su lado.

—Vamos, seguro que si me paso ahí, te da un ataque.

—Ponme a prueba —tomó la guinda por el rabo y la movió ante los labios antes de metérsela en la boca. Se sentía mareada de poder. Dustin se encogía en su asiento y se preguntaba si era tan atrevida como parecía. Estupendo.

El hombre tomó el tenedor y empezó a comer pastel de queso de forma automática e ininterrumpida.

—Si te tomo la palabra, veré que es un farol.

Se metió la guinda en la boca y retorció el rabo entre los dedos mientras masticaba y tragaba. El corazón le latía con fuerza, pero mantuvo un tono de voz ligero.

—Tal vez no lo sea —aquello era lo más divertido que había hecho

en su vida.

—Lo es. Puede que hayas hecho algo en un restaurante oscuro de noche, pero estamos a pleno día —terminó el pastel de queso y tomó un trozo del de chocolate—. No seguirías adelante.

—Lo que tú digas. Has sido tú el que ha dicho que no podíamos ser amigos si no me dabas un orgasmo. Yo solo intentaba facilitarte las cosas.

Dustin se detuvo con el tenedor en el aire y se pasó la lengua por los labios en un gesto inconsciente.

—Dime otra vez cuándo terminarás con el boletín.

—Tengo que entregarlo en la imprenta mañana a mediodía. Esta semana me he retrasado, así qué seguramente tenga que trabajar toda la noche —chupó la cuchara llena de chocolate sin apartar la vista de él.

—¿Y estarás libre después?

—Tengo que revisar mi agenda. Puede que tenga una cita mañana por la noche.

No era cierto; había roto con Brian dos meses atrás y desde entonces no había aparecido nadie prometedor en el horizonte. Pero tenía que protegerse o acabaría en el hotel de Dustin al día siguiente.

Y después de haber sido una conquista fácil la primera vez, no quería cometer el mismo error. Por mucho que lo negara, tal vez a él solo le interesaba la caza y cuando le diera lo que quería, desapareciera de nuevo.

La voz de él sonaba ronca por la tensión.

—Me estás torturando adrede, ¿verdad?

Erica se inclinó hacia él.

—Solo intento demostrarte que estás intentando montar una situación imposible. No puedes entrar en mi vida después de diez años y esperar que me meta en la cama contigo para que tengas un récord perfecto con las mujeres.

—¿O sea que no saldrás conmigo mañana por la noche?

—Tal vez sí, si no tengo una cita. Pero los dos tenemos que saber que no me acostaré contigo. Eso supondría demasiada presión para ambos.

—Está bien.

La decepcionó que él cediera tan fácilmente, pero sonrió como si la complaciera su decisión.

—Me alegra que nos entendamos. Creo que acabarás por ver que... —se detuvo al ver que él se levantaba de su asiento—. ¿Qué haces?

—Muévete. Voy a aceptar tu oferta de antes.

—Ah... —la cuchara se le cayó de la mano y golpeó la mesa.

Dustin se sentó en el borde del asiento, con el muslo rozando el de ella y el brazo sobre el respaldo del banco de vinilo. Su boca estaba a pocos centímetros de la de ella, su aroma la envolvía.

—¿Has perdido el valor? —susurró.

—No —mintió ella; miró sus ojos azules como el centro de una llama—. Simplemente me has... pillado por sorpresa —había calculado mal y, si retrocedía ahora, perdería todo el terreno ganado. Su reputación de chica sofisticada quedaría seriamente dañada. Además, se dio cuenta con un sobresalto de que quería que él siguiera adelante.

—No esperabas que aceptara, ¿verdad? —la voz de él era suave mientras le acariciaba el muslo. Solo su respiración, rápida y superficial, y la intensidad de su mirada, revelaban su excitación.

Ella, por su parte, apenas podía respirar.

—Verdad —su voz sonaba estrangulada por la tensión.

—Pensabas que un vaquero rústico de Midland no aceptaría el reto —deslizó una mano bajo la falda corta de ella y rozó el dobladillo de sus braguitas de algodón orgánico—. Pero después de los obstáculos que estás poniendo en mi camino, este parece el único modo de conseguir que me des una segunda oportunidad.

Su mano caliente en la parte interior del muslo hacía que a Erica

se le acelerara el corazón, pero lo miró a los ojos, decidida a no flaquear.

—No cambiaré de idea. No pienso acostarme contigo.

—Entonces tendremos que conformarnos con esto, ¿verdad? —La empujó con el muslo—. ¿Por qué no te mueves un poco y me das más espacio pata trabajar?

Ella estaba tan excitada que pensaba que iba a desmayarse.

—¿Has hecho... has hecho esto antes?

—Lo cierto es que no. Pero supongo que tú me darás instrucciones.

Erica tragó saliva y se movió un poco en el asiento.

Dustin la siguió, con la mano pegada todavía a la parte interior del muslo de ella. Movi6 el torso para ocultarla a la vista y le puso la otra mano en el hombro.

—Última oportunidad —dijo—. ¿Quieres retroceder?

Erica negó con la cabeza. Una mujer del milenio tenía que ser capaz de sentir placer cuando y donde quisiera. Y él tenía razón: estaba en deuda con ella. Además, cobrar la deuda allí la asustaba menos que una escena en el dormitorio.

Dustin pasó los nudillos por la tela húmeda de sus bragas de ella.

—Creo que tú quieres esto.

—Tal vez —se agarró al borde de la mesa con las dos manos.

—Nada de «tal vez» —deslizó los dedos por la apertura de la pierna—. Estás muy húmeda.

No hacía falta que se lo dijera. Erica se sentía empapada desde el momento en que le puso la mano en el muslo. Sintió dos dedos dentro y contuvo el aliento. Sus músculos se tensaron de inmediato en torno a ellos.

—Estás lista —él abrió los labios y empezó a acariciarla despacio adelante y atrás—. Esto será fácil.

Erica reprimió un gemido y cerró los ojos.

—Es mejor que abras los ojos —dijo él con voz ronca—. Finge que

tenemos una conversación seria.

La joven levantó los párpados y lo miró.

—¿Quieres que hable?

—Claro —puso el pulgar en movimiento y la acarició adelante y atrás con él—. Este portero tuyo se está excitando mucho, ¿sabes? Vamos, dime qué sientes.

Ella sentía la lengua tan hinchada como el portero al que él hacía referencia.

—Me gusta —susurró.

—Eso me parecía. Tienes las mejillas rojas y los ojos oscuros, como anticipando tormenta —le introdujo los dedos sin abandonar la caricia con el pulgar.

—Ahí... ahí —ella se agarró al borde de la mesa y empezó a cerrar los ojos de nuevo.

—No los cierres —se inclinó hacia ella y aumentó sutilmente el ritmo de los dedos—. Explota para mí.

Al instante siguiente los espasmos se apoderaron de ella. Tensó la mandíbula para reprimir los gritos que amenazaban con brotar de sus labios y apretó los muslos, aprisionando la mano de él. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y luchó por respirar.

—Increíble —musitó él.

—No ha... estado... mal —respiró varias veces seguidas. Él se había ocupado de lo más urgente, pero unas palpitaciones insistentes le decían que, si él volvía a empezar, alcanzaría el orgasmo otra vez.

Dustin acercó la boca a su oído.

—Y no has terminado, ¿verdad?

Erica le tomó la muñeca y sacó la mano de entre sus muslos. Tuvo que respirar hondo antes de decir:

—Sí, he terminado.

—No me lo creo. Sigues vibrando como una peonza.

Ella lo miró a los ojos.

—Tenemos que irnos.

—Claro que sí. ¿A tu casa o a la mía?

—A la mía, pero tú no te quedas —y no podía decirle cuánto deseaba que se quedara—. Tengo mucho trabajo.

Dustin apretó la mandíbula.

—¿Sería el fin del mundo si el boletín no sale a tiempo? Tú misma has dicho que no tiene tanta importancia. ¿Qué más da que se retrase un poco?

—Mis suscriptores esperan recibirlo el sábado y lo tendrán el sábado. Henry cuenta con mi crítica para ese día. ¿No lo has oído?

—No. Estaba pensando en otra cosa.

Erica le puso una mano en el brazo e intentó mostrarse sofisticada.

—Dustin, ha sido fantástico. De verdad. Una gran experiencia. Pero tengo que volver a mi apartamento a trabajar —sonrió—. Y ya estamos en paz.

—No se trataba de eso, maldita sea. Todavía no hemos... aún no sabes si yo...

—¿Si eres muy potente? Seguro que sí —no le hubiera importado averiguarlo por sí misma, pero era demasiado arriesgado—. Es cierto que tengo que irme a casa.

Dustin suspiró.

—A mí me llevará un momento salir de aquí.

—Comprendo —en conjunto, las cosas iban bastante bien entre ellos. Aquel pequeño interludio no lo había enfriado en lo más mínimo; la deseaba aún más que antes. Y ella quería que se marchara de Dallas en el mismo estado; no consentiría ser algo que él tachara en su lista de «cosas pendientes».

Al fin salieron del restaurante. Ella se despidió alegremente de Dustin, pero él se limitó a agitar la mano y no parecía nada alegre.

Guardó silencio durante la primera mitad del viaje al apartamento de ella.

—No sabía que tus comentarios sobre los restaurantes tuvieran

tanto impacto —dijo al fin—. ¿A qué crees que se debe?

Erica también se había preguntado lo mismo. El incremento en los negocios después de su primera crítica los había sorprendido tanto a ella como al dueño del restaurante, pero sus amigas la ayudaron luego a analizarlo.

—El boletín va al grupo indicado —repuso—. Los solteros comen mucho fuera. Y yo no hablo de un restaurante hasta que varios amigos me han dicho que es bueno, así que mis críticas suelen ser positivas y la gente se fía de mi criterio. Pero ya tenía buenas respuestas antes de que la gente supiera que podían fiarse de mí, así que tengo que pensar que hay algo más.

—¿El qué?

—Sexo.

Dustin estuvo a punto de saltarse un semáforo en rojo; pisó los frenos con fuerza.

—¿Quieres decir que lo que ha pasado hoy es algo que haces a menudo y luego escribes de ello?

—No. Lo de hoy ha sido único. Y no se lo contaré a nadie.

Dustin relajó los hombros.

—Eh, no soy tan desinhibida.

—Todo es posible. Ya eras apasionada en el instituto y hace diez largos años que no te veo.

Erica se echó a reír, satisfecha de que la considerara una mujer salvaje.

—Cuando digo «sexo», me refiero a que el modo en que escribo las críticas tiene connotaciones sexuales. No sabía que lo hacía hasta que me lo señaló una amiga. Ahora hago adrede que la comida parezca sexy.

—Como la salsa que debería ser ilegal y los postres que son un pecado.

—Exacto.

—O sea que te das cuenta de que el sexo vende y lo usas en

beneficio propio.

—Vale, es posible —no era algo que le gustara admitir fácilmente. Dateline: Dallas trataba de sexo, desde luego. Las películas se clasificaban según contribuyeran a excitar a la pareja o no. Solía recomendar clubes nocturnos con rincones íntimos y oscuros y recorridos exteriores que incluyeran uno o dos lugares privados para besarse.

Promocionaba lugares donde la gente pudiera intimar. Y su columna ayudaba a descubrir cómo hacerlo bien. En el fondo era todo un juego. En lugar de luchar por reformas sociales, estaba inmersa en relaciones sociales. Literalmente. No era de extrañar que sus padres no la hubieran felicitado por el éxito de su boletín.

—Erica, si no embotellas esa fórmula para tener éxito y la exportas por todo el país, es que estás loca. Si quieres aceptar o no mi oferta, depende de ti. Es evidente que hay más cosas entre nosotros y tal vez yo no sea el hombre ideal para hacer negocios contigo, pero tienes que buscar alguien que te apoye. Has encontrado una mina de oro.

—O solo hojalata que brilla —musitó ella.

Dustin entró en el aparcamiento del edificio de ella, pero dejó el motor del coche en marcha.

—Si de verdad crees eso, hazlo deprisa y corriendo, y llámame.

—No puedo hacer eso y lo sabes.

El hombre la miró; las gafas de sol ocultaban su expresión.

—Te reto a dejar de escribir de sexo y venir a disfrutarlo a mi hotel. Llámame a cualquier hora. Des pues de lo ocurrido en la comida, seguro que estaré despierto toda la noche.

Capítulo 5

De camino a su hotel, Dustin no dejaba de maldecir la cualidad que más admiraba en Erica. Si no fuera tan responsable, pasaría la tarde y la noche en la cama con él en lugar de trabajar en un boletín que afirmaba que no le importaba nada.

Pero él no se lo tragaba. A ella le gustaba lo que hacía, aunque estaba tan empeñada en poner sus miras en los grandes temas, que no podía admitir que el boletín valía la pena. Dustin no veía nada de malo en extenderlo por todo el país. Ayudaría a la economía local en cada ciudad y enseñaría a las parejas a pasarlo mejor.

Pero ella no escucharía su opinión; en lo referente a Erica, solo tenía una carta que jugar... que ella lo deseaba.

Y era mutuo. Solo tenía que olerse las puntas de los dedos y se excitaba en el acto. Después de haber visto a Erica una vez en el momento del orgasmo, quería a toda costa repetir la actuación.

Y quería hacerlo despacio, con ambos desnudos y tiempo para explorar a placer. Quería las manos de Erica en su pene... y también su boca, desde luego. A juzgar por su respuesta en el restaurante, era indudable que ella también fantaseaba con hacer el amor durante horas. Si conseguía vencer su resistencia, entre los dos prenderían fuego a la cama.

Aunque había algo que lo preocupaba un poco. Ella era tan increíblemente sexy que pondría a prueba el control del que tan

orgullosa estaba, el control del que quería hacer gala con ella. Pero eso no le impediría correr el riesgo si conseguía convencerla.

Cuando volvió a su habitación del hotel, miró el reloj de la mesilla y se dio cuenta de que tenía mucho tiempo libre hasta que Erica terminara el boletín. Eso no le gustaba, y no tenía intención de quedarse en la habitación compadeciéndose a sí mismo. Sus dos amigos de las carreras de coches tal vez no pudieran darle consejos empresariales, pero sí sabían divertirse. Sacó la agenda del maletín y tendió la mano hacia el teléfono.

Erica tardaba normalmente una hora en hacer la crítica de un restaurante, pero ese día llevaba solo unos minutos escribiendo cuando empezó a soñar despierta y recordar su comida con Dustin. Hasta que el trino de un pájaro fuera de la ventana le recordó que estaba allí sentada sin hacer nada.

Cuando no revivía en su mente los momentos pasados juntos, pensaba qué estaría haciendo él. Lo había dejado bastante excitado y, aunque su intención era esa, ahora se sentía culpable. Ella también seguía excitada y eso que había tenido ocasión de aliviar parte de la tensión. No era difícil imaginar la frustración de él.

Tal vez había decidido aliviarse solo. A juzgar por las cartas que recibía en su columna, los hombres no tenían problemas en hacer eso cuando la mujer con la que salían no podía satisfacerlos. Ella misma había recomendado la masturbación a hombres cuya energía sexual era mayor que la de sus novias. Era preferible eso a una aventura.

Pensó si Dustin preferiría la cama o la ducha, si se masturbaría despacio o deprisa. Quizá pensaría en ella al hacerlo o quizá no. Podía imaginar que era la mano de ella la que acariciaba su...

Pero todo eso no la llevaría a ninguna parte excepto a buscar el vibrador que guardaba en el cajón de la mesilla. O a llamar a Dustin y pedirle que acudiera en su ayuda. No. No cedería a esos impulsos.

Tenía que escribir esa crítica.

Empleó toda su fuerza de voluntad y consiguió pasar media hora escribiendo. Estaba con la última frase cuando sonó el timbre. Pensó que era Dustin y el corazón empezó a latirle con fuerza.

Pero al asomarse por la mirilla vio que se trataba de su amiga Denise, una morena bajita que escribía notas necrológicas en el Dallas Morning News y que llevaba una bolsa de comida china en la mano. Erica le abrió con una sonrisa.

—Sabía que es tu noche atareada —dijo Denise. Llevaba el pelo largo recogido en una cola de caballo y vestía pantalón corto y camiseta amplia—. Y sé que a veces te olvidas de comer, así que te traigo la cena. No me quedaré. A menos que necesites ayuda, claro.

—Necesito compañía, pero no aceptaré la ayuda a menos que me dejes pagarte.

—Ya me regalas la suscripción —Denise dejó la bolsa en la mesa y empezó a sacar recipientes olorosos—. Y me sienta bien escribir de personas vivas para variar. Te he traído verduras y arroz frito, además de un rollito de primavera para cada una y sopa. Pero si quieres emoción y aventura, te dejaré probar mi pollo kung pao.

—Ya tengo emoción y aventura —Erica sirvió té helado y sacó platos y cubiertos.

—¿En qué sentido? —preguntó su amiga. Se sentó en su sitio habitual, cerca de la ventana.

Erica se acomodó enfrente de ella y empezó a servir la comida.

—¿Recuerdas el día que bebíamos margaritas con Josie y las tres nos contamos cómo perdimos la virginidad?

Denise la miró con curiosidad.

—Sí, me acuerdo.

—Bueno, pues el chico de mi virginidad se ha presentado hoy.

Su amiga abrió mucho los ojos.

—¿El atleta de Midland?

—Exacto. Y dice que después de aquello pasó de mí porque lo

avergonzaba su actuación.

—¿Y ha tardado diez años en admitirlo? —Denise pinchó un trozo de pollo con el tenedor—. No me impresiona.

—Al parecer, ha pensado en mí todo este tiempo y..quiere otra oportunidad.

Denise sonrió.

—Increíble —se llevó el tenedor a la boca—. ¿Y cuáles son tus planes?

Erica abrió la boca para explicarle las complicaciones.

—Espera, no me lo digas. Déjame adivinar. Tú quieres provocarlo y si te sigue la corriente, tal vez te acuestes con él. Y luego le dirás que vuelva a Midland.

Erica no estaba segura de poder hacer eso. Mezcló las verduras con el arroz en su plato.

—Es muy guapo.

—Mejor. Además puedes disfrutar mientras te vengas.

—Pero tengo miedo de que me guste demasiado. De que luego no quiera que se vaya.

Denise la miró seria.

—¿Tú también llevas años pensando en él?

—Más o menos.

—Nunca lo superaste.

—No lo sé —suspiró Erica—. Yo creía que sí. Pero cuando lo he visto, me he dado cuenta de que nadie me ha excitado nunca como él. Pero no me conviene nada. Come carne y sus metas son muy distintas a las mías. Quiere darme apoyo económico para que extienda mi boletín por otras ciudades, tal vez a nivel nacional.

—¡Caray! Entiendo el problema. Ese hombre puede ofrecerte un sexo fantástico y mucho dinero, pero seguro que no recicla sus botellas de cerveza.

Erica se echó a reír.

—Seguramente no. Adelante, búrlate de mí.

—Solo tengo envidia. El chico de mi virginidad está casado con tres hijos. Nadie ha pensado en mí diez meses seguidos y mucho menos diez años. Pero no quiero verte sufrir, así que quizá deberías alejarte.

—Eso creo yo.

—¿Pero no te gustaría ponerte una lencería especial y demostrarle que aquella virgen tímida es ahora una mujer muy sexy?

—Claro que sí —apoyó los codos en la mesa y la cara en las manos—. Me gustaría usarlo en la cama y después decirle que se fuera por donde ha venido. ¿Pero y si me engancha con él? Es muy posible que me deje antes que yo a él. Y sería un final odioso.

—¿Cuándo volverá a Midland?

—Pasaré dos noches aquí. Y le he dicho que no estaré libre hasta después del mediodía de mañana.

—Entonces tienes tiempo para pensar en ello. Vamos, come. Luego, corregiré lo que has hecho hasta ahora. Y dime cuál es tu artículo principal esta vez para que te ayude también con eso.

Dejaron el tema de Dustin y Erica pasó a explicarle cómo quería tratar el artículo. Cuando terminaron de comer, guardaron la comida que sobró y se instalaron en el escritorio. Denise empezó a revisar la crítica del restaurante y Erica se centró en la información sobre cine.

—¿La persona con la que has comido es él? —preguntó Denise, después de un rato.

Erica se ruborizó.

—Mmmm, sí. ¿Por qué?

—Esta crítica parece sacada de una novela porno. Escucha esto. «La succulenta barbacoa va mojada con una salsa espesa que acaricia el paladar con una sensación casi orgásmica. Semejante placer gastronómico debería ser ilegal».

El sonrojo de Erica aumentó en intensidad.

—Me he pasado, ¿eh?

—¿Qué ha ocurrido exactamente durante la comida?

Erica le había prometido a Dustin que no se lo contaría a nadie.

—No puedo decirlo.

—¡Oh, Dios mío! Al fin has encontrado a un hombre dispuesto a tontear en un lugar público. Escucha, tesoro, ese hombre puede no ser ecologista, pero no me gustaría que desaprovecharas la oportunidad de un buen revolcón. Desde que te conozco solo te he visto salir con fracasados anémicos. Y me parece que este te gusta.

—Eso es justamente lo que me preocupa —Erica apartó la silla de la mesa—. ¿Y si es el mejor amante que he tenido nunca?

—Vale, a ver si lo entiendo. Entre vosotros no hay nada aparte de una atracción sexual increíble, ¿verdad?

Erica pensó en las palabras de Dustin. Había dado a entender que valoraba la actitud de ella ante la vida, que quería su contribución en ese momento difícil para él. Al parecer, la necesitaba para algo más que un revolcón. Sin embargo, ella no solo no lo necesitaba para otra cosa, sino que además él intentaba alejarla de sus metas.

—Acaba de hacerse cargo de las empresas de su padre y parece pensar que yo puedo ayudarlo a centrarse —dijo.

—¿En serio? —Denise dejó las páginas revisadas en la mesita de café y lanzó el bolígrafo encima de ellas—. O sea que te quiere para acostarse contigo y por propósitos de negocios. Parece que sabe apreciar tus cualidades.

—Yo creo que le gustaría cambiarme. Cree que debo renunciar a la idea de trabajar en un periódico importante y lanzarme a ampliar el boletín —miró a su amiga—. Y yo no soy así.

Denise la observó unos segundos.

—¡No lo soy! —protestó Erica—. Yo quiero hablar de temas importantes. Empecé este boletín porque Josie y tú me retasteis, pero es frívolo, y tú desde luego lo sabes. Estoy segura de que los periodistas serios del periódico se ríen de lo que hago.

—Cuando no lo están leyendo a escondidas —suspiró Denise—. A mí me encanta, Erica. ¿Por qué te crees que vengo cuando lo estás

haciendo? Prefiero leer esto a algunos de los artículos candidatos a los premios Pulitzer. Y si eso me hace superficial, pues seré superficial. Sé que quieres dejar de editarlo pronto, y yo sentiré perderlo.

Al parecer, nadie estaba de su parte, excepto quizá sus padres.

—Pero yo quiero que hagas lo que crees que debes hacer —Denise se levantó y le pasó un brazo por los hombros—. No dejes que los demás influyamos en tu decisión, porque Dios sabe que también necesitamos que haya gente como tú que se ocupe de los grandes temas.

—Gracias —Erica la miró—. Toma tu lápiz rojo y rebaja un poco el tono del restaurante, ¿vale?

—Lo haré.

—Oh, ¿y Denise?

—¿Sí?

—¿Tienes algo que hacer mañana por la noche o quieres venir al cine conmigo?

Su amiga se apartó para verle la cara.

—¿Quieres estar ocupada para no ceder a la tentación?

—Sí. ¿Te sientes utilizada?

—Aja —sonrió Denise—. ¿Pero para qué están las amigas? Veré si Josie también está libre. Buscaremos una buena película y comeremos palomitas. Seguro que es más interesante que acostarte con un hombre que lleva diez años pensando en ti, diez años soñando con desnudarte. ¿Te imaginas lo impaciente que debe de estar por...?

—Denise, ¡hazme el favor de callarte!, ¿quieres?

Denise se encogió de hombros.

—Todavía no entiendo por qué sería tan mala idea que te acostaras una noche con él para buscar sexo superficial y hablar poco. Pero si insistes en pasar conmigo la última noche que él está en la ciudad, de acuerdo.

- Quiero ver una película, maldita sea.
- Pues veremos una película.

Curtis y Roger llevaron a Dustin a su bar predilecto y luego los dos amigos empezaron a flirtear y coquetear con todas las mujeres presentes. Curtis era pequeño y rollizo y sus años de bebedor de cerveza le habían hecho echar tripa, pero bailaba muy bien. Roger tenía la ventaja de ser más alto e iba al gimnasio, pero bailaba muy mal, aunque eso dejaba de importarle después de un par de cervezas.

Los dos habían ido allí a divertirse. Dustin bebió lo suficiente para animarse un poco, pero ya no quería emborracharse. El ataque de su padre había alterado su estilo de vida en ese aspecto. Ahora que era el director de Empresas Ramsey, pensaba que emborracharse ya no era una opción.

Bailó con vanas mujeres y al menos una de ellas le dio a entender que no le importaría que la acompañara a casa. Por el modo en que se pegaba a él en la pista, no tenía duda de que se trataba de una insinuación sexual. En el pasado habría aceptado la oferta, sobre todo teniendo en cuenta cómo lo había dejado Erica esa tarde.

—¿Te vas a ir con esa bajita? —preguntó Curtis cuando Roger y él volvieron a la mesa a pedir otra cerveza.

—No —su tono revelaba que lo tenía muy claro.

—¿No? —Roger parpadeó—. ¿Por qué crees que te hemos traído aquí?

Dustin no había pensado en ello, pero era cierto que, cuando un amigo llegaba de visita a la ciudad, la costumbre era que los otros lo llevaran a un sitio donde pudiera buscar mujeres. Se consideraba lo más hospitalario.

—Lo siento —miró a los otros dos—. Tengo algo con... una mujer aquí en Dallas.

Curtis se llevó una mano a la cara roja.

—¿Y qué haces con nosotros en vez de estar con ella? ¿Está

casada?

—No, pero esta noche tenía que trabajar en su boletín y..

—¡Dateline: Dallas! —Exclamó Roger—. ¿Sales con ella? Oh, vaya, debe de ser muy sexy —se inclinó hacia él—. Ese boletín habla mucho de sexo.

—Sí, lo sé.

—¿Y está trabajando y te ha dicho que te largues? —preguntó Curtis.

—Más o menos.

—¡Vaya, qué pena! —dijo Roger—. Yo creo que deberías intentar ayudarla. Ya sabes... —le guiñó un ojo—. Darle un masaje en la espalda... o algo así.

Dustin había estado pensando lo mismo. Había permitido que Erica llevara el bastón de mando, lo que no hablaba muy en favor de su dedicación a la causa. Si la situación hubiera sido distinta y fuera ella la que estuviera empeñada en una misión, no retrocedería en cuanto él se lo dijera. Él había ido a Dallas a contagiarse de la determinación y la iniciativa de ella y por el momento no estaba demostrando ninguna de ambas cosas.

—Tienes razón —dijo—. Creo que iré a su casa a hacer algo útil —Sí, había llegado el momento de tomar las riendas del asunto.

—Así se habla —Roger le dio una palmada en la espalda—. Y me alegro de verte, aunque no puedo creer que abandones las carreras.

—No lo hará —dijo Curtis—. Volverá en cuanto arregle su empresa.

—No cuentes con ello —dijo Dustin—. Creo que eso ya es agua pasada para mí.

—En ese caso, tendremos que empezar a pedirte que nos patrocines —le advirtió Roger.

Dustin se echó a reír y estrechó la mano de los otros dos.

—Antes deja que me recupere y luego hablamos, pero no prometo nada. Estaremos en contacto —se dirigía hacia la puerta,

cuando se le ocurrió algo—. Iréis a casa en taxi, ¿verdad?

—¿Por qué? Nunca tomamos taxis. Eso es para idiotas.

Dustin volvió a la mesa.

—Entonces acabad la cerveza. Os llevaré a casa.

—Odio decir esto, pero empiezas a hablar como la gente formal

—dijo Curtís—. Nunca pensé que vería este día.

Dustin sonrió, nada ofendido.

—Ya somos dos. Vamos, termina la cerveza.

Erica envió a Denise a su casa a medianoche. El boletín estaba prácticamente acabado, solo faltaba maquetarlo y escribir la columna de consejos, y Denise tenía que madrugar para ir al trabajo. Erica estaba cansada, así que había decidido preparar café antes de ponerse a responder las cartas de la columna. Más tarde dormiría unas horas; maquetaría por la mañana.

Cuando sonó el timbre a las doce y media, pensó que Denise había olvidado algo. Se asomó a la mirilla esperando verla allí sonriente.

Pero era Dustin el que estaba en la puerta con una bolsa de donuts y dos vasos de plástico tapados, llevaba una camisa del Oeste bastante chillona y vaqueros desgastados.

Abrió la puerta con mano temblorosa. Por el olor a tabaco que emanaba de la ropa de él, adivinó que había pasado la velada en un bar. Y con su aspecto, sin duda habría podido encontrar compañía femenina de haber querido. Sin embargo, estaba allí, en su puerta.

Sonrió con confianza.

—He pensado que necesitarías cafeína y azúcar para seguir.

—No tenías que venir aquí —dijo ella. Pero se alegraba de que no estuviera en la cama de una desconocida.

—¿Me vas a echar?

—Debería, tengo trabajo —era una protesta poco convincente y los dos lo sabían.

—Déjame entrar. Sabes que quieres hacerlo.

Erica se apartó en silencio. Algo le decía que su cita con Denise para ir al cine no iba a salvarla después de todo.

Capítulo 6

Aunque Dustin se había quedado impresionado esa mañana con Erica, cuando lo recibió completamente maquillada y con ropa sexy, en el fondo lo sedujo más la joven que le abrió ahora la puerta. Parecía mucho más asequible ataviada con vaqueros y una camiseta desteñida de la Universidad de Texas, sin maquillar y descalza.

Quería llevarla directamente a la cama. Pero eso sería demostrar muy poco respeto hacia su trabajo y no estaba dispuesto a despreciar su boletín. Él creía en él aunque a ella le costara más.

—¿Cómo va tu tarea? —se acercó a la mesa y dejó la bolsa de donuts y los dos cafés. Había folios sobre el sofá y el sillón y el ordenador estaba encendido. Una de las sillas de la cocina estaba ante el escritorio al lado de la silla de oficina, como si alguien hubiera estado allí ayudándola. Dustin quería saber quién.

—Tengo que terminar la columna de consejos —dijo ella—. Y mañana tengo que maquetar. Menos mal que mi amiga Denise ha venido un rato a ayudarme.

Eso explicaba la silla extra. Dustin se alegró de oír que la había ocupado una mujer. Erica había eludido antes el tema de si salía con alguien y no creía que el incidente del restaurante probara nada a ese respecto.

Una mujer liberada como ella podía considerar normal jugar un poco en un restaurante con un hombre y salir con otro distinto por la

noche. Pero había dicho que tenía que trabajar y Erica no mentía.

Ella se pasó una mano por el pelo, que ya estaba revuelto.

—Debes de ser adivino. Estaba pensando en hacer café.

Aquello lo alegró.

—Los he pedido solos. He pensado que, si querías leche o azúcar, tendrías en casa —no creía que llevara sujetador. Intentó no mirar sus muslos desnudos y revivir lo ocurrido en el restaurante, pero no pudo evitarlo. Tenía unas piernas magníficas y el pantalón corto realzaba aún más su longitud que la falda. Estaba ya medio excitado solo con hallarse en la misma habitación que ella.

—Me gusta con leche, pero leche de soja, que es mejor. ¿Y a ti?

—Azúcar.

—Tengo azúcar integral. ¿No te importa?

—No.

—Ahora vuelvo.

La vio entrar en la cocina y miró el ordenador, donde se encontró con la respuesta que recomendaba una felación a Franny Frustrada como cura para su eyaculador precoz.

—Aquí tienes —Erica le pasó un azucarero pequeño de color melocotón. Tardó unos segundos en notar que la tapa tenía la forma de un pecho de mujer. Miró la jarra de la leche y vio que era un pene.

Decidió no hacer ningún comentario, aunque le hubiera gustado saber si los había comprado ella o se los habían regalado y, de ser así, si el autor del regalo había sido hombre o mujer.

—Te lo agradezco —dijo ella—. No me queda mucho café y ahora me llegará para desayunar —dejó la jarra de la leche en la mesa y sacó dos cucharillas del bolsillo de su pantalón corto. Le tendió una —. Gracias por haber pensado en ello.

—De nada, pero me temo que los donuts no tienen nada de sanos.

—No importa. Puedo comer uno de vez en cuando. Y huelen muy bien.

Dustin se sirvió azúcar y ella hizo lo mismo con la leche.

—¿Quieres sentarte? —preguntó.

—Solo si puedo sentarme a tu lado y ayudarte a terminar.

—Puedes hacerme alguna sugerencia. Siempre he pensado que tal vez mi columna necesitara una perspectiva masculina —se sentó en su silla y tomó unos sorbos de café antes de pasar a la siguiente carta.

—Tengo una idea —dijo él—. Podrías contestar tú primero a la pregunta y que luego contestara un hombre desde su punto de vista.

Erica lo miró sorprendida.

—Eso podría funcionar. Creo que nunca he visto algo así.

—Utiliza la idea si quieres.

—Tal vez lo haga —sonrió—. Pero para que fuera eficaz, el hombre que contestara debería ser bastante machista. Si no, sus respuestas serían parecidas a las mías, y eso no crearía interés.

—Entiendo. Un hombre más machista que yo, quieres decir.

—Vamos a probar una vez —repuso ella—. Contestamos esta carta y luego nos premiamos con un donut. ¿Qué me dices?

A Dustin se le ocurrían recompensas mejores, pero entonces no podrían contestar el resto de las cartas.

—De acuerdo —dijo. Tomó el café con ambas manos y leyó la carta que aparecía en pantalla.

Querida Erica,

A mi novia le gustan los juguetes sexuales, en especial varios vibradores. No pretendo ser gazmoño, pero a veces me preocupa que se lo pase mejor con sus juguetes que conmigo. ¿Soy un monstruo si le pido que a veces los guarde?

Atentamente, Descontento Paul

—Esta es mi respuesta —Erica empezó a escribir.

Querido Descontento,

Hazte amigo de sus juguetes. Parece que ella juega y tú miras, lo que

implica que los juguetes a pilas te intimidan. ¿Por qué no puede tu amante disfrutar de sus juguetes y de ti al mismo tiempo? Compra tus propios modelos y aprende a conocerlos en privado. Tal vez te sorprenda lo que te pierdes.

Atentamente, Erica.

Entonces levantó los dedos del teclado y lo miró.

—¿Qué te parece? ¿Tienes algo que objetar?

—Desde luego. ¿Quieres que me sienta ahí o prefieres que te dicte? —había sido buena idea ir allí. Sin duda hablar de sexo llevaría al resultado apetecible.

—Yo lo escribo. Tú díctame lo que quieres decir.

Dustin carraspeó.

—Querido Descontento, los motores son para los coches, los camiones y las sierras mecánicas, no para el dormitorio. Yo te sugiero... —se detuvo al ver que ella lo miraba con incredulidad—. ¿Por qué no escribes?

—Porque tu respuesta es terrible. No puedo creer que estés de acuerdo con él.

—Creía que querías un punto de vista contrario, ¿no?

—Yo no sabía que tus ideas fueran tan prehistóricas.

Dustin dejó el café en la mesa.

—¿Qué tiene de excitante un motor sonando en medio de un revolcón? Te diré lo que me recuerda a mí que alguien encienda un vibrador. Me recuerda una visita al dentista.

—Pues a mí no —ella también dejó el café y giró la silla hacia él—. Yo pienso en tener un orgasmo maravilloso, porque asocio ese ruidito con un gran placer.

—No puedes decirme que es tan bueno como lo auténtico. Jamás me convencerás de eso.

—Es mucho más predecible que lo auténtico. No tengo que preocuparme de que mi vibrador me deje plantada o se vaya con

otras mujeres. Mi vibrador no se pondrá blando de pronto y pedirá disculpas mientras yo aprieto los dientes con frustración.

—¿Y eso te ocurre a menudo? —no podía imaginar que a ningún hombre se le pusiera el pene blando si tenía ocasión de hacer el amor con ella.

—Digamos que sucede a veces, ¿vale? Sé que vosotros no siempre tenéis un control perfecto, y es comprensible, pero tened al menos la decencia de aceptar la ayuda de la ciencia moderna. El pobre Paul tiene que darse cuenta de que el vibrador da seguridad a su novia y puede ser un apoyo fantástico en las veces en que él no esté disponible. Por lo menos con un vibrador hay garantías de que la novia tendrá un orgasmo.

La erección de él era ya tan potente que le apretaba el pantalón.

—¿Estás diciendo que tú prefieres hacer el amor con un trozo de plástico que vibra?

Ella sacó la barbilla.

—A veces es mucho más sencillo. A veces quiero saber que quedaré satisfecha y eso no siempre...

—¿Se puede saber con quién diablos te acuestas tú? ¿Con hombres de la residencia de ancianos?

—¡Con hombres normales! Pero supongo que crees que tú... —se interrumpió—. Olvida que he dicho eso.

—No, no lo olvidaré. Y sí, yo sé que puedo. Mejor que ningún maldito vibrador —lo alivió descubrir que ella no tenía relaciones sexuales de primera. Eso le subía mucho la autoestima—. Quiero que reconsideres tu respuesta a Paul. Ese hombre necesita que le den confianza para mejorar su actuación, no que lo animen a depender de pilas para complacer a su amante.

—Eres un arrogante —susurró ella. Pero sus ojos grises se habían oscurecido como en el restaurante, justo antes de que él te deslizara la mano bajo la falda.

—Y tú necesitas relaciones sexuales con un hombre de verdad —

ahora sentía que pisaba terreno firme. En una competición con el vibrador, no podía perder nunca.

—Eso es un comentario típico —protestó ella—. Siempre que un hombre no está de acuerdo con lo que piensa una mujer, cree que ella necesita que le den un buen revolcón.

—Siempre que una mujer desperdicia tiempo y energía con un vibrador, es que necesita que le den un buen revolcón.

Erica lo miró con furia.

—Yo no lo necesito.

—Podemos hacer un experimento —a Dustin le latía con fuerza el corazón—. Acuéstate conmigo y luego me dices si tu respuesta a Paul sigue siendo la misma.

—Eso es una locura. Tú solo quieres...

—Claro que sí, es lo que quieren los hombres. Seducir, hacer el amor. Ellos no necesitan juguetes que funcionen a pilas.

—Creo que esa idea de que me ayudes con la columna no es tan buena.

—O puede que después de acostarte con un hombre que sabe lo que hace, puedas escribir la mejor columna de tu carrera. —No puedes creer de verdad lo que dices.

—No lo sabrás a menos que te acuestes conmigo —Dustin olía ya la victoria, el aroma de la excitación de ella—. Y creo que no saberlo te volvería loca.

—¡Está bien, maldita sea! —apartó la silla y se puso en pie—. Vamos allá, y te anuncio que la presión te pondrá el pene tan blando como una rama de apio de dos semanas. Por suerte para ti, mi vibrador tiene pilas nuevas.

Salió al pasillo y Dustin, sonriente, la siguió con la vista. No era la invitación más romántica que había recibido en su vida, pero tendría que servir. Miró la pantalla del ordenador. —Deséame suerte, Paul.

Erica entró en el dormitorio en penumbra, se desnudó, apartó la

colcha y se metió entre las sábanas. Si trataba aquel episodio exactamente como lo que era, un experimento y nada más, podría mantenerse objetiva con Dustin. No era posible que fuera tan fantástico como presumía. Como todos los hombres, tenía una idea muy elevada de sus posibilidades.

Oyó el ruido de sus botas en el pasillo, respiró hondo e intentó dejar de temblar de excitación, pero no podía hacer mucho con la humedad que sentía entre los muslos. Él había conseguido ya una victoria parcial allí.

Era probable que sí consiguiera darle un orgasmo, teniendo en cuenta que ya estaba a mitad de camino. Pero eso no sería debido a su técnica, sino a la reacción natural de ella ante él, algo que le había ocurrido desde el instituto. Él no podía adjudicarse el mérito de que ella lo encontrara increíblemente sexy.

La silueta de él apareció en el umbral. Luego, se encendió la luz de arriba, lo que la obligó a parpadear.

Había contado con que la oscuridad la ayudara a mantener cierta distancia emocional.

— ¿Por qué no apagas eso?

— No — él se apoyó en la pared y se quitó las botas y los calcetines.

— ¿Por qué? ¿Tienes miedo de no encontrar el sitio?

Dustin empezó a desabrocharse la camisa.

— Lo encontraría hasta con los ojos vendados, pero quiero que veas lo que ocurre y compruebes que no tengo un vibrador escondido en la manga.

Erica prefería que no hubiera encendido la luz. Ahora no sería un hombre desnudo cualquiera, sino un hombre específico, con el vello del pecho de color rubio oscuro y pezones del tamaño de un cuarto de dólar.

Algunos jugadores de rugby disminuían mucho de volumen corporal cuando dejaban de jugar, pero Dustin no. En todo caso

había aumentado desde el instituto.

Él sacó un condón del bolsillo del pantalón y lo lanzó sobre la cama. Cayó encima de la sábana, justo entre los muslos de ella.

—Diana.

Erica nunca había hecho el amor con un hombre que abordara el tema con tanta confianza. Y tenía que reconocer que resultaba muy excitante.

—Si lo intentaras otra vez, no te saldría.

—Normalmente no trabajo con tantos problemas.

—¿Qué significa eso?

—Que normalmente veo el blanco. Y ya que estamos con el tema, creo que eres injusta.

—¿Por qué? —ella nunca había prometido ser justa; estaba más que dispuesta a hacer trampas de ser necesario.

—Yo me estoy desnudando y tú te tapas con la sábana hasta la barbilla, casi como si tuvieras miedo. Si siempre tratas así a tus hombres, no me extraña que tengas problemas.

—Yo no he dicho que tenga problemas—tampoco había sido su intención esconderse bajo las sábanas, pero él la había sobresaltado al encender la luz de ese modo y ahora no sabía cómo cambiar la dinámica. Echar la sábana hacia atrás no parecía muy sofisticado.

El bajó con cuidado la cremallera del pantalón.

—Has dicho que se disculpaban mientras tú apretabas los dientes con frustración. A mí eso me suena a problemas.

Dejó caer los pantalones al suelo y ella miró los calzoncillos y se movió con incomodidad en la cama.

Dustin la miró con una sonrisa.

—¿Estás pensando en el trozo de plástico ruidoso que hay en el cajón de tu mesilla?

—¿Cómo sabes dónde está? —preguntó ella.

—Es donde suelen guardarlo las mujeres. Y a mí me toca asegurarme de que no sale de ahí.

Tiró de los calzoncillos hacia abajo y ella lo miró con la boca abierta. Sabía que lo hacía y no podía evitarlo. Si todos los hombres estuvieran así de dotados, los vibradores desaparecerían de la faz de la Tierra. La envolvió una ola de calor y sintió la boca húmeda.

Así que aquel había sido el instrumento que acabara con su estado virginal. Al menos había empezado su vida sexual con un modelo de lujo. Y tenía que admitir que nadie había estado a la altura desde entonces. Tal vez se había apresurado al recomendar el placer a pilas a las mujeres. Quizá necesitaban seguir buscando hasta encontrar un hombre así.

Dustin avanzó hacia la cama. Se sentó en el borde y tomó el condón.

Ella asumió que iba a ponérselo, pero él lo dejó a un lado y apretó la sábana con firmeza entre los muslos de ella, obligándola a separarlos.

—Vamos a hacer una prueba —murmuró.

Erica dio un respingo; la caricia le provocó una sensación muy profunda, que le dio a entender lo cerca que estaba del orgasmo.

—Acabas de mojar esta parte de la sábana —Dustin movió la cabeza—. ¡Qué pena que desperdicies ese tipo de respuesta con un vibrador!

Ella tuvo un momento de pánico. Dustin podía hacer que todo lo demás le pareciera luego poco. Tal vez debería detenerlo antes de que fuera tarde.

—No tengas miedo —murmuró él; se inclinó y acercó la boca a la de ella sin dejar de acariciarla entre los muslos—. No te haré daño; al contrario, esto te gustará mucho.

Erica tampoco había pensado en los besos. Más bien había supuesto que harían el amor deprisa y los besos no entrarían en la ecuación. Sobre todo besos como aquel.

Dustin le mordisqueó los labios como si probara un postre de nata montada. Él sabía a café y ella le introdujo los dedos en el pelo y

acercó su cabeza hacia sí, intentando saborear mejor su dulzura. Él se resistió.

—No quiero entrar sin más y olvidarme de todo —musitó entre besos.

Encontró curioso que pensara que, si cedía al beso, perdería el control. Aunque a ella, desde luego, también le pasaría. Había olvidado lo maravillosa que era su boca, la sensualidad con la que su labio rozaba el de ella. Y todo eso mientras aumentaba sin cesar la presión entre los muslos de ella.

Empezó a gemir.

—¿Has oído eso? —susurró él; le metió la lengua en la boca, la retiró y volvió a meterla.

Apretó más con el dedo y ella volvió a gemir.

—¿Qué? —apenas podía pensar y mucho menos hablar. Su cuerpo se estremecía de anticipación.

El aliento de Dustin rozó su boca cuando él comenzó a decir:

—El sonido de una mujer a punto de alcanzar el orgasmo. No es un zumbido de pilas, sino gemidos deliciosos.

Ella le apretó la cabeza con más fuerza y empezó a jadear de deseo.

—Dustin...

—Estoy aquí —movió el dedo más deprisa.

Erica se arqueó con unos grititos y él abrió la mano sobre la sábana húmeda y cubrió su pubis.

—Me encanta el sonido de una mujer al llegar al orgasmo. Es la mejor música del mundo.

Erica se hundió en el colchón luchando por respirar. ¿Qué había sido de su control? Solo tenía que tocarla y, a pesar de la sábana que la cubría, explotaba en un millón de pedazos. Nadie le había afectado nunca de aquel modo, y resultaba embarazoso.

Dustin levantó la cabeza para mirarla.

Erica le devolvió la mirada y le pareció que él mostraba una

expresión de triunfo.

—Supongo que crees que has demostrado lo que querías —tal vez ahora le sugeriría que volvieran al ordenador y cambiara su respuesta a Paul.

—Oh, no —sonrió él—. Como suele decirse, aún no has visto nada.

En el vientre de ella se inició un cosquilleo nuevo.

—Acabas de probar que puedes darme un buen orgasmo sin ayuda de pilas. ¿No era eso lo que querías?

—Eso ha sido algo improvisado, ya que la sábana suponía un reto interesante y he querido ver si podía hacer que explotaras sin apartarla.

—Y lo has hecho. Estoy impresionada y consideraré cambiar mi respuesta a Paul —tal vez todavía pudiera salvarse, si él creyera que había ganado.

—Eso solo ha sido una prueba superficial —se sentó en la cama, buscó el condón y abrió el paquete—. Me alegra haberte impresionado, pero no te oigo muy convencida.

—Oh, sí lo estoy.

Él colocó el condón sobre su impresionante pene.

—Será mejor que nos aseguremos, ¿no te parece?

Ella tragó saliva.

—Vamos, Erica —dijo él con suavidad—.Vamos a profundizar en la investigación.

Capítulo 7

Dustin creía merecer un Oscar por su actuación de amante totalmente en control cuando lo que quería de verdad era apartar la sábana y hacer el amor a Erica hasta que ninguno de los dos supiera dónde estaba. Pero haberle dado a ella un orgasmo antes de avanzar hacia el tema principal había sido un buen tanto.

Ella no se lo esperaba y él estaba orgulloso de su creatividad, pero si no la penetraba pronto, no podría estar seguro de darle otro orgasmo, y la verdadera prueba era el siguiente. Si no podía durar más que ella estaba vez y borrar el fracaso de diez años antes, no sería capaz de vivir consigo mismo.

En realidad, habría estado mejor en la oscuridad. Era un hombre muy visual y al ver a Erica tumbada en una cama con cabecero de hierro antiguo, no podía evitar pensar en todos los lugares que había para atar pañuelos de seda. Se preguntó si ella lo habría hecho alguna vez así, pero en el fondo prefería no saberlo. Imaginarla con otros hombres lo molestaba más de lo que habría cabido esperar.

Las sábanas y la colcha eran de color beige, seguramente algodón orgánico. Aunque se hubiera quejado de la sábana que la cubría, encontraba erótico saber que debajo estaba desnuda. Además, la sábana era delgada y muy usada y permitía divisar los pezones oscurecidos y el suave triángulo del pubis.

—¿Así que quieres profundizar? —Susurró ella con un ronroneo

seductor—. Me gusta el sonido de eso. Y creo que me gustará más aún la sensación.

Dustin la observó con cierta aprensión. Hasta el momento, llevaba la voz cantante, pero ella parecía haberse recuperado un tanto.

—Espero que así sea —comentó con nerviosismo.

Erica bajó la sábana despacio, centímetro a centímetro, hasta descubrir los pechos.

—Hace calor aquí, ¿verdad?

—Mmmm, sí —miró los senos femeninos y los pezones rosados que asomaban por encima de la sábana.

Erica puso sus manos sobre los pechos.

—¿Estos van a tomar parte en nuestro experimento?

—Oh, sí.

Ella soltó los pechos, subió las manos por encima de la cabeza, y se agarró al cabecero metálico.

—Adelante, pues.

Dustin gimió en voz alta a pesar suyo y se lanzó sobre los pechos, que acarició antes de empezar a besar y lamer con ansia. Alentado por los gemidos de ella, que se mezclaban con los suyos, la montó a horcajadas.

Vio que tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos y supo que lo estaba pasando bien. Se agarraba además a la cama de tal modo que tenía los nudillos blancos. Otra buena señal.

Pero no tenía mucho tiempo para observar su reacción. Estaba demasiado inmerso en disfrutar de sus pechos. Diez años atrás había tenido tanta prisa por penetrarla que apenas empleó tiempo en otra cosa. Pero entonces era un joven tonto. Tomó un pezón firme entre la lengua y el techo del paladar y creyó que iba a explotar allí mismo.

El temor a eso lo apartó de los pechos y le hizo pensar en el próximo paso. Tenía que seducirla, no darse prisa. Además, la parte siguiente sería deliciosa... si conseguía sobrevivir a ella.

La sábana era ya historia y él se movió hacia abajo y le separó las

piernas con los hombros.

—Dime si tu vibrador puede hacer esto —murmuró. Pasó la lengua por el botón caliente de ella.

El gemido de Erica estaba lleno de significado.

—O esto —succionó con suavidad en el mismo punto. Ella se movió y él le sujetó los muslos para tenerla quieta—. ¿Puede?

—Nooooooo —gimió ella.

Victoria. Empezó a lamer y mordisquear, disfrutando de cada segundo. Por los gritos y temblores de ella, asumió que también le gustaba, que le gustaba más que una sesión con su amiguito de plástico.

Pero tenía que admitir que un vibrador no plantearía las exigencias que planteaba su pene en ese momento. Si le daba otro orgasmo de aquel modo, estaría destrozado antes de penetrarla. Tal vez no pudiera durar mucho de todos modos, pero tenía que dejar de torturarse y seguir adelante.

Pasó la lengua una vez más por el botón y subió hacia arriba.

—Abre los ojos, Erica —colocó las manos a ambos lados de los hombros de ella.

La joven levantó los párpados. Parecía confusa y desorientada, exactamente como él quería.

—Si quieres, puedes soltar el cabecero y agarrarte a mí en esta parte —comentó.

Erica apartó despacio los dedos de los barrotes de hierro y colocó ambas manos en los hombros de él.

—¿Qué... quieres de mí? —susurró.

A largo plazo, Dustin no estaba seguro. A corto plazo, era muy sencillo.

—Esto —entró en ella despacio y emitió un gruñido de placer al sentirla caliente, resbaladiza y vibrante.

Ella abrió mucho los ojos y se aferró a sus hombros.

—Es... maravilloso —susurró él. Apretó los dientes para contener

el orgasmo y consiguió recuperarse lo suficiente para empezar a moverse; pero sabía que debía ir con cuidado. El corazón le latía como un motor a punto de estallar.

Erica empezó a estremecerse debajo de él.

—Vale, tú eres mejor.

A Dustin no le funcionaba bien el cerebro. Tenía la atención fija en mantener el ritmo y no terminar demasiado pronto.

—¿Mejor que quién?

Erica dio un respingo y lo abrazó con fuerza.

—Que mi vibrador.

—Me alegra oírlo —él sonrió seductoramente.

—De hecho... —ella le apretó el trasero con ambas manos y se arqueó contra él—esto es... —gimió—increíble.

—Aja —intentó analizar la mirada de ella—. ¿Estás ya a...? —no quería aumentar el ritmo, pero no podía evitarlo. El instinto lo guiaba todo.

—Sí —ella le clavó los dedos—.Sí.

Dustin perdió el control del todo. No existía nada que no fuera mirar su rostro sonrojado y seguir aquel ritmo salvaje. Sintió las convulsiones de ella, pero aunque no hubiera sido así, no habría podido hacer nada porque él ya no podía contenerse más.

Erica gritó y cerró los ojos y él terminó a su vez con un grito profundo de placer.

Se dejó caer sobre ella con lentitud, aunque procurando apoyar la mayor parte del peso en los antebrazos. Se instaló sobre sus pechos y apoyó la frente en su hombro mientras recuperaba el aliento.

—Creo que... ahora debes volver a tu hotel —dijo ella. Su voz sonaba sin aliento, pero decidida.

—¿Volver? —acababa de empezar.

El tono de ella se hizo más firme.

—Contigo aquí no terminaré el boletín, lo sé.

Dustin gimió. Se había olvidado del boletín. Levantó la cabeza.

—Te he retrasado.

—Tendré que olvidarme de dormir.

—Maldita sea. Lo siento.

Erica le tomó el rostro entre las manos.

—¿De verdad?

—No. Eso era mentira. Siento que no puedas dormir por mi causa, pero no siento lo que acababa de pasar.

La mirada grisácea de Erica se suavizó entonces.

—¿Y puedes explicarme qué acaba de pasar?

Buena pregunta.

—Mira, sé que debemos hablar de eso, pero no ahora. Ahora tengo que irme y dejarte trabajar.

—Vale.

—Y aunque tú eres una buena influencia para mí, temo que yo soy una mala influencia para ti.

—O podemos culpar a Paul —sonrió ella.

—O a tu juego de la jarra de la leche y el azucarero.

Ella se echó a reír.

—¿Puedo verte mañana por la tarde? —preguntó él.

La joven respiró hondo y tardó un momento en contestar.

—Ya te llamo yo.

Dustin cerró los ojos y maldijo en silencio. Eran las mismas palabras con las que se había despedido él al llevarla a casa diez años atrás.

—Eso es una despedida muy tonta y lo sabes.

—Puede —ella le sostuvo la mirada—. Pero lo digo en serio. Tengo que pensar en tu oferta y tengo que pensar en ti.

—Escucha, no quiero que lo que ha ocurrido ahora estropee lo de la oferta.

Ella soltó una risita.

—Si hubiera sido una mala experiencia, sí lo habría estropeado.

—Pero no lo ha sido.

—No sonrió ella—. No lo ha sido —se puso seria—. Pero ahora tengo que pensar, así que dame tiempo y te llamaré yo. Si estás en tu habitación sobre mediodía, te llamaré entonces.

—Pásate mejor —dijo él.

—No, creo que es mejor que llame. Los dos sabemos lo que puede ocurrir si estamos juntos en una habitación que tenga una cama.

—¿Y por qué no nos vemos en la cafetería del hotel?

—Ya te llamo.

—De acuerdo —no estaba habituado a ser el que esperara, pero si ella quería hacerlo así, muy bien. Se negaba a considerar la posibilidad de que no quisiera volver a hacer el amor con él.

Cuando pensaba en ella en Midland, creía que tal vez solo necesitara un encuentro con ella, lo que probaba que, en cierto modo, no era más listo que cuando tenía dieciocho años y era virgen. Aún tenía mucho que aprender, y quería que Erica le enseñara todo lo que sabía.

Querido Descontento Paul, Si quieres reducir la confianza de tu novia en los vibradores, quizá debes aprender un poco.

Erica se detuvo con los dedos en el teclado pero la mente y la libido en la experiencia sexual más increíble que había tenido en su vida. Había sospechado que Dustin sería bueno, pero no hasta tal punto. Y eso era un problema. Un problema grande. Y hablando de grande... jamás olvidaría el momento en que él se quitó los calzoncillos.

Por otra parte, tampoco olvidaría el orgasmo que le había dado tapada todavía por la sábana ni el momento en que colocó la cabeza entre sus muslos y le demostró lo bien que podía usar la lengua, ni el momento en el que la penetró y le hizo confesar que ningún vibrador podía igualar esa sensación.

Estaba dispuesta a ser su esclava sexual, y eso no era bueno. Se

había jurado que esa vez llevaría ella el control, pero ya no estaba segura de poder lograrlo.

Se sentía igual que a los dieciocho años, cuando no le importaba no haber tenido un orgasmo en la parte de atrás del Mustang y solo quería que la llamara para dar otro paseo por el campo, repetir la sesión y sentir de nuevo aquella excitación sexual.

Y cuando al fin renunció a la esperanza de que la llamara, se consoló pensando que aparecería otro hombre que le produjera los mismos sentimientos. Pero eso no ocurrió.

Tal vez porque elegía salir con hombres con valores parecidos a los suyos. Pensaba que, si admiraba su posición ante la vida, tendrían que gustarle sus caricias. Y al parecer no era así necesariamente, aunque en algunos casos había conseguido mostrar entusiasmo suficiente para engañarlos, y engañarse, una temporada.

Hasta esa noche no sabía lo pobres que habían sido esas relaciones. Esa noche había querido mostrarse más activa y probarle a Dustin que ella también había aprendido un par de cosas con los años, pero no le había sido posible. Había sido como arcilla en manos de él. En realidad, todavía seguía ardiendo y lo peor era que no podía entrar en el dormitorio y sacar el vibrador porque había sido un sustituto legítimo para sus otros amantes mediocres, pero comparado con Dustin, era un mal chiste.

Además, tenía trabajo y le había pedido a Dustin que se fuera para terminarlo.

Suspiró y se concentró en la carta. ¿Qué podía decirle a Paul? No creía que un libro pudiera ayudarlo.

Alquila películas porno, Paul. Estudia las técnicas que usan los actores y piensa si tú te entregas mucho al placer de tu amante. Cuando tengas nuevas ideas, invítala a una habitación de un hotel, donde no tendrá acceso a sus juguetes, y pruébale que no los necesita tanto.

Mucha suerte, Erica.

Tenía sus dudas de que Paul pudiera competir con el vibrador de su novia, por mucho que hiciera. Por desgracia, Dustin era un hallazgo raro. Sabía muy bien de dónde había salido la imagen de la habitación del hotel; solo podía pensar en visitar el de Dustin al día siguiente por la tarde.

Sabía que no era prudente. Una sesión más y acabaría suplicándole sexo de modo regular. Incluso estaba considerando su oferta, porque implicaba pasar más tiempo con él.

¿Pero qué era eso? ¿Se daba un buen revolcón y empezaba a cambiar sus metas para poder repetirlo? Algo iba muy mal con sus prioridades.

Tal vez la falta de sueño le estaba afectando el cerebro. Decidió hacer una pausa para tomar uno de los cafés y probar los donuts.

Cuando mordía el bollo, pensó que no le había dado sexo oral a Dustin. ¿Por qué? Por supuesto, él podía asumir que no era lo bastante sofisticada para hacerlo.

Además, darle sexo oral a un hombre daba el control a la mujer. Y a ella no le habría importado estar en control para variar. Se debía a sí misma esa oportunidad, la de probarle que era tan sofisticada sobre el tema como cualquiera.

Bien, asunto arreglado. Iría al hotel de él por la tarde, le haría una felación soberbia y se alejaría victoriosa. Sería un golpe maestro, una toma de poder inesperada. Dustin soñaría con ello los próximos diez años.

Se chupó el azúcar de los dedos y leyó la carta siguiente.

Querida Erica,

Soy un chico de veintisiete años que aún es virgen. Toda mi vida he sido tímido, pero me hubiera gustado tener una experiencia sexual antes de ahora. No ha sido así y estoy seguro de que la mujer con la que salgo es más experimentada que yo y puede reírse si descubre que nunca he hecho el

amor.

¿Cómo puedo superar esta situación y disfrutar con ella de una relación sexual normal? No quiero reservarme para el matrimonio, quiero sexo ahora, con esta mujer.

Atentamente, Virgen Nervioso.

¡Ah, pobre hombre! Ese tipo de cartas le hacían pensar en romper una de sus normas y enviar una respuesta personal a la dirección de e-mail que aparecía encima del mensaje. Pero no podía empezar a hacer eso o se pasaría la vida carteándose por e-mail con sus lectores. Ignoraba las cartas que no le parecían apropiadas o interesantes y respondía las otras en el boletín.

Pensó un rato la respuesta. Virgen Nervioso necesitaba ayuda, no un comentario ingenioso.

Querido Virgen Nervioso, Si es la mujer indicada

El timbre del teléfono la sobresaltó. A las tres y media de la mañana, solo podía ser que hubiera ocurrido algo malo o... Dustin. Levantó el auricular al tercer timbrado.

—No puedo dormir —dijo la voz de Dustin.

—Prueba a contar condones —sonrió ella, encantada de que él confesara necesitarla... o al menos a su cuerpo.

—¿Has terminado tu trabajo?

—Casi. Voy a contestar una carta más y luego empezaré a maquetar.

—¿Qué le has dicho a Paul?

—¿Tú qué crees?

—Sé lo que habría dicho yo si no me hubieras echado,

—La teoría de la respuesta doble no es mala, Dustin, pero en la práctica retrasa mucho el trabajo —lo deseaba. Si le sugería pasarse por allí en una hora, tal vez aceptara. Solo pensar en ello hizo que

humedeciera las bragas limpias que se había puesto después de una ducha rápida.

—¿De qué es la última carta?

—De un pobrecito que ha llegado virgen a los veintisiete años. Sale con una mujer con más experiencia y quiere hacer el amor con ella, pero tiene miedo de quedar mal.

Dustin guardó silencio.

—¿Estás conteniendo la risa? —preguntó ella—. Porque no tiene ninguna gracia. Supongo que a un semental como tú se lo parece, pero a mí...

—No me parece gracioso —dijo él con voz seria—. De hecho, me identifico con su problema.

—Oh, vamos. Es una burla, ¿verdad?

—No, no. Sé buena con él en tu respuesta, ¿vale?

—Siempre soy buena.

—Quiero decir que no te hagas la listilla. Lo que le digas puede impactar mucho en un hombre así.

Erica aceptó al fin la idea de que Dustin comprendía a Virgen Nervioso y aquello la conmovió.

—Prometo tener cuidado. E intentar ayudarlo.

—Bien. Escucha, sé que has prometido llamarme mañana, pero eso no implicaba que fuéramos a vernos. ¿Podemos vernos? —vaciló—. ¿Por favor?

Se estaba mostrando muy vulnerable y a ella eso la ablandaba mucho. Además, había decidido ya ir a su hotel a darle sexo oral/Tal vez no hubiera nada de malo en hacerle saber que había decidido volver a verlo.

—Sí. Iré a tu hotel cuando el boletín entre en imprenta.

Dustin suspiró con evidente alivio.

—Gracias. ¿Recuerdas el número de la habitación?

—Sí, pero tengo que advertirte que mañana por la noche he quedado para ir al cine —que se hubiera ablandado un poco no

implicaba que tuviera que abandonar todas las barreras protectoras que había levantado a su alrededor.

—Vale —musitó él—. Nos vemos al mediodía.

—Hasta entonces.

Cortó la comunicación y sostuvo el auricular contra su pecho, donde le latía con fuerza el corazón. Un instante después volvió al ordenador.

Si es la mujer apropiada, no se reirá cuando descubra que eres virgen. Tú le ofreces un regalo y una oportunidad. Ella puede enseñarte cómo quiere que la traten y, como será tu primera amante, tú nunca la olvidarás.

Eso era cierto. Dustin tendría siempre un hueco en su corazón.

Parpadeó al comprender lo que eso significaba.

La atracción sexual por él ya le causaba bastante ansiedad, pero si estaba para siempre en su corazón, corría más peligro del que pensaba. Desde luego, no debería pasar mucho tiempo con él al día siguiente. Un trabajo rápido y se largaría.

Capítulo 8

La posibilidad de volver a ver a Erica permitió a Dustin dormir un par de horas, pero se despertó temprano y a él mismo lo sorprendió su impaciencia por trabajar en Empresas Ramsey. Había dejado el ordenador portátil debajo del asiento de su ranchera, pero podía llevarlo a la habitación, pedir el desayuno y hacer algunas cosas.

Veinte minutos después estaba sentado ante la mesa y sacaba papeles del maletín. Había llevado bastantes consigo por si tenía tiempo de continuar con su proyecto de transferir los archivos de la compañía a disquetes informáticos. Tendrían que haberlo hecho años atrás, pero su padre no se fiaba de los ordenadores.

Después de su ataque, Dustin había contratado una secretaria joven para la oficina, pero había decidido informatizar los archivos personalmente y entregárselos a la secretaria después de un período de prueba.

Tenía que saber todo lo que había en esos archivos y no había mejor modo para hacerse una imagen de los problemas y las ventajas de la compañía. Por desgracia, esa imagen no era muy buena y cada vez resultaba mas claro que su padre era un desastre en los negocios.

Examinó uno de los papeles, una declaración de ganancias y pérdidas de El Semanario de Houston. El pequeño periódico carecía prácticamente de apoyo publicitario. Alguien tenía que ir a Houston y vender anuncios y, después de años de buscar patrocinadores para

las carreras, Dustin sabía que él podía hacerlo.

Tres horas después se había quedado sin gasolina. Transferir archivos no era lo mismo que contestar cartas sobre sexo y mucho más aburrido que acostarse con la editora del boletín. Que, por cierto, estaría allí en menos de una hora.

Saltó de la silla y miró con pánico a su alrededor. Había colgado el cartel de «No Molesten» para poder trabajar, pero eso implicaba que no le habían hecho la habitación ni cambiado las sábanas.

Tomó la llave tarjeta y salió en busca de una empleada. Tardó diez minutos en encontrar a una trabajando en otra habitación. Ángela solo hablaba español, pero por suerte él sabía el suficiente para contarle lo que deseaba. Por si acaso, le entregó también diez dólares.

Le empujó personalmente el carrito, para estar seguro de que no se retrasaría, y mientras ella hacía la cama, él guardaba el ordenador y los papeles. Luego, volvió a sacarlo. Tal vez fingiera estar trabajando cuando llegara Erica. Sí, no estaría mal; por teléfono se había mostrado muy necesitado, así que ahora quería parecer absorto en su trabajo, como si se hubiera olvidado de ella.

Pero estaba el tema de la comida. Al decidir que se pasaría por su hotel directamente desde la imprenta, le había dejado a él la decisión sobre la comida. Y no estaría bien ignorar la posibilidad de que pudiera tener hambre.

Pero ir a comer a algún sitio implicaba salir de allí y él no quería que se marchara. Pensaba hacer lo imposible por convencerla de que anulara su cita para ir al cine con algún imbécil. Fuera quien fuera, no debía de ser ningún mago en la cama o ella no habría estado tan enamorada de su vibrador. Dustin pensaba que había posibilidades de que ella cambiara sus planes para la velada.

Pero para eso necesitaba tenerla allí, preferiblemente desnuda. Lo que implicaba comer otra vez con el servicio de habitaciones aunque le descolocara el presupuesto. Tomó la carta de cubiertas de piel y estudió su contenido. Algo frío. Para empezar, era verano y, además,

tal vez no empezaran a comer de inmediato. Y la comida tenía que estar allí cuando ella llegara, porque después no quería interrupciones.

Levantó el teléfono y pidió fruta y un plato de queso, ensalada de cangrejo, ensalada de pollo a la parrilla, una cesta de panecillos, dos trozos de tarta de queso con fresas y una botella de champán. Lo último era lo más caro de todo el pedido, pero quería alcohol y no deseaba parecer roñoso. No quería emborracharla, pero no le importaría marearla un poco y que no pudiera volver conduciendo a casa a tiempo para su cita. Ya se dedicaría a otros hombres cuando él se marchara, pero esa noche... esa noche era suya.

La doncella resultó ser una perfeccionista, y seguía todavía ajustando los ángulos de las sábanas. Dustin quería que pasara a limpiar el cuarto de baño porque deseaba ducharse antes de que llegara Erica. Al fin consiguió apartar a Ángela de la cama y explicarle, en su español pobre, que él terminaría de poner la colcha si ella limpiaba el baño.

Se estaba secando después de ducharse cuando oyó una llamada a la puerta seguida de la voz del camarero. Bien. La habitación estaba limpia y había llegado la comida. Solo tenía que vestirse y sentarse ante el ordenador. Luces, cámara, acción.

Se envolvió la toalla en torno a la cintura y fue a abrir la puerta descalzo. El camarero empujó un carrito lleno de cosas, incluido un clavel en un vaso.

Detrás de él entró Erica, con un brillo de regocijo en los ojos.

—Parece que alguien tiene ganas de fiesta.

Una vez más lo pillaba desprevenido.

Erica estaba nerviosa debido al exceso de café, la falta de sueño y el estímulo de ver al hombre que la hacía temblar por dentro envuelto en una toalla. Para darse valor, se había puesto ropa de niña mala: un top ceñido rojo y un pantalón corto de tiro bajo que le

recordaba a los pantalones blancos de rugby que solía llevar Dustin.

Pero no esperaba encontrarlo desnudo y la expresión de él indicaba que no había sido planeado.

—Puedo dar una vuelta por el vestíbulo y volver en diez minutos —dijo.

—Ah, no. No es necesario.

Los dos miraron al camarero abrir la botella de champán.

El champán era uno de los placeres ocultos de Erica, que miró los platos tapados del carro y admitió para sí que la visita relámpago que había planeado podía correr un serio peligro de prolongarse.

Además de nerviosa y falta de sueño, estaba hambrienta. Se había saltado el desayuno y no había querido parar a comer antes de ir al hotel.

—¿Quiere probar el champán, señor? —preguntó el camarero.

—No es necesario, seguro que está bien —Dustin comprobó que la toalla estaba bien sujeta antes de cruzar la estancia para firmar la factura que le tendía el camarero.

—Gracias, señor. Que disfruten de la comida —el hombre salió y cerró la puerta tras de sí.

—¡Vaya! —Erica señaló el carrito—. Parece mucha comida.

—He pensado que tendrías hambre.

—Y así es. No he desayunado.

Pero aunque la comida olía bien, la desnudez de él empezaba a distraerla. A menudo se había preguntado qué apetito era más fuerte, el de la comida o el del sexo, y ahora estaba descubriendo la respuesta.

Bien pensado, él olía tan bien como la comida. Erica quería lamer su piel limpia e inhalar su aroma a jabón y crema de afeitar. Mordisquearlo a él parecía mejor idea que masticar comida.

Miró el pecho desnudo de él y sus pezones se tensaron al recordar cómo el vello de él acariciaba sus pechos mientras el potente pene se movía rítmicamente en su interior hasta llevarla al clímax. Era una

lástima que no pensara quedarse tanto como para repetir la experiencia.

Ni siquiera se desnudaría. Para lo que pensaba hacer, solo tenía que cruzar la estancia, apartar la toalla, arrodillarse y convertirlo en un hombre feliz.

Luego, se marcharía. Pero eso implicaba renunciar al champán, a los panecillos calientes, a probar las delicias ocultas en los platos tapados. Vaciló, tentada tanto por el hombre como por la comida. El plan de darle sexo oral y marcharse era excelente, porque le gustaba mucho la idea de que él volviera a Midland con ese recuerdo en la mente.

Pero tal vez podía aplazarlo hasta después de comer un poco y probar el champán. Luego, lo haría y saldría de la habitación antes de que él se recuperara del placer.

—Déjame ponerme algo para comer —dijo él.

Erica no quería que hiciera eso cuando retirar la toalla resultaba tan fácil.

—No te vistas por mí.

Dustin respiró hondo.

—Cuando has dicho que tenías hambre porque no has desayunado, he asumido que te referías a...

—Hambre de comida —asintió ella—. Pero creo que guardaré sitio para el postre.

La toalla se movió un poco.

—Me gusta la idea, pero si yo tengo que comer desnudo, tú también.

—¿Por qué?

—Porque tiene que ser así. O yo me visto o te desvistes tú —echó a andar hacia ella—. O mejor aún, déjame desnudarte a mí.

Ella retrocedió un paso.

—Vale, tú ganas. Vístete si es preciso. Yo solo lo decía porque podía ahorrar tiempo luego.

—Exactamente —volvió a avanzar—. Hay un albornoz blanco en el armario. Si te da vergüenza, pónelo.

Erica retrocedió.

—Tal vez más tarde. Vamos. Ponte los pantalones.

—Es el único modo de poder quedarme sentado comiendo sin lanzarme sobre ti —la miró—. Aunque no va a ser fácil. ¿Te vistes así a propósito para volverme loco?

Erica sonrió.

—Son prendas viejas; las compré de segunda mano.

—No me digas.

—¿Te parecen provocativas?

—¿Tú qué crees? Esa ropa pide a gritos que te la quiten y a mi me cuesta mucho ignorar esa invitación —sacó unos calzoncillos y unos Levi's de su maleta abierta—. Empieza con la comida y el champán si quieres.

—Te esperaré.

—Como prefieras. No tardaré —entró en el baño y cerró la puerta.

Erica dejó su bolso cerca de la puerta, donde pudiera agarrarlo al salir, miró a su alrededor y se fijó en el ordenador y en los papeles que había sobre la mesa. Al parecer, él también había trabajado aquella mañana, y sin duda su trabajo tendría mucho más impacto económico que el de ella.

Miró una carpeta que estaba abierta. Aunque no entendía mucho de contabilidad, podía ver que había mucha tinta roja y pensó por primera vez si las empresas de Dustin tendrían problemas económicos. Aunque por otra parte, tal vez usara pérdidas aparentes para ocultar ganancias por otro lado. Su padre le había hablado de los métodos de contabilidad que usaban los peces gordos para ahorrarse impuestos.

—Aburrido, ¿verdad? —dijo Dustin al salir del baño.

—Nunca he entendido mucho de contabilidad —repuso ella. Señaló la carpeta—. Pero ¿sabes qué? Este tipo de trabajo me

confunde, no me aburre.

—Confieso que a mí me resulta más divertido trabajar en tu columna de consejos —se había puesto los vaqueros, pero seguía desnudo de cintura para arriba e iba descalzo.

—¿Y se puede saber cuánto tiempo trabajaste, cinco minutos?

—Creo que hice una contribución importante.

—Es cierto.

Dustin avanzó hacia el carro de la comida.

—Creía que ya habrías probado el champán.

—Quería esperarte.

El hombre sonrió y sirvió dos copas de líquido burbujeante.

—Has destrozado mi plan de emborracharte para poder aprovecharme de ti.

—Si no me equivoco, eso ya lo hiciste. Y me convenciste de que eres mucho mejor ahora en ese terreno que hace diez años. Misión cumplida.

Dustin se acercó y le tendió una de las copas alargadas.

—Sigues pensando que quiero borrarte de alguna lista, ¿verdad?

—Es lo que parece, pero no me importa.

—Se trataba más bien de enmendar un error —levantó la copa y rozó la de ella—. Por el buen sexo.

—Brindo por eso —tomó un sorbo y luego tomó otro para ver si sabía tan bien como el primero. Sí, el champán era de primera, pero tendría que ir con cuidado. Sin haber dormido ni comido, se le subiría directamente a la cabeza. A pesar de ello, no pudo resistir otro sorbo.

Dustin volvió al carro y empezó a destapar platos con la mano libre.

—Tenemos fruta y queso, ensalada de cangrejo y de pollo y tarta de queso. ¿Por dónde empezamos?

Erica empezaba a formar un plan en su mente.

—Todo parece apetecible. Acerca el carro a la cama y comeremos

sentados en ella.

—Me gusta tu forma de pensar —colocó el carro a los pies de la cama, dejando espacio para sentarse ante él—. ¿Así?

—Perfecto —tomó otro sorbo de champán, se sentó y observó la comida que tenía delante. Levantó la vista y vio que Dustin la miraba desde el otro lado del carro.

—¿Sabes lo que quiero hacer yo? —preguntó él con voz ronca.

—¿Olvidarte de la comida?

—No, mezclar la comida contigo. Ven a jugar conmigo, Erica.

Ella tomó un trago grande de champán. Aquello no iba según sus planes, pero deseaba seguirle la corriente y averiguar cuates eran los planes de él.

Y tal vez pudiera modificar los suyos. Podía comer desnuda con él y aplazar el sexo oral hasta un poco más tarde. Se vestiría antes y eso sería lo último que hiciera antes de marcharse.

Tomó otro trago de la copa. Tendría que dejar de beber pronto si no quería emborracharse.

—Supongo que te refieres a jugar sin la ropa.

—Sí.

—Eres muy travieso, ¿lo sabes? —dejó la copa y llevó las manos al dobladillo de su top.

—Sí —él se bajó la cremallera del pantalón—. Y llevo toda la vida buscando una mujer que quiera hacer travesuras conmigo.

Bajó los pantalones y el calzoncillo con un solo movimiento y su pene erecto saltó hacia adelante.

—Te estás quedando atrás —dijo—. Empujó el carro, tendió la mano y le bajó el pantalón corto y las bragas mientras ella soltaba una carcajada.

La besó con pasión.

—Y ahora quédate quieta —murmuró—.Vamos a comer sexo.

Capítulo 9

Dustin pensó que aquello marchaba de maravilla. Erica estaba desnuda y bebía champán. Pronto empezaría a tener orgasmos y después de eso seguramente no querría marcharse al cine con su cita.

Por su parte, él no deseaba estar en ningún otro sitio. Erica le inspiraba a decir y hacer cosas en las que nunca había pensado. «Comer sexo». No sabía de dónde había surgido aquella frase, pero estaba dispuesto a ver adonde lo llevaba el experimento.

Había colocado el carro al lado de la cama, así que solo tenía que tender la mano por encima de Erica para tomar lo que quisiera. Empezó despacio, tomando trozos de cangrejo entre los dientes y haciendo que ella trabajara para conseguir su mitad.

Mientras le acariciaba los pechos y los muslos, pero se mantenía alejado de la parte central, porque no quería excitarla tanto que se atragantara. Entre mordiscos, metía el dedo en su copa y ella lo lamía. Antes de que terminara la tarde, conocería la sensación de esa lengua en su pene, pero tenía que retrasar ese momento si quería prolongar el placer; y definitivamente quería.

A veces tenía que parar y respirar hondo varias veces; pero eso formaba aparte de la diversión... ponerse a prueba para ver hasta dónde podía llegar jugando antes de verse obligado a ponerse serio.

Después del cangrejo pasó a los trozos de pollo, y le ofreció trozos de pechuga mientras le acariciaba los pezones.

—Simbólico —murmuró ella.

—Mmm —le gustaba cómo conseguía ella besarlo al mismo tiempo que introducía el pollo en su boca. Pero cuando la mano de ella avanzó en dirección a su pene, la sujetó por la muñeca—. No.

—Pero tú sí me tocas a mí.

—No ahí.

Erica sonrió.

—No es lo mismo. Tu parte está más asequible.

—¿No quieres que esto dure toda la tarde?

Los ojos de ella se oscurecieron.

—¿Toda la tarde?

—Claro. Un poco de comida y un poco de sexo —le acarició un pezón—. Despacio para ver cuánto podemos aguantar la anticipación.

—¿Cuánto tiempo podemos controlar el orgasmo?

—Yo sí. Para ti no es tan importante —bajó la mano hacia sus rizos rubios y se detuvo cerca del clítoris—. ¿Tienes prisa?

—En absoluto.

—Muy bien —no deslizó los dedos dentro para probarle que mentía. Pensó que era más divertido seguir el juego—. Ya que no estás muy excitada, tengo una idea que puede ayudar —retiró la mano y tomó una ciruela del plato de fruta—. ¿Te gustan?

—Sí. Pero si empezamos a comerla juntos, lo mancharás todo de jugo.

—Mejor —frotó los pechos de ella con la ciruela—. O quizá debemos dejarle la piel intacta.

—Entonces no podrás saborearla.

—Oh, no estés tan segura —la besó con gentileza mientras le acariciaba los pechos con la ciruela; luego, bajó poco a poco la fruta hasta el ombligo y el borde de los rizos.

Erica le agarró la cabeza y apartó un poco su boca de la de ella.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Jugar.

Pasó la ciruela por el punto más sensible de ella, la mojó en sus jugos y volvió a llevarla al punto.

La respiración de ella se hizo jadeante.

—Eso es... diferente.

—No hay ruido de motores —susurró él. Esa vez introdujo la ciruela un poco más y la movió a ambos lados al sacarla.

—Mmmm.

Levantó la cabeza para mirarla mientras la volvía loca con la superficie sedosa de la fruta. Tenía las pupilas agrandadas y le palpitaban las fosas nasales. Sí, había sido buena idea. Estaba muy húmeda.

Volvió a mojar la ciruela en sus jugos y se la llevó a los labios.

—Ahora puedo saborearla —la lamió—. Y tú también —se la acercó a la boca.

Erica pasó la lengua por la ciruela despacio, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Dustin estuvo a punto de alcanzar el orgasmo solo con mirarla.

—¿Está buena?

—Desde luego, eres un... hombre... imaginativo.

—Contigo sí —volvió a bajar la mano y rodó la ciruela con suavidad por la entrada de la vagina.

Erica gimió y le bajó la cabeza para besarlo en la boca.

Dustin la besó con pasión y la acarició con la ciruela hasta que ella se arqueó rendida y los labios de él ahogaron sus gritos de placer.

Dustin apartó la boca y esperó a que ella abriera los ojos antes de morder la ciruela. La piel se rompió y el jugo, en parte de la ciruela y en parte de Erica, cayó por la barbilla de él hasta los pechos de ella.

La joven llevó ambas manos a la cara de él y pasó los dedos por su boca cubierta de jugo. Dustin le ofreció la ciruela y ella la mordió.

Él tiró el resto de la fruta al carro y se colocó encima de ella, ardiendo de deseo. Erica abrió las piernas y tendió una mano hacia

su pene. Dustin la penetró con rapidez y lo embargó una sensación de placer increíble.

De pronto se paró. Se incorporó un poco para mirarla y movió la cabeza para despejarse.

— ¿Qué... estamos... haciendo?

Erica se paró también, lo miró a los ojos y dio un respingo.

Dustin lanzó una maldición y se retiró. Se dejó caer de espaldas en la cama temblando de pasión y de la sorpresa de saber que había corrido el riesgo de dejarla embarazada. Buscó algo que decir mientras recuperaba el aliento.

— Lo siento — musitó al fin.

— Yo también.

Dustin se colocó de costado y la miró.

— No es culpa tuya.

— Es tan culpa mía como tuya — ella volvió la cabeza para mirarlo a los ojos —. Tenía que habértelo recordado.

— Yo no debería haber entrado. Y aún hay un factor de riesgo, ¿lo sabes?

— Muy pocas probabilidades — le tomó una mano—. No te preocupes, no pasará nada.

— Eso espero — pero a pesar de sus palabras, aquella discusión le provocaba una reacción muy rara. En cuanto pasó el momento de pánico, empezó a preguntarse cómo sería tener un niño con Erica.

Sin duda ella sería tan competente como madre como en todos los demás aspectos. Y un hijo suyo sería muy listo. Por supuesto, seguro que ella lo atiborraría de comida sana y le enseñaría a recelar del dinero, pero para eso estaría él allí, para equilibrar la balanza.

Erica le apretó la mano.

— ¿Estás bien?

— Sí — volvió a la realidad.

— Pareces perdido en el tiempo.

— Estaba pensando — sonrió él—. Por unos segundos ha sido

maravilloso, ¿verdad?

—Aja.

—No sabía que el sexo pudiera ser así. ¿Y tú?

Erica negó con la cabeza.

—Los anticonceptivos no me sientan bien, así que cuando tengo una relación... —se interrumpió, como si no le pareciera apropiado hablar de amantes pasados mientras estaba en la cama con él.

Pero Dustin sentía curiosidad.

—¿Has ido muy en serio alguna vez? ¿Has estado a punto de prometerte?

—No del todo —ella se aclaró la garganta—. Yo creo que nadie debería casarse antes de los treinta.

—Sí, seguro que tienes razón. Cuanto más mayor seas, mejor padre serás.

—¿Tú quieres hijos? —ella parecía sorprendida.

—Claro que sí. Y quiero dos. Ser hijo único tiene sus ventajas, pero quiero que mis hijos tengan algún hermano.

—Yo también. Mis padres eran partidarios del control de población. Me sorprende que me tuvieran a mí.

Dustin le acarició la mano con el pulgar.

—Yo me alegro.

—Gracias.

Él no había llegado a perder la erección en ningún momento y ahora sintió de nuevo la presión de su pene.

—¿Qué te parece si empezamos otra vez y ahora me acuerdo de usar un condón?

Erica lo observó un momento.

—No, creo que debería irme.

—¿Irte? —La miró con pánico—. Eh, aún tenemos mucha comida y apenas hemos tomado el champán —¡Maldición! no solo se había arriesgado a dejarla embarazada sino que también había estropeado el momento. Y ahora ella estaba pensando en acudir a su cita para el

cine.

—El champán es lo que nos ha metido en líos para empezar —ella le apretó la mano con una sonrisa—. Escucha, ya puedes olvidar tus preocupaciones relativas a nuestra historia sexual. Cuando piense en ti, no será en aquella noche en Midland, así que quizá deberíamos dejarlo ahora que tendremos buenos recuerdos.

—Pero...

—En serio, es mejor así —le soltó la mano y empujó el carro para poder bajar de la cama—. Si no te importa que use el baño, me gustaría lavarme y vestirme.

—Erica, tenemos que hablar... —buscó desesperadamente algo que decir—. De mi oferta. Aún no has dicho nada.

—Vuelvo enseguida —tomó su ropa, se metió en el baño y cerró la puerta.

Dustin se levantó a su vez y consiguió ponerse los calzoncillos y pantalones antes de que Erica saliera. Tal vez ella tenía razón después de todo. Habían tenido una experiencia sexual increíble, superado el pasado, y ya solo le quedaba convencerla de que aceptara su oferta para el boletín.

Ella salió del baño vestida.

—¿Has leído los papeles que te di? —preguntó él—. Es un buen trato, aunque lo diga yo.

—No he tenido tiempo, pero además no pienso aceptar.

Dustin sintió un nudo en el estómago.

—¿Por qué?

—Ya te he contado los motivos —el tono de ella se suavizó—. Créeme, si me pareciera buena idea, tú serías el primero a quien acudiría. Ahora que tú estás al frente de Empresas Ramsey, estoy segura de que estarán dirigidas de modo más responsable que antes, pero quiero estar libre para cuando llegue el trabajo que busco.

Hasta entonces, él no se había dado cuenta de lo mucho que contaba con que ella aceptara su plan. Su rechazo le parecía un

desastre. Cierto que había otros modos de diversificar, pero ninguno que contemplara con tanto optimismo.

—Siento que tenga que ser así —dijo ella.

—Yo también —la miró a los ojos, incapaz de creer que aquel era el fin de todo. Se le habían acabado las excusas para estar con ella—. Quiero volver a verte —dijo sin pensarlo.

—¿De verdad? —Erica parecía sorprendida—. ¿Por qué?

Dustin no tenía una buena respuesta; simplemente, no podía aceptar que ella desapareciera de su vida.

Erica se adelantó y le puso las manos en los hombros.

—Estás pensando con la parte equivocada de tu anatomía.

Él soltó una carcajada.

—¿Qué?

—Tú ya me entiendes —sonrió ella—. Quieres más sexo conmigo, pero seamos sinceros. Es lo único que buscas, ¿verdad? Ahora tienes la empresa de tu padre y eso te mantendrá ocupado mucho tiempo. Si quieres llamarme para hablar de algo relacionado con eso, hazlo. Adiós —le dio un beso rápido, se acercó a la puerta y tomó su bolso.

Dustin se fijó por primera vez en el lugar en que había dejado el bolso. Desde el principio había planeado una huida rápida. Y él tenía que dejarla marchar porque Erica tenía razón. En lo referente a ella, no pensaba con la cabeza.

Erica aparcó el coche y se dio cuenta de que no había dejado de pensar en Dustin ni un momento.

No tenía que haber ido a su hotel; él le provocaba sensaciones primitivas e increíbles y lo mejor que podían hacer era mantener las distancias antes de que acabara embarazada o desgraciada.

No podía permitir que se repitiera lo de aquella tarde. Había tenido suerte de salir del hotel sin estar embarazada y con el orgullo intacto. De hecho, Dustin parecía tan potente que se preguntaba si no sería posible que uno de sus espermatozoides hubiera escapado y

encontrado el camino hasta uno de los óvulos de ella.

Aquella idea debería haberla llenado de horror, y resultaba terrible que no fuera así. No era posible que él le afectara de tal modo que quisiera tener un hijo. Los hijos eran para más adelante. Tenía muchas cosas que hacer antes.

El calor le recordó que estaba sentada en el interior de un coche bajo el sol de agosto con las ventanillas subidas y el motor apagado. Si alguien la veía, pensaría que estaba loca. Y tal vez acertara de pleno.

Dos horas más tarde, después de darse un baño y pintarse las uñas de las manos y los pies, se sentía más en control. Dustin no había llamado ni pasado por allí y ella se alegraba. Cada minuto que pasara sin verlo se sentiría más fuerte.

De camino hacia la cafetería donde siempre se reunía con Denise y Josie, pensó dónde cenaría Dustin. Tal vez volviera a salir con sus amigos de las carreras o decidiera invitar a una mujer a su habitación.

Denise y Josie la esperaban ya en la cafetería, en una mesa al lado de la ventana. Erica se sentó en la silla libre con un suspiro de alivio.

Josie, una pelirroja de pelo corto, apartó su helado y se inclinó hacia ella.

—Tengo entendido que nos estás usando para no salir con el chico que te quitó la virginidad.

—Una chica tiene que usar toda la ayuda que pueda encontrar —sonrió Erica—. Gracias por venir.

—Eh, Denise me dijo que es por una buena causa.

—Te hemos pedido un sandwich vegetal con pan de centeno y un batido helado —dijo la aludida.

—Gracias —Erica notaba que Denise la observaba—. ¿Qué hay de nuevo por el periódico? —preguntó para terminar con el escrutinio.

—Lo de siempre. Ted ha invitado otra vez a Cindy a salir con él y ella lo ha rechazado de nuevo. Le gusta un chico de producción, creo.

—Y no olvides lo del departamento de publicidad —intervino Josie.

Pasaron la media hora siguiente comiendo mientras Josie y Denise le contaban los últimos cotillees del periódico.

—O te está saliendo una erupción en la barbilla o es una reacción a una barba —dijo luego Denise.

Erica se ruborizó. Al parecer, el maquillaje no cubría aquella evidencia tan bien como ella había creído.

—Ah, puede ser de una reacción —dijo.

—Aja.

Josie dejó con fuerza el batido en la mesa.

—¿Quieres decir que no te hemos salvado de ese hombre? Debe de ser muy rápido.

—Mmmm, pasó anoche por casa a tomar café.

—¿Anoche? —Denise enarcó las cejas—. Yo me fui a las doce.

—¡Qué interesante! —exclamó Josie.

Denise la miró compasiva.

—¿Fue terrible? —preguntó—. ¿Por eso estás hoy con nosotras en lugar de con él?

—Estoy aquí porque había quedado con vosotras.

Josie le dio una palmadita en la mano.

—Siento que no fuera mejor que la primera vez. Cualquiera pensaría que en diez años habría aprendido algo, pero hay hombres que no aprenden nunca. Y lo más duro es que Denise me ha dicho que a ti te excita. No es justo que sea atractivo y nulo en la cama.

Erica reprimió una carcajada.

—No es nulo en la cama.

—¿No lo es? —preguntaron sus dos amigas al unísono.

Denise le tomó el brazo.

—Escucha, no tienes por qué mostrarte solidaria con nosotras. Si es muy bueno, vuelve a su hotel. Lo comprenderemos, ¿verdad, Josie?

—Desde luego. Tendremos envidia pero lo entenderemos.

—De eso se trata —consiguió decir al fin Erica—. Es tan fantástico que si no me alejo de él me arruinará la vida.

Capítulo 10

Dustin pensó seriamente en cancelar su segunda noche en el hotel y volver a Midland o bajar a Houston a intentar vender publicidad. En Dallas no estaba llegando a ninguna parte; no le apetecía salir de nuevo con sus amigos y desde que Erica había rechazado la oferta, ya no tenía excusa para seguir allí.

Pero no podía marcharse. Quería saber con qué clase de imbécil había salido ella esa noche. Aunque no creía que ella lo llevara luego a su apartamento, necesitaba asegurarse. Sabía que era una tontería obsesionarse con eso, pero no podía evitarlo.

Si hubiera tenido más tiempo, habría podido contratar a Jennifer Madison para investigar, pero no podía contar con que actuara con tal rapidez.

Además, había visto películas de sobra para saber cómo se llevaba a cabo una vigilancia. Solo tenía que ir allí, buscar un rincón oscuro en el aparcamiento y esperar que llegara Erica con su cita. Si él la acompañaba arriba, no sabría seguro lo que ocurriría, pero podía adivinarlo por el tiempo que él pasara allí. Pensándolo bien, incluso podía interrogarlo cuando volviera a salir.

Sí, era un buen plan. Dejó de beber champán y pidió un café. Después de tomarlo, se dirigió al apartamento de ella con intención de comprar más café por el camino. Por lo que había visto en las películas, en ese tipo de vigilancias se consumía mucho café.

Por suerte, en cuanto Erica explicó a sus amigas que tenía miedo de que el magnetismo sexual de Dustin le hiciera olvidar sus metas, ellas apoyaron su decisión de alejarse de él. Las tres se rieron bastante con la película y luego fueron a tomar café y postre.

Erica no habría podido pedir una distracción mejor y consiguió comportarse como si hubiera dejado de pensar en Dustin. Fue ella la que sugirió el postre y el café. No quería quedarse a solas y no estaba segura de poder mantenerse lejos del teléfono. Pero al fin tuvo que dejar que sus amigas se retiraran porque tenían que madrugar al día siguiente.

De vuelta a su apartamento, pensó lo que podía hacer para no llamar a Dustin en las horas siguientes. En primer lugar se pondría su pijama más feo, uno ancho de pantalón corto con estampado espantoso de rosas enormes.

Después usaría el equipo que había comprado para darse mechas y que nunca había usado. Había visto hacerlo a Josie y sabía que no era bonito. Cuando se pusiera el gorro apretado y sacara los mechones de pelo por los pequeños agujeros, parecería una muñeca a la que una niña había arrastrado del pelo durante varios años.

Después mojaría los mechones con el líquido rubio plateado. Ninguna mujer sería capaz de llamar por teléfono e invitar a un hombre en ese estado, ni siquiera una que solo podía pensar en comidas desnuda y en las glorias de un pene sin condón.

Aparcó en el lugar de costumbre, salió del coche y echó a andar deprisa para evitar la tentación de ir al hotel. Solo tendría que soportar unas horas más; al día siguiente recogería los ejemplares del boletín a las nueve y los enviaría por correo.

Y cuando hubiera terminado esa tarea, Dustin estaría ya de camino a Midland.

—Erica.

Se volvió, con la esperanza de no estar tan loca para imaginar oír

su voz en la oscuridad. Dustin se hallaba a pocos metros de distancia, apoyado en su ranchera plateada. Ataviado con vaqueros y camisa negros y sombrero Stetson, parecía una aparición.

—¿Dustin? —echó a andar hacia él con el corazón latiéndole con fuerza.

La luz de la luna caía sobre su camisa sedosa y ensombrecía su rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

Él ignoró la pregunta.

—¿Por qué tu cita no te ha acompañado a casa?

—Mi... —no entendió lo que decía hasta que recordó que le había dicho que había quedado para ir al cine sin explicar que era con sus amigas.

Dustin se detuvo a dos pasos de ella.

—En mi ciudad, si un hombre invita a salir a una mujer, se cerciora de que llegue a casa sin problemas.

—He salido con mis amigas —dijo ella.

—¿Qué?

—Mis amigas —tragó saliva consciente de que temblaba e incapaz de parar. Quería sentir sus brazos en torno a ella—. Hemos ido al cine, ya lo sabes.

Dustin cruzó los brazos.

—¿Acaso has renunciado a que estuviéramos juntos esta noche por salir con tus amigas? —preguntó.

—Adoro a mis amigas —afirmó ella—. Y no voy a dejarlas plantadas porque aparezca un hombre de repente. Si hemos quedado para cenar e ir al cine... —se detuvo de pronto, consciente de que estaba intentando ocultar su deseo por él tras un muro de ultraje femenino.

—Entiendo —musitó él—. No querías verme esta noche, ni ninguna otra noche, claro. Si no hubieras tenido ya planes, los habrías hecho —llevó una mano al borde del sombrero—. Buenas

noches, Erica. Siento haberte molestado —se volvió hacia su vehículo.

El cuerpo entero de ella vibró en protesta. No podía alejarse de aquel modo. Le había hecho daño y eso la preocupaba más de lo que habría creído posible.

—Dustin, espera.

Él se detuvo, pero no se volvió.

—Creía que estabas usando a otro hombre para ponerme en mi sitio. Y casi me gustaría que fuera así. Mi ego habría soportado eso mucho mejor —siguió andando.

—Dustin, quedé con mis amigas a propósito porque...

—Cállate, Erica —tendió la mano hacia la puerta.

—Porque te deseaba demasiado.

Dustin vaciló con la mano en la puerta. Se volvió a mirarla.

—¿Qué significa eso exactamente?

Erica se acercó a él, tambaleándose nerviosa.

—Significa que te encuentro tan deseable que tengo miedo de que la lujuria me haga olvidar mis metas.

Dustin la miró varios segundos; empezó a sonreír.

—¿La lujuria? ¿De verdad?

—Dustin, algo primitivo sucede cuando nos...

—¿Desnudamos? —la ayudó él.

—Bueno, sí —no sabía si podría controlar su deseo, pero tal vez la ayudara contarle sus preocupaciones—. Como esta tarde, por ejemplo, cuando los dos nos hemos olvidado del condón. Yo no quiero hijos en este momento, no quiero casarme en varios años, ni atarme con niños, obligaciones ni...

—Yo tampoco —repuso él—. Así que ¿dónde está el problema?

—El problema es que cuando nos entra esa fiebre nos olvidamos de todo. Cuando tú has mordido la ciruela después de haberla usado para darme un or...

—¿Crees que alguno de tus vecinos dormirá con las ventanas

abiertas? —preguntó él.

Erica lo miró confusa.

—¿Por qué?

—Porque me pregunto si quieres que todo el barrio se entere de nuestras aventuras con la fruta.

—¡Oh! —suponía que no, pero estaba tan excitada que no le importaban mucho los vecinos.

—Vamos —dio la vuelta al vehículo y abrió la puerta del acompañante—. Me apetece mucho oír lo que tengas que decir sobre este tema. Sigamos la conversación dentro.

Erica lo miró con suspicacia. Sabía que era un gran riesgo entrar en el coche.

—No pienso ir contigo a tu hotel —dijo.

—Está bien —Dustin sacó las llaves de su bolsillo y se las tendió—. Ahora tú controlas eso, ¿no?

Erica las guardó en el bolsillo del pantalón.

—¿O prefieres ir a hablar a tu apartamento?

Era una mujer débil. Por mucho que deseara invitarlo a subir, sabía que se odiaría por la mañana. Ya le iba a costar trabajo olvidarlo después de una visita a su cama. Si pasaba esa noche allí, jamás podría librarse de los recuerdos.

—¿De verdad me tienes tanto miedo? —preguntó él.

Aquello era un reto claro. Ella había querido que volviera a Midland considerándola una diosa del sexo. Y a una diosa del sexo no le importaría tanto subir a la ranchera. Lo haría y controlaría la situación.

Tal vez incluso le diera una buena experiencia de sexo oral, algo que no había hecho todavía.

—Claro que no te tengo miedo —repuso. Entró en el coche—. Hablemos.

—Vale —él cerró la puerta y dio la vuelta hasta el lado del conductor. Una vez dentro, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la

consola antes de volverse hacia ella.

El desnivel del suelo creaba una pequeña barrera entre los dos asientos de piel, pero no era muy grande. Erica lo miró en la penumbra y pensó si tendría valor para hacer el primer movimiento.

Tal vez no. Él empezaría algo antes o después. Con un hombre tan sexy y tan sensual como él, era inevitable. Optó por preguntarle algo que deseaba saber.

—¿Qué haces aquí?

Dustin apoyó el brazo izquierdo en el volante y carraspeó.

—Después del modo en que has salido hoy de mi habitación, creía que los juegos y la diversión habían terminado.

Casi, pero no del todo. Tal vez todavía le diera un regalo de despedida.

—A mí me parecía ese el mejor plan. Tú y yo seguimos caminos muy distintos.

Dustin tendió una mano y recorrió el antebrazo de ella con los dedos.

—Tenía miedo de que me costara mucho olvidarte.

A ella le gustaron sus palabras. Esperaba que la recordara durante mucho, mucho tiempo, pero ella sí quería poder olvidarlo, lo cual parecía improbable. La sencilla caricia en su brazo ponía todo su cuerpo en alerta roja.

—Y he pensado que, si venía aquí y te veía subir con otro a tu apartamento tan poco tiempo después de haber estado conmigo, me enfurecería lo suficiente para poder olvidarte.

—¡Por Dios! —Erica apartó el brazo—. Aunque hubiera salido con un hombre, no me habría acostado con él. Solo hace unas horas que he salido de tu cama.

—¿Y yo qué sé? A lo mejor para ti eso es normal. Eres una mujer sofisticada.

Ella se sentía insultada.

—Yo no haría algo así. No puedo tener una experiencia así con un

hombre y.. —se detuvo antes de incriminarse más.

—Ha estado bien, ¿verdad?

—Sí.

—Por favor, dime que lo has pasado bien. Me merezco eso al menos.

—Lo he pasado bien. Pero que algo me guste no significa que me convenga —añadió ella, casi para sí.

—¿Todavía me deseas? —empezó a acariciarle el brazo de nuevo.

Oh, sí. Lo había deseado durante años. Más de diez, para ser exactos.

—Sí, pero solo por el sexo —esa era su historia y pensaba aferrarse a ella—. Y no creo que el sexo por el sexo sea buena idea, sobre todo para las mujeres. Cuando es muy bueno, altera su sistema interno y toman decisiones que no les convienen. Lo he visto en las cartas que me envían.

—Eso supone un cambio. Normalmente es al hombre al que se acusa de querer solo sexo —acarició la piel de ella con el dedo y la miró a los ojos—. Pero yo quiero algo más de ti. Quiero amistad y que seamos socios de negocios. Al parecer, tú no me ves otra utilidad que mis servicios en la cama. ¿El sexo fue la única razón por la que viniste conmigo al campo en el instituto?

—No —decidió que tal vez no estaría de más sincerarse un poco—. Me gustabas. Todavía me gustas.

Dustin suspiró.

—Me alegro. Tú también a mí. Y yo no te invité a venir conmigo solo por sexo. Te deseaba, sí, pero había algo más.

—¿El qué?

Dustin vaciló.

—Quería que la primera vez fuera muy especial.

A Erica la sorprendió que supiera que había sido su primera vez. ¡Y qué presunción pensar que su experiencia habría hecho que fuera especial! Tal vez consiguiera olvidarlo más deprisa de lo que pensaba.

Se recostó contra la puerta.

—Gracias por tu amabilidad.

—¿A qué te refieres?

—A querer enseñarme, iniciarme en el mundo mágico del sexo. ¡Qué noble por tu parte! ¿Pero cómo sabías que era virgen? ¿Qué hiciste, interrogar a mis amigas?

Dustin parpadeó.

—¿Eras virgen?

—Claro que... —se interrumpió—. No me digas que tú también lo eras.

—Un momento —él parecía alterado—. No podía ser tu primera vez.

—¿Por qué no?

—Porque entré sin problemas... sin barrera ni sangre. Pensé que tenía que haber...

—Cada mujer es diferente —ella seguía sin asimilar que había sido la primera chica con la que se acostaba él. Increíble—. Mi madre me llevó al ginecólogo a los dieciséis años y la doctora me dijo que al parecer me había roto el himen de algún modo, porque ya no estaba intacto.

Dustin la miró un momento en silencio.

—Eras tan liberal que estaba seguro de que habías hecho muchas veces el amor.

—¿Yo? ¿Y qué me dices de ti? Eras el conquistador del instituto. Todo el mundo sabía que los jugadores de rugby.. No puedo creer que tú no...

—Fingía que lo había hecho porque tenía miedo de que los otros chicos se rieran de mí si sabían la verdad.

Una revelación sorprendente tras otra. A ella le costaba trabajo asimilar aquella versión nueva de Dustin.

—Pero seguro que tuviste docenas de oportunidades. Siempre estabas rodeado de chicas.

—Sí, pero nunca tuve nada serio con ninguna de ellas. La primera vez que hablé de verdad con una chica fue contigo en el laboratorio de química...

—Pero si solo hablábamos de los deberes.

—Y de otras cosas. Tú me decías que los laboratorios de cosméticos hacían pruebas con conejos y que no teníamos que comer cosas que tuvieran mucho colorante rojo.

—Vaya, no imagino que eso pudiera excitarte.

—Vamos, Erica. Tú sabes a lo que me refiero. Te importaba algo más aparte de saber quién había ganado el partido el viernes y cuál era la canción número uno de los 40 Principales —sonrió—. Yo observaba cómo te concentrabas en las probetas, cómo apretabas los labios y te asegurabas de no desviarte ni un milímetro. Y no sabías lo sexy que estabas.

Sonrió con aire evocador.

—Yo no quería tener mi primera experiencia sexual con alguien que no la valorara —sonrió—. Quería alguien que se tomara la vida un poco en serio.

—Y esperabas que yo supiera lo que había que hacer, que tuviera experiencia para que resultara maravilloso —suspiró ella—. Te fallé.

—No, de eso nada. Me encantó cada minuto que pasé contigo en el asiento de atrás de aquel coche —mover la cabeza—. O quizá debería decir cada segundo.

—Fue culpa mía. Tenía que haberte hecho esperar. Teníamos que haber jugado más.

—Yo no quería esperar —la voz de él se hizo más ronca—. Apenas si me molesté en jugar un poco con tus pechos. Estaba a punto de explotar, tenía que introducirme en ti. Pero también quería que durara para que tú también disfrutaras.

—Dustin, la mayoría de las mujeres no alcanzan un orgasmo la primera vez que hacen el amor.

—Pero tú estabas muy mojada y preparada. Seguro que si hubiera

aguantado un poco más, lo habrías tenido; pero en cuanto estuve dentro de ti, la sensación fue tan buena que no pude dejar de moverme. Me volví un poco loco.

Erica sintió una tensión palpitante entre los muslos. Se movió en el asiento y la tela húmeda de las bragas la masajeó con suavidad. Fuera empezó a cantar un grillo. Si cerraba los ojos, podía imaginar que estaban de nuevo en aquella carretera del campo.

—Y resulta que ahora tengo la misma reacción que hace diez años —musitó él—. Me quedo a solas contigo en la oscuridad y solo puedo pensar en entrar en ti —se aclaró la garganta—. Tú dijiste que ya hemos tenido una experiencia buena y que podemos olvidar los viejos recuerdos, pero no estoy de acuerdo.

La joven abrió los ojos y lo miró. En la oscuridad, él podía haber sido todavía el chico de dieciocho años que tanto le gustaba. Sin que ella lo supiera, le había entregado su virginidad; la experiencia había sido importante también para él.

—No te pido que vuelvas a mi hotel —dijo Dustin—. Me doy cuenta de que lo que he querido todo el tiempo es que pasaras conmigo al asiento de atrás de este coche y recrear uno de los momentos más importantes de mi vida. Pero esta vez quiero que lo hagamos bien.

Capítulo 11

—Estás loco, ¿lo sabes? —murmuró Erica sin apartar la vista de él.

—Sí —él abrió la puerta de su lado y dejó pasar el aire cálido de la noche. No era una carretera rural solitaria, pero tendría que servir. En los matorrales que bordeaban el aparcamiento cantaban los grillos. Y también había habido grillos diez años atrás—. Haz el loco conmigo —le suplicó.

Pensó que había más probabilidades de que lo hiciera si no le daba mucho tiempo para pensarlo. Saltó al suelo y corrió a abrir la puerta de su lado.

Erica lo miró.

—¿Has traído...?

—Sí —le tendió los brazos—. Baja y echaré el asiento adelante para que podamos subir atrás —el asiento de atrás no era muy amplio, pero se las arreglarían.

Al ver que ella vacilaba, introdujo la cabeza en el vehículo y la besó con pasión.

—Por los viejos tiempos —susurró. Volvió a besarla y la acarició con la lengua hasta que ella empezó a devolverle el beso.

Sí, tenía una posibilidad. Le sujetaba la cabeza con una mano, así que tenía la otra libre para intentar convencerla mejor. Buscó el lazo que sujetaba sus pantalones anchos y tiró de él hasta que se deshizo la lazada. Ella no se dio cuenta o, si se dio, no hizo nada por

detenerlo.

Mejor.

Deslizó la mano en el interior del pantalón, buscó el elástico de las bragas y apartó también aquella barrera. Poco después estaba donde quería.

Erica dio un respingo y le sujetó la muñeca.

—¿Te he dicho que podías hacer eso?

Dustin levantó la cabeza e intentó captar su expresión. No era fácil en la penumbra.

—No...

—Me han hablado de chicos como tú —sonrió ella con picardía—. Chicos malos que quieren salirse con la suya. Tú quieres bajar debajo de la cintura sin que yo te haya dado permiso.

A él se le aceleró el corazón. Aquel era el lenguaje que solían usar las chicas en el instituto, lo que implicaba que quizá, solo quizá, estaría de suerte. Se metió también en el papel de adolescente salido.

—¡Ah, Erica, por favor! —intentó introducir otra vez la mano en las bragas.

—No —ella lo apartó y le dio una bofetada pequeña—. Chico malo.

—Ven conmigo al asiento de atrás —murmuró él—. Solo nos besaremos un poco, ¿vale? Nada más. Solo un beso.

—Eso es lo que decís todos. Solo un beso. Y luego, en cuanto me descuido, intentáis quitarme el sujetador —suspiró con fuerza y sacó el pecho—.

No sé si me puedo fiar de ti.

Dustin le pasó el pulgar por el labio inferior. Estaba tan excitado que se preguntó si aguantarían las costuras de sus vaqueros.

—Puedes confiar en mí. Déjame demostrarte que puedes confiar en mí.

—Bueno, pero solo un rato pequeño —suspiró ella de nuevo. Se movió hacia adelante para frotar sus pezones en el antebrazo de él

—Y no lo olvides, solo besos.

Dustin estaba dispuesto a apostar a que ella nunca había hecho eso de adolescente, como él tampoco había intentado convencer a una chica para que le dejara hacer el amor. Los dos se habían perdido mucha diversión.

—Solo besos —prometió. Eso cubría mucho territorio.

Cuando la ayudó a bajar, ella volvió a apretar sus pechos contra el brazo de él.

—¿Seguro que me puedo fiar de ti? —preguntó.

—Desde luego.

Quería sentir sus manos en los pechos desnudos y no tardaría en complacerla. Echó el asiento hacia adelante en un tiempo récord, la ayudó a subir detrás y la siguió deprisa. Cerró la puerta con decisión y se sentó a su lado. No había mucho espacio, pero eso formaba parte del reto.

Colocó un brazo en el respaldo del asiento y se inclinó hacia ella.

—Dustin, pareces estar sin aliento.

Él carraspeó e intentó respirar con normalidad, pero estaba tan excitado que le costaba trabajo.

—Estoy bien.

—¿Y qué es ese bulto grande en tus pantalones?

—No te preocupes ahora por eso —tomó el rostro de ella entre las manos.

—Pero mi madre dice que tenga cuidado con...

—Ya sabes cómo son las madres —le pasó la lengua por el labio inferior—. Nunca quieren que nos divirtamos.

—¿Nos vamos a divertir?

—Oh, sí. Más de lo que podrías imaginar —la besó; se sentía efectivamente como un adolescente salido a punto de acariciar a una chica por primera vez. Un chico que iría hasta donde la chica le permitiera.

Y ella sabía de maravilla. A chocolate, café y a ella misma. Pero

Erica mantenía las piernas juntas y las manos en los hombros de él. Tendría que ganarse a pulso cada concesión de ella, y a él le encantaba el juego.

Le introdujo más la lengua en la boca y bajó la mano por la espalda hasta localizar el cierre del sujetador. Dos corchetes. Tembló de anticipación, como si nunca hubiera abierto ninguno. Aunque no había tonteado con muchas chicas en el instituto, se había puesto luego al día en la universidad.

Allí aprendió que aprender a abrir un sujetador sin quitar la camisa podía resultar útil. Y a ellas no les gustaba darse cuenta de que ocurría, así que tenía que ser rápido y eficiente.

Hacía años que no probaba aquella maniobra, así que quizá le faltara práctica. Le acarició la espalda, levantó la boca y le mordisqueó la oreja. Esa noche llevaba pendientes pequeños. Tomó el aro entre los dientes y tiró con suavidad.

—Eres muy guapa —pasó la lengua por la curva interior de la oreja de ella y la sintió estremecerse—. Soy afortunado. Me pasaría toda la noche besándote —mientras le acariciaba la oreja, le abrió el sujetador.

—¿Dustin?

—¿Qué, cariño? —movió la mano hasta que sus dedos descansaron bajo el dobladillo de la parte delantera de la camiseta. Estaba tan cerca del momento de tocarle el pecho que le temblaban los dedos de anticipación.

—Has dicho que solo besos.

—Erica, por favor. Por favor, déjame —deslizó la mano despacio hacia arriba y encontró el sujetador desabrochado. Tocar los pechos se convirtió en un fin en sí mismo, el tesoro prohibido que tenía que ser suyo. Si no se lo permitía, se volvería loco.

—No sé —la voz de ella sonaba ronca.

—Por favor.

—Oh, vale. Pero solo un rato pequeño.

Dustin tragó saliva y metió la mano bajo el sujetador para tocarle el pecho. Apretó con gentileza, cerró los ojos y escuchó el suave murmullo de placer de ella. Poco después había deslizado la otra mano bajo la camiseta porque necesitaba tocar los despechos.

Ella se apoyó contra la ventanilla y arqueó la espalda.

—¿Te gusta? —poder tener las dos manos bajo la camiseta lo hacía sentirse muy privilegiado.

—Está bien —ella lo miró con evidente deseo—. Puedes seguir si quieres. No me importa.

Oh, pero él quería más.

—Por favor, déjame besarte ahí.

—¿Por qué?

Dustin no se había sentido nunca tan excitado.

—Porque creo que te gustará. Te gustaría mi boca ahí. Ya lo verás.

—Pero Dustin... ¿Y si no me gusta, qué pasará?

—Pues, simplemente, dejaré de hacerlo...

Ella se encogió de hombros, como si le diera igual lo que hiciera.

—Supongo que puedes.

Dustin le subió despacio el sujetador y la camiseta hasta el cuello. Se inclinó hacia ella y rozó el pezón con los labios.

Erica dio un respingo y él tomó el pezón entre los labios y tiró con gentileza.

—¡Oh!

Le soltó el pezón y la miró. Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

—¿Te gusta? —murmuró.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Quieres que lo haga más?

Ella volvió a asentir.

Esa vez le rozó el pezón con la lengua y ella soltó un gemido. Cuando al fin cedió a la tentación y lo tomó entero en la boca, ella luchaba por respirar. Daba la impresión de que pudiera tener un

orgasmo en cualquier momento. Empezó a acariciarle el otro pecho al tiempo que succionaba con fuerza del primero.

Los gritos de ella subieron de volumen y él le subió la camiseta hasta la boca para ahogar el sonido. Al fin ella se estremeció y se dejó caer contra el asiento jadeante.

Dustin respiró hondo para captar el aroma de los jugos que sabía que la empapaban.

La respiración de ella se hizo más lenta. Abrió los ojos.

—Eres un chico malo. Dijiste que solo besos.

Dustin tragó saliva. Empezaba a resultarme muy doloroso contenerse.

—Y así ha sido. Erica, solo te he besado.

—Sí, pero has besado mi... ya sabes.

—He besado tus hermosos pechos. He mamado de tus pezones y los he acariciado con mi lengua —había poca luz, pero podía ver la humedad en la piel de ella, donde la había chupado.

Los pezones de ella se estremecieron.

—Sí, y me has hecho hacer... cosas.

—¿Qué cosas?

—Me ha pasado algo, como un estornudo gigante —dijo ella con fingida timidez—. Solo que... ahí abajo. Y ahora, después de eso, estoy muy... mojada.

—¿Puedo ver cómo estás de mojada?

Ella se lamió los labios.

—No sé si me puedo fiar de ti.

—Claro que sí.

—Vale, puedes tocarme ahí, pero solo por fuera. Y nada de tonterías.

—Vale —colocó la mano entre las piernas de ella y comprobó que la humedad traspasaba las dos prendas de ropa. Frotó con gentileza—. ¿Te gusta así?

—Sí. Está bien. ¿Me va a pasar otra vez lo de antes?

—¿Te gustaría?

—No sé. A lo mejor.

—Entonces tienes que dejarme que te bese también ahí.

Erica lo miró unos segundos, considerando la propuesta.

—¿Con la ropa puesta?

—No puedo besarte muy bien con ella. Déjame que te la quite.

—Pero me quedaré desnuda.

—Sí —Dustin apenas podía contenerse.

—Ah, vale. Si no hay más remedio...

No lo había. Le bajó los pantalones y las bragas y ella se quitó los zapatos y levantó las caderas para ayudarlo. Dustin resistió el impulso de enterrar su nariz en las bragas antes de lanzarlas al asiento delantero.

Con las ventanillas subidas, hacía calor en el coche, pero parecía formar parte del juego. Después de dejar la ropa de ella en el asiento delantero, se volvió y la encontró sentada con los muslos apretados y ambas manos tapando el pubis. La postura era tan clásica que sonrió.

Le tomó el rostro entre las manos y empezó a seducirla de nuevo.

—Vamos, cariño —le besó la boca—. Te gustaría todavía más que antes.

—Eso lo dices tú.

—Lo prometo —le besó el cuello y le apartó las manos. Ella siguió interpretando el papel de virgen tímida y mantuvo las piernas juntas.

Dustin pasó los nudillos por los rizos que sobresalían por encima de sus muslos apretados.

—Te prometo que te gustará —susurró. Deslizó el índice hacia abajo y dejó descansar el nudillo en el punto indicado. Después la miró a los ojos y apretó el nudillo hacia adentro.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Te gusta?

—Mmmmm.

Dustin movió el nudillo adelante y atrás y ella se mordió el labio

inferior.

—Ábrete para mí —le suplicó él—. Por favor.

Erica relajó poco a poco los muslos.

—Sí, así —giró el dedo y lo encogió para poder acariciarle el punto exacto con la yema.

Ella gimió y se echó hacia atrás contra la ventanilla.

—Me está pasando otra vez... esa sensación.

—Eso espero —volvió a acariciarla—. Más abierta, cariño. Eso es.

Mientras ella abría las piernas, él retiró el dedo de mala gana para poder colocarse bien. Resultaba muy incómodo, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de saborearla. Apoyó las rodillas en el suelo y colocó las piernas de ella sobre sus hombros.

Con las manos debajo de las nalgas de ella, la levantó un poco y empezó a chuparla. Estaba en la gloria; el aroma de la tapicería de piel se mezclaba con el del sexo y los gritos apagados de Erica se fundían con el canto de los grillos.

Ella le sujetó la cabeza con ambas manos y él supo que estaba a punto de llegar. Le temblaban los muslos y estaba tan caliente que él creía que estaba a punto de salirle vapor de la lengua. Tenía que terminar eso y luego...

—¡Para!—dijo ella. Intentó apartar la cabeza de él y cerrar los muslos.

—No. Déjame...

—No —se debatió contra él—. Quítate los pantalones. Esta vez lo quiero todo. A ti dentro del todo. Vamos.

Dustin no estaba dispuesto a discutir ese punto.

—No te muevas.

Sin retirar las piernas de ella de sus hombros, se apartó lo suficiente para quitarse los pantalones.

—Date prisa.

—No temas, ya me la doy —bajó los pantalones y calzoncillos y gimió de alivio cuando su pene quedó libre. Sacó un condón del

bolsillo, abrió el paquete y se lo puso; y todo el tiempo recordaba el momento en que había entrado en ella sin el látex. Jamás olvidaría aquella sensación y no quedaría satisfecho hasta volver a vivirla. Pero ese no era el momento.

Ella volvió a gemir.

—Dustin, por favor.

Aquello era música en sus oídos. La virgen tímida se había evaporado y estaba tan impaciente como él.

—Vale —deslizó de nuevo las manos bajo las nalgas de ella y la subió un poco. Entró con cuidado, complacido de que ella estuviera muy mojada por el deseo.

—Justo... ahí —murmuró ella, guiándolo con las manos.

A él le encantaba sentir sus manos en el pene y odiaba la delgada barrera que le impedía un contacto directo con los dedos de ella. A pesar de ello, cuando bajó la vista y la vio ayudándolo a entrar, estuvo a punto de terminar. A pesar de la penumbra, era una de las imágenes más eróticas que había visto nunca.

Cuando estuvo dentro de ella, la miró a los ojos. Aunque no pudiera ver bien su expresión, deseaba mirarla. Tal vez ella pudiera comprender el regalo que le hacía al ayudarlo a vivir aquella fantasía.

Se hundió en su calor y avanzó despacio, para saborear una entrada lenta. Había pasado años diciéndose que estar dentro de Erica no había sido tan especial. Que había sublimado la sensación porque ella había sido la primera. Que la sensación de estar fundido con otro ser humano solo existía en su imaginación. Sin embargo, había vuelto a sentirlo la noche anterior, y también esa misma tarde, con total intensidad.

Y volvía a sentirlo en ese momento.

—Muy bien —dijo ella con voz espesa por la pasión.

—Muy.. bien —estaba dentro del todo, como ella le había pedido, y no creía que pudiera haber nada más perfecto.

Sus testículos rozaban las nalgas de ella. Algo más poderoso que

el placer lo empujaba a buscar el calor de esa mujer. Ella lo había llamado «impulso primitivo», y tenía razón. Quería aparearse. Pero no estaba en una caverna iluminada por una hoguera, sino en el asiento de atrás de su coche en un aparcamiento de Dallas. Y aparearse era lo último que necesitaban ellos en ese momento.

Busco, pues, el placer, moviéndose adelante y atrás. Si era todo lo que podían tener por el momento, al menos sabía que era un placer de primera.

Erica, agarrada al borde del asiento, tenía los labios entreabiertos y la respiración jadeante.

—¡Oh, Dustin! Me...encanta.

—A mí... también —golpeaba rítmicamente, apretando los dientes para contener el orgasmo.

Erica dio un respingo.

—Como en los viejos tiempos —dijo.

—Pero mejor.

—Mucho mejor —gimió ella—. Muchísimo mejor.

—¿Has llegado al orgasmo alguna vez en un coche?

—Una.

Dustin se detuvo un momento y deseó no haber hecho la pregunta.

—Hace diez minutos. ¡No pares, por favor!

La pausa lo había ayudado a controlarse.

—No se me ocurriría —reanudó el ritmo, aunque variando un poco el ángulo.

—Ahí —gimió ella—. ¡Oh, sí, justo ahí!

—Llega conmigo, Erica —murmuró él, aumentando el ritmo—. Por favor.

—Sí...ya voy...ya voy. ¡Oh, sí!

Dustin creía tener el control, pero el oírla anunciar el orgasmo y sentir sus contracciones fue más fuerte que él y llegó al clímax. Se dejó caer sobre ella con un punto de desesperación. Hacer el amor

con ella esa noche, a pesar de lo maravilloso que había sido, no sería suficiente; pero quizá nunca tendría más.

Estaba pensando lo que aquello significaba cuando alguien llamó a la ventanilla del coche.

Capítulo 12

Al oír la llamada en la ventanilla, el primer impulso de Erica fue taparse, y Dustin era lo que tenía más a mano. Cerró los tobillos en torno a su cuello y lo agarró por la cintura al tiempo que él intentaba soltarse.

Volvieron a llamar.

— ¿Va todo bien, amigos?

Erica lanzó un gemido.

— La policía.

— Suéltame — murmuró Dustin—. Ya me ocupo yo.

La joven acercó la boca al oído de él.

— Si te suelto, estaré aquí medio desnuda sin posibilidad de taparme. Mis pantalones están en el asiento de delante.

— Bueno, los míos están alrededor de mis tobillos, así que no estoy mucho mejor que tú.

— Vale, amigos — llamó el hombre—. Necesito que salgan para comprobar que todo el mundo está bien.

Dustin consiguió levantar la cabeza un poco.

— Por favor, ¿puede darnos solo un minuto?

— Sí, puedo hacerlo.

— Gracias — Dustin intentó apartarse.

— Espera — ella lo sujetaba con fuerza—. ¿De verdad tenemos que salir?

—Si es la policía, sí. Si no es la policía, seguimos teniendo un problema que hay que resolver. Erica, tus uñas me están...

—Perdona —aflojó los dedos—. ¿No es invadir nuestra intimidad pedirnos que salgamos?

—Si ha oído el ruido que hacíamos, no. El sexo no es muy diferente a un asalto. Por lo que sabe, yo puedo ser un violador y tú mi víctima. Pero no podré saber si es policía o no hasta que me sueltes.

Erica descruzó de mala gana los tobillos.

—¿Crees que nos está viendo ahora?

—No vería gran cosa. Son cristales oscurecidos.

—¿Mucho o poco?

—Poco, pero...

—Oh, vaya. Seguro que puede verlo todo. Dame mis pantalones.

Dustin buscó los pantalones de ella con la mano derecha mientras se libraba del condón con la izquierda. Le tiró los pantalones.

—Odio estas cosas.

—¿Mis pantalones? —ella no se molestó en buscar la ropa interior. Por el momento bastaría con los pantalones.

—No, los condones.

—Yo también.

—Cuando es así de bueno con un condón —Dustin se subió la cremallera de los vaqueros—, no puedes evitar querer probar sin él.

—Sí... estoy totalmente de acuerdo contigo.

—Vale, ya estoy listo para ver a ese tipo —Dustin se asomó por la ventanilla—. Mmmm, parece un guarda privado. Joven, pelo corto, creo que latino. Parece inofensivo, pero le pediré que nos enseñe un carné por la ventanilla antes de abrir la puerta.

Erica recordó entonces que su bloque de apartamentos había contratado hacía poco a un guarda de seguridad que pasara varias veces por noche por el aparcamiento.

—¿Tiene una camioneta que pone Allied Security en el lateral?

—Sí.

—Es un guarda privado que contratamos hace un mes. Si no es policía de verdad no tenemos que salir, ¿verdad?

—Deberíamos hacerlo. Si no lo tranquilizamos llamará a la policía. Yo salgo primero. Tú ven cuando estés lista.

—No lo estaré nunca —levantó las caderas y se subió los pantalones—. Me siento como una niña pillada por sus padres—. Es humillante.

—Erica.

—¿Qué? —lo miró y vio que sonreía—. ¿Te parece gracioso?

—Es perfecto. Esta noche hemos querido actuar como una pareja de adolescentes y nos han pillado como a una pareja de adolescentes. Es la guinda del pastel.

—No, es una cucaracha en el tazón del ponche.

Dustin se inclinó y le dio un beso rápido.

—Piensa que ese guarda podría haber aparecido cinco minutos antes. Eso sí que habría sido un desastre.

Erica se estremeció solo de pensar en eso.

—Uno de los dos se podía haber roto algo importante.

—Sí —Dustin soltó una risita—. Eso seguro. Bien, tengo que salir a hablar con nuestro amigo.

Mientras Erica se abrochaba el sujetador y buscaba los zapatos en el suelo, oyó a Dustin hablar con el guarda como si fueran amigos. Hasta se rieron juntos de algo. Se sentía irritada y en minoría, segura de que, aunque no podía oír lo que decían, compartían historias de guerra sexuales.

¿Por qué si no se iban a reír así? El guarda de seguridad ya sabría lo que había ocurrido en el asiento de atrás y el gamberro de Dustin bromeaba con ello.

Miró por la ventanilla y los vio de pie al lado de la camioneta del guarda, debajo de una de las farolas del aparcamiento. El guarda era bajo y fuerte, un hombre que evidentemente iba al gimnasio. Asentía

con la cabeza y rió de algo que dijo Dustin. Este también sonreía.

Cuando más escuchaba el tono de sus voces, más se irritaba ella. Tal vez su primera impresión de él diez años atrás había sido correcta y era un tipo superficial que solo quería pasarlo bien.

Su confesión de que era virgen aquella noche la había ablandado hasta el punto de hacerle pensar que tal vez... bueno, que tal vez se estaba enamorando un poco de él. Tal vez. A pesar de que ambos tenían metas muy distintas en la vida.

Pero había cometido el error típico de pensar que una buena relación sexual fuera una buena base para una relación. El sexo era sexo y punto. Y Dustin sabía reconocerlo así y por eso bromeaba ahora sobre el tema con el guarda de seguridad. Además, le había dicho claramente lo que quería de ella: sexo, amistad y una relación de negocios, pero separados en distintas categorías y sin que una cosa tuviera nada que ver con las demás.

Y a ella le quedaban dos opciones. Si no le gustaban las reglas del juego, podía decidir no jugar y retirarse en serio, sin permitirse más distracciones de aquel tipo con Dustin.

La otra elección era jugar según las reglas de él. Le había dicho que no creía en el matrimonio antes de los treinta y ahora se daba cuenta de que eso era fácil de cumplir cuando no había un hombre en su vida que la hiciera temblar de deseo. Cuando su vida sexual era mediocre, resultaba fácil pensar que no estaba preparada para una relación permanente. La verdadera prueba era encontrar a alguien que fuera dinamita en la cama y seguir pensando que no quería un compromiso.

Y era una prueba que ella debería poder superar. Tendría que ser capaz de disfrutar de un sexo maravilloso y no abandonar sus metas.

Respiró hondo, se pasó los dedos por el pelo y salió del coche. Tomó su bolso del asiento delantero y metió las bragas dentro. Enderezó los hombros y se acercó a ellos. Había llegado el momento de ser una verdadera mujer y hacer alarde de su sexualidad.

Dustin la miró y sintió un nudo en el estómago. Esperaba que se acercara vacilante, como avergonzada. Confiaba en que los hubiera oído bromear y se hubiera dado cuenta de que no se trataba de una situación seria. Su intención había sido que se sintiera cómoda.

Pero más que cómoda parecía una leona al acecho. Costaba trabajo creer que menos de veinte minutos atrás estaba interpretando el papel de una virgen tímida y menos de diez minutos atrás se agarraba a él, temerosa de que un extraño la viera desnuda. Ahora no tenía nada de tímida y la mirada que lanzó al guarda estaba llena de seguridad en sí misma.

—Me alegro de que esté por aquí —dijo—. En este edificio viven varias mujeres solas y por eso decidieron aumentar la seguridad en el aparcamiento.

—Sí, señorita —el joven sacó pecho—. No queremos dar ninguna oportunidad a los depredadores. Y ahora, si no le importa enseñarme un carné —preguntó con aire de disculpa, como si no le gustara molestarla.

—Desde luego —Erica metió la mano en el bolso, apartó las bragas y sacó el carné de conducir de la cartera. Se lo tendió al guarda y se agarró al brazo de Dustin—. Pero quiero que sepa que él no es ningún depredador. Si alguien merece ese calificativo, soy yo.

Dustin la miró atónito. Rozaba sus pechos con el brazo de él y solo le faltaba ronronear.

El guarda levantó la vista del carné.

—¿Erica Mann? ¿Es usted la que hace ese boletín? No me acuerdo del nombre, pero...

—*Dateline: Dallas* —repuso ella—. Sí, lo soy. ¿Está usted suscrito, señor...? —Miró la placa con el nombre— ¿Señor Álvarez?

—No, pero en el gimnasio al que voy siempre hay una copia. Y puedo asegurarle que la leemos todos.

Dustin pensó de inmediato el dinero que se perdía cuando los

lectores compartían los boletines.

Al parecer, esa no fue la primera reacción de Erica.

—Estupendo —parecía sorprendida y complacida—. No se me había ocurrido eso. Indica que por cada suscriptor puedo tener varios lectores más.

—Por lo que he visto en el gimnasio, desde luego —el guarda te devolvió el carné—. He probado algunos de los restaurantes que recomienda. Excelentes.

—Me alegro de que le gustaran —sonrió ella.

—Oh, si usted dice que es bueno, sé que será verdad. Y los hombres que conozco confían en usted cuando invitan a cenar a una chica —guiñó un ojo—. Y esa vez que recomendó restaurantes donde se podía jugar un poco fue soberbio.

Erica se acercó más a Dustin.

—Parece que usted probó alguno.

El guarda soltó una carcajada.

—Lo cierto es que sí. Fue muy emocionante.

Dustin no se sentía del todo cómodo con el giro que había tomado la conversación. Se había esforzado en apartar la atención del guarda del ángulo sexual hablando de béisbol y se habían reído juntos de la mala temporada que estaban haciendo los Cowboys. Y ahora seguro que el guarda empezaba a relacionar los juegos en los restaurantes con los juegos en un aparcamiento.

Álvarez se puso serio.

—La diferencia entre el restaurante y el aparcamiento es que en el restaurante no se puede violar a una mujer, pero aquí tenemos que investigar lo que nos parezca sospechoso. Yo no les aconsejo que lo hagan a menudo en aparcamientos. Si hay guardas de seguridad, los molestarán.

Erica sonrió.

—Dustin ha intentado convencerme de que era mala idea, pero yo he insistido en probar. Siento haberle molestado.

—Yo tan solo hago mi trabajo, señorita.

—Bien, pues se lo facilitaremos y continuaremos nuestras actividades en mi apartamento, ¿verdad, Dustin?

Este estuvo a punto de tragarse la lengua. Había creído que su aventura en el coche podía ser la última. Después de todo, ella había quedado con sus amigas para evitarlo. Había logrado atraerla a la ranchera, pero no tenía esperanzas de volver a pisar su apartamento.

Sin embargo, no tema nada de estúpido.

—Cierto, Erica —dijo—. Espera que cierre el coche —se alejó y dejó charlando a los otros dos, seguramente de sexo.

No dudaba de que Álvarez leería la columna de consejos de ella. Y seguro que en ese momento le preguntaba por las posturas que preferían las mujeres o si les gustaba hacerlo con música o...

Tenía que alejar a Erica de él. Había dejado de parecer un guarda inofensivo para convertirse en competidor. Ahora sabía que ella viva en aquel edificio y si descubría que Dustin no era algo permanente en su vida, seguramente llamaría a su puerta y la invitaría a salir. Ya sabía que le gustaba tontear en restaurantes.

Apretó los dientes y lanzó una maldición. Tenían que salir de allí cuanto antes. Recordó entonces que le había dado las llaves a Erica, pero pensó que tal vez se hubieran caído de sus pantalones al asiento delantero. Esperaba que así fuera, porque no quería volver a pedirle las llaves con Álvarez allí rezumando testosterona.

Un hombre no pedía a una mujer las llaves de su coche grande. Un hombre de verdad procuraba no perderlas de vista.

Consideró la posibilidad de cerrar el coche sin ellas y confiar en que estuvieran en el bolsillo de Erica. Pero si se equivocaba y las dejaba dentro, tendría que llamar a una grúa cuando quisiera marcharse. Y no le apetecía mucho dejar el coche abierto toda la noche.

Buscó en el suelo y los asientos, pero no encontró nada. Tenía que descubrir si Erica tenía las llaves antes de cerrar la ranchera. Y ya le

había dado demasiado tiempo para intimar con el joven—del uniforme, que seguro que había mencionado el gimnasio solo para que ella reparara en sus músculos.

Dio unos pasos hada ellos y de pronto se le ocurrió un modo de minimizar el efecto de aquella situación embarazosa.

—Erica —gritó, a mitad del camino—. Échame las llaves, encanto. Ella se volvió hacia él con la boca abierta.

Dustin supo enseguida que había calculado mal. A ella no le gustaría que la llamara «encanto» en público, y menos en aquel todo.

—Ah, lánzamelas, ¿vale? —tendió la mano con la palma hacia arriba. Pensó en abrir los dedos y hacer el gesto de la paz para ver si así podía acabar con la indignación que adivinaba en su expresión incluso a aquella distancia.

Erica cerró la boca despacio y sonrió con dulzura, pero su sonrisa no parecía muy sincera. Dustin pensó que había estropeado sus posibilidades de subir a su casa.

—Vaya, Dustin, amorcito. ¿Has olvidado dónde tienes tus llaves, cariñito?

Él hizo una mueca. Aquella conversación no mejoraba precisamente su imagen viril.

—Mmmm, creo que sí.

—Eres un olvidadizo —sacó las llaves del bolsillo, las levantó y las hizo chocar entre sí—. Menos mal que me pediste que te las guardara, ¿verdad, amorcito mío?

Dustin apretó los dientes y rehusó mirar a Álvarez. Aun así, notaba que el guarda de seguridad se esforzaba por reprimir la risa.

—Échamelas, por favor.

—Claro, tesoro de mamá —se las lanzó con fuerza, directamente a la cabeza.

Dustin consiguió atraparlas con la mano, gracias sin duda a sus reflejos después de años jugando al rugby. El borde de sierra de una de las llaves se le clavó en la palma, pero se forzó por sonreír.

—Gracias.

Mientras volvía al coche, se dijo que no era tan malo que se hubiera irritado. Empezaba a obsesionarse con ella y ella era demasiado rápida para él. Un desliz por su parte, un paso en falso y lo aplastaba peor que Doogie Hildebrand, el delantero más grande al que había tenido que enfrentarse en el campo de rugby.

Por supuesto, Erica tenía un cuerpo mucho mejor que el de Doogie y sintió que se excitaba de nuevo solo con pensar en lo que ocurriría si de verdad llegaban a su apartamento. Y la mayor parte del tiempo le gustaba saber que era muy lista, aunque no cuando lo usaba contra él.

Cerró el coche con rapidez. Seguía sin gustarle que siguiera tan cerca de Álvarez y pensándolo bien, era la primera vez en su vida que se mostraba así de territorial con alguien.

Pensó en ello.

Siempre había asumido que no era celoso. Sus novias le habían dicho que era un placer salir con un hombre que no se molestaba si tenían amigos; y siempre se había felicitado por ser tan comprensivo.

Pero ver a Erica en compañía del guarda de seguridad era muy distinto. Estaban demasiado cerca y parecían demasiado contentos. Y no le gustaba cómo la miraba Álvarez. Si Dustin hubiera sido un gato, se habría acercado y le habría orinado en el zapato.

—Ya podemos irnos —dijo. Tendió la mano al guarda—. Gracias por todo.

—De nada —le estrechó la mano—. Que tenga un buen viaje de regreso a Midland.

Dustin miró a Erica.

—¿Le has dicho que soy de fuera? —preguntó.

—En su carné de conducir viene su dirección —comentó Álvarez con sequedad.

—Ah, cierto —al parecer, su relación con Erica le había destrozado todas las células del cerebro.

Álvarez se volvió a la joven.

—Como te decía, es un gimnasio maravilloso. Los empleados son buenos y el equipo excelente. Creo que le gustaría.

¡Aquel tipo la estaba invitando a apuntarse a su gimnasio! De eso a invitarla a salir solo había un paso. Erica te preguntó algo sobre el horario, pero Dustin estaba ya harto de tonterías.

—Lamento interrumpir —dijo—, pero Erica y yo tenemos que subir a hablar de negocios. Ella quiere que invierta en una cerveza orgánica y necesito más información antes de volver a Midland. Así que si nos disculpa...

—¿De verdad estás pensando en hacerlo? —Erica parecía algo más complacida con él que unos segundos atrás.

—De verdad. ¿Sabes de alguien con quien pueda ponerme en contacto?

—Sí —lo miró como si quisiera averiguar si hablaba en serio—. Me gustó tanto la cerveza que hablé con la compañía, y por eso la sirve Henry en su restaurante. También la he introducido en un par de lugares más.

—Pues vamos a buscar esa información —comentó él. No había pensado en la cerveza orgánica hasta ese momento, pero si ella no quería ampliar el boletín, tendría que buscar otro modo de seguir en contacto.

—De acuerdo —Erica sonrió a Álvarez—. Hasta la vista, Manny.

¿Ya se tuteaban? ¡Fantástico! Dustin echó a andar hacia el bloque de apartamentos con una mueca en tacara.

Erica lo siguió.

—No sé si te interesa de verdad la cerveza o si lo dices para hacer las paces conmigo.

—Las dos cosas. He hecho mal en llamarte «encanto» delante de Álvarez y lo siento. Pero tú también me has humillado delante de él.

Abrió la puerta y la dejó pasar delante.

—Has empezado tú —dijo ella.

—Tienes razón —admitió él—.Y lo siento.

—Sé por qué lo sientes —ella empezó a subir las escaleras—. Porque crees que has estropeado la posibilidad de volver a hacer el amor.

La sinceridad era la mejor política. Y de todos modos, ella adivinaba la verdad.

—Eso también —dijo.

—¿Vas a invertir en la cerveza?

—Sí —lo hacía para llevarse bien con ella, pero también valoraba su buen juicio. Si ella creía que era una buena inversión, seguramente lo era.

—Me alegro —ella empezó a subir el segundo piso—. Conozco también una compañía estupenda que va a comercializar un filtro de agua maravilloso.

—Será un placer investigarla —la seguía a cierta distancia porque le gustaba ver su trasero firme en acción.

—Estupendo. Pero tu interés en las compañías no será la razón por la que hagamos el amor esta noche... por si crees que lo es.

—¿No? ¿Y lo vamos a hacer?

—Sí —le sonrió por encima del hombro—. Aunque hayas tenido un fallo machista, todavía me excitas. Vamos a hacer el amor porque yo quiero.

A Dustin no le gustaba su tono. No le gustaba nada. Cuando llegaran a su apartamento, quería ayudarla a dejar aquella actitud. Por suerte, podía hacer eso en la cama tan bien como en cualquier otra parte.

Capítulo 13

Erica se sentía victoriosa subiendo las escaleras. Dustin estaba celoso. Era la única explicación para que se portara de pronto como un imbécil arrogante y posesivo.

A ella no le interesaba Manny, pero había sido muy educativo flirtear con él delante de Dustin. La mujer nerviosa que lo esperaba en el apartamento había desaparecido dejando en su lugar a Erica Mann, diosa del sexo.

Dustin quizá creía que podía bromear con Manny sobre lo ocurrido en el coche, pero ella sería la última en reír. Pronto lo tendría tan cautivo sexualmente que no tendría más remedio que pedir merced. Le daría el mejor orgasmo de su vida y lo enviaría de vuelta a Midland a soñar con ella mientras ella se dedicaba a buscar otros hombres tan expertos en sexo como él.

Comprendía ahora que había esperado muy poco de los hombres con los que había salido. Pero en adelante, si no le gustaban en la cama, pasaría a otro. Tenía que haber más hombres que pudieran hacerla flotar aparte de Dustin; solo tenía que buscar un poco más, eso era todo.

Al abrir la puerta de su apartamento se sentía como la araña que diera la bienvenida al mosquito. Dustin no tenía ni idea de lo que estaba a punto de ocurrir. Hasta el momento había llevado la voz cantante en el terreno sexual, pero eso estaba a punto de cambiar.

Cerró la puerta y se volvió a mirarlo.

— ¿Me das tu sombrero?

— Ah, vale —no parecía muy seguro de sí.

Erica dejó el sombrero en la mesita delante del sofá.

—El sexo en el coche no ha estado mal, pero creo que los dos necesitamos una ducha. ¿Tú no?

A él le brillaron los ojos.

— Buena idea. Vamos a tomarla juntos.

Ella movió la cabeza con tristeza.

—La ducha es demasiado pequeña para los dos. Ve tú primero — se acercó y bajó un dedo por la parte delantera de su camisa—. Y no te molestes en vestirte luego. Me gustan los hombres solo con una toalla.

Dustin tragó saliva.

— Vale. ¿Qué vas a hacer tú mientras me ducho?

— Oh, no mucho. Revisar el correo electrónico, preparar algo frío de beber. ¿Qué te apetece?

— Lo que sea.

— Bien. Veré lo que hay en el frigorífico.

Él se alejó por el pasillo y ella entró en la cocina a buscar algo refrescante pero no alcohólico. El champán de esa tarde la había dejado vulnerable y no pensaba volver a correr ese riesgo.

Momentos después tenía dos vasos de tónica en la mesa y una jarra pequeña de miel calentada al microondas colocada casi a escondidas al lado del sofá. Apartó la mesa de delante del sofá para dejase espacio para maniobrar, pero no tanto que resultara obvio.

Corrió las cortinas y encendió todas las velas que había en la estancia, apagó las lámparas y revisó el efecto. Bien. La idea de Dustin volviéndose loco justo debajo de la flor erótica pintada por Georgia O'Keefe la seducía mucho.

Bajó un ejemplar de La alegría del sexo de la estantería y lo dejó al lado de la tónica. Dustin debía tener algo adecuado que leer mientras

ella se duchaba. Abrió el libro y pasó unas cuantas páginas para comprobar que podía verlo a la luz de las velas.

Tal vez no fuera fácil leer, pero las fotos estaban muy claras y eran estas las que le interesaban. La experiencia le decía que a las mujeres les gustaban los textos eróticos, pero los hombres preferían imágenes visuales.

Dustin entró en la estancia con una toalla blanca en torno a las caderas.

—No sabía si querías que te esperara en el dormitorio, pero parece que has planeado algo aquí.

—He pensado que podemos relajarnos un rato en el sofá.

—Bien —la miró como si quisiera adivinar lo que se proponía.

—He servido tónica.

—¿Qué pasa? ¿No tienes vasos en forma de pene?

—No —se rió ella—. Siéntate. Solo tardaré un momento, pero te he dejado un libro para que no te aburras.

Dustin se sentó en el sofá y tomó el libro.

—¿Estás insinuando que necesito aprender?

—En absoluto, solo quiero que disfrutes un poco.

Lo dejó mirando parejas en distintas posturas sexuales. De camino hacia el baño imaginó cuál sería su estado cuando volviera. Las velas y la anticipación de lo que iba a ocurrir lo excitarían casi tanto como las personas desnudas del libro. Cuando reapareciera, lo encontraría excitado, pero seguro que no estaba preparado para lo que ella tenía en mente.

A Dustin le quedaba un condón de los dos que había llevado esa noche y lo lanzó al interior del sombrero cuando ella salió de la sala. Se preguntó si ella tendría alguno en la casa y confió en que así fuera.

Quería un buen suministro de condones porque al día siguiente volvía a Midland y quería aprovechar todo el tiempo que le quedaba con Erica. Y tal vez antes de irse pudieran acordar su próxima visita.

Porque tenía que haber una próxima visita. Un hombre tendría que ser tonto para no querer más de lo que Erica tenía que ofrecer. Pero además sus necesidades iban más allá del sexo. Le gustaba estar con ella, hablar con ella; cuando estaba con ella, sabía que todo iría bien.

Pero no sabía lo que pensaba ella de continuar su asociación; y si invertía en la cerveza y los filtros de agua, podía mantener una relación de negocios con ella. Y si esas inversiones salían bien, podría consultarle sobre otras cosas. Pero quería que esas consultas fueran en persona... y preferiblemente desnudos.

Sabía que estaba dirigiendo sus inversiones pensando con el pene, pero mientras se duchaba había decidido que no importaba, porque ella era una mujer inteligente con muy buen instinto para los negocios, aunque no quisiera reconocerlo.

Se recostó en el sofá, tomó el vaso de tónica y empezó a pasar las páginas del libro que le había dejado. Las fotos eran muy buenas y le gustó especialmente una postura en la que el hombre poseía a la mujer desde atrás.

Cesó el ruido de la ducha y el corazón le latió con fuerza. Poco después ella entraba en la estancia, descalza y con una bata de seda roja atada floja a la cintura. Tan floja que se veían parte de los pechos.

El pene de él vibró bajo la toalla.

—Me gustas este libro, sobre todo esta página —le mostró la postura estilo perrito.

—A muchos hombres les gusta esa postura —comentó ella con voz suave y seductora.

La presión del pene de él se hizo más insistente. Quería esa postura en el acto.

—¿Quieres sentarte aquí y leer para mí? —golpeó el cojín a su lado.

—Ahora no —se desabrochó la bata.

A Dustin le latió con fuerza el corazón. Miró sus pezones y bajó

luego la vista. La luz de las velas reflejaba un punto de humedad en los rizos de ella y hacía que brillara como un diamante pequeño suspendido en el paraíso.

Se lamió los labios, embrujado por aquel punto.

—Ven aquí —murmuró.

Ella se acercó a él.

—¿Ves algo que te gusta?

—Sí —lo que quería estaba justamente al nivel de los ojos o, más exactamente, al nivel de la boca, y no podía mirar otra cosa que no fueran los rizos suaves que se estremecían al andar ella. Cuanto más se acercaba, más crecía el deseo de él.

Ella dio la vuelta a la mesa de café con la bata suelta hacia atrás. A Dustin se le hacía la boca agua mirándola. Deslizó las manos bajo la bata y le apretó las nalgas. Tiró de ella hacia sí con un gemido y enterró el rostro en los muslos de ella.

El paraíso. Podía quedarse allí siempre, llenando su olfato con el aroma de ella y pasando la lengua por el lugar más dulce que había descubierto en su vida. Si además le daba placer, mejor, pero lo hacía por él, no por ella. Tenía la sensación de que podía llegar al orgasmo así.

Pero ella llegaría antes. Lo notaba por la rapidez de su respiración y el temblor de sus muslos. Tal vez le diera varios orgasmos así antes de explotar con ella. Sí, estaba a punto. Se aferraba a sus hombros y gemía con suavidad mientras él buscaba su premio.

De pronto ya no tuvo que buscar más. Ella se pegó a él, pidiendo más en silencio. Él apretó la boca contra ella y aceleró el movimiento de la lengua.

Erica llegó al orgasmo y él lamió con ansia, deseando que llegara otra vez, y otra más. Pero ella se apartó. El intentó atraerla de nuevo, pero ella le sujetó la muñeca.

No quería forzarla, pero estaba seguro de que podía hacer que llegara de nuevo en pocos segundos.

—Déjame...

—No —luchó por respirar y le sujetó la muñeca—. Suéltame.

Dustin lo hizo de mala gana y cerró los ojos para controlarse.

—Mueve el brazo ahí —susurró ella; guió su brazo hasta el respaldo del sofá.

Él abrió por completo los ojos y la miró confuso.

—¿Qué... qué es lo que pasa?

—Vamos a divertirnos un poco —murmuró ella.

Hasta entonces no se dio cuenta de que ella le había atado la muñeca con el cinturón de seda de la bata roja, que pasaba ahora entre los agujeros del sofá de mimbre.

—¿Me vas a atar? —preguntó.

—Un poco. Solo las muñecas.

—Para que puedas...

Erica se lamió los labios con lentitud.

—Para poder devolverte el favor.

—¡Oh!

Nunca se había imaginado atado a su sofá mientras ella le daba sexo oral, pero con una imaginación como la de Erica, nunca se sabía lo que podía ocurrir. Empezó a preguntarse cómo iba a conseguir conformarse con otra persona después de aquellos días y noches con ella.

—Dame la otra muñeca.

Dustin le dejó atarle el brazo a la parte de atrás del sofá porque en el proceso los pezones de ella rozaban sus mejillas, sus ojos, su boca abierta. Aprovechó la oportunidad todo lo que pudo, pero cuando ella terminó el trabajo y se apartó, se dio cuenta de que ya solo podría tener lo que ella le diera.

Erica se quitó la bata y la dejó caer al suelo.

—¿Te había atado alguna vez una mujer? —preguntó.

—No.

—¿Y qué se siente? —subió las manos por su estómago hasta los

pechos, que tomó en sus manos antes de volver a soltarlos.

—Te deseo tanto que me duele —susurró él.

—No quiero que sufras —lo miró a los ojos y se acercó hasta colocarse entre sus rodillas y el borde de la mesa. Se dejó caer de rodillas y se lamió los labios.

Dustin gimió.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con suavidad.

Él apretó los dientes.

—Creo que ya lo sabes.

—Dímelo exactamente.

Dustin empezó a temblar a causa del deseo.

—Quiero que... —se detuvo para tragar saliva—me quites la toalla.

Erica abrió la toalla sobre el sofá y miró lo que tenía delante.

—Creo que estás preparado.

—Sí —le dolían las muñecas y supuso que estaba tirando del cordón de seda. Se obligó a relajarse contra los cojines, pero su pene no se relajaría hasta que ella...

—¿Qué quieres ahora? —preguntó la joven.

Dustin no pudo contestar.

—Dímelo.

—Quiero que... me toques.

—¿Cómo?

—Con las manos —tragó saliva—.Tócame con las manos.

—¿Así? —curvó los dedos y lo acarició desde la base hasta la punta, donde se veía una gota de humedad.

—Sí. Y... quiero que uses... la boca.

—Ah —sonrió ella—.Ya sabía yo que te gustaría eso —buscó algo situado en el suelo, al lado del sofá—.Y he decidido añadirle sabor.

Dustin miró el frasco que tenía en la mano.

—¿Miel?

—Sí. ¿Te gusta la miel? —acercó el frasco al pene y empezó a

abrirlo, despacio—. A mí sí —murmuró.

Un chorrito de líquido dorado bajó desde el borde del frasco; él contuvo el aliento. La miel estaba caliente y parecía... como si hubiera llegado ya al orgasmo y fuera su esperma lo que bajaba por el pene tembloroso. Gimió con desesperación, seguro de que iba a explotar en cualquier momento.

Erica dejó el frasco en el suelo.

—Me preguntó cómo sabrá eso.

—Erica —empezó a jadear y tirar del cordón de seda—. Erica... por favor.

—¿Quieres que te limpie con la lengua?

—Sí. Oh, sí. Por favor... no puedo... aguantar... mucho más.

—¡Pobrecito! —se inclinó y sus pechos tocaron las rodillas de él. Dudó un instante y lo miró con ojos brillantes—. Déjame ayudarte — bajó la cabeza y empezó a lamerlo.

Dustin nunca había sentido tantas ganas de llegar al orgasmo. Pero tenía que esperar, tenía que estar en su boca cuando al fin explotara. Perdió la noción del tiempo mientras él se contenía, se contenía y... ella se detuvo.

Tendió la mano a sus espaldas, tomó un vaso de tónica y bebió un sorbo, sin tragar el líquido. Dejó de nuevo el vaso y se inclinó hacia él.

Cerró los labios en torno a la punta del pene y empezó a succionar suavemente. Las burbujas de la tónica se movían y él pensó que iba a volverse loco de placer. Al fin ella se detuvo, tragó el líquido y se introdujo todo el pene en la boca.

Dustin perdió el poco control que le quedaba y empezó a gemir de placer; ella lo empujó con gentileza contra los cojines y bebió el líquido que salía de su cuerpo. Tragó varias veces y siguió succionando, consumiendo hasta la última gota que salió de su cuerpo.

Al fin él quedó inmóvil contra los cojines, con los ojos cerrados,

apenas consciente y temblando por la fuerza de un orgasmo que nunca olvidaría. Notó vagamente que ella le había desatado las muñecas, porque sus brazos cayeron hacia abajo como si fueran de paja.

Erica se colocó en el sofá a su lado, le bajó la cabeza, la puso sobre sus pechos y él suspiró de alivio. Allí era justamente donde quería estar, pero no tenía fuerzas para hacerlo solo.

Ella le acarició el pelo y le besó la mejilla.

—Mi intención era pedirte que ahora te marcharas —murmuró.

Dustin lanzó un gemido, consciente de que, si ella quería que saliera en ese momento, tendría que sacarlo en camilla.

—Pero no tengo valor.

—Me alegro —no tenía capacidad para cuestionar nada, solo para aceptar—. Me alegro —repitió.

Erica suspiró.

—Ah, no sé qué voy a hacer contigo.

Dustin la abrazó y cerró los ojos.

—Esto está bien.

Ella volvió a suspirar.

—Para ti es fácil decirlo.

Capítulo 14

Erica abrazaba a Dustin, que dormía, y miraba la llama de la vela azul que ardía en la mesita de café. La brisa del aire acondicionado hacía bailar la llama y, si no movía la vela de sitio, se rompería la caería por el lateral.

Normalmente solía ser más precavida con el lugar donde ponía las velas; pero la cautela no era su punto fuerte últimamente y ahora se había colocado en un buen lío. Se había pasado de lista al querer demostrarle a Dustin quién mandaba sexual—mente; no sabía que la rendición de él la iba a conmover de tal modo.

La confianza que demostró en ella al dejarse atar hizo que se abriera paso en su corazón. Lo cual no implicaba que ella pensara renunciar a sus sueños o aceptarlo en su vida de modo permanente; pero sí que ahora sería más difícil dejarlo marchar.

En lugar de demostrar su sexualidad y cortar todo vínculo con él, estaba allí, abrazándolo mientras dormía. Y eso a pesar de que era el mismo hombre que probablemente había bromeado con el guarda de seguridad sobre el incidente en el asiento de atrás.

Pensó en sus celos del guarda de seguridad y se preguntó si habría empezado a enamorarse de ella.

De ser así, como la mayoría de los hombres, seguramente sería el último en saberlo. Seguiría pensando que todo era solo cuestión de sexo y quizá también de negocios. Pero si en el proceso había

empezado a perder su corazón, como le ocurría a ella, tenía el poder de hacerle daño.

Mejor dicho, los dos tenían el poder de hacerse daño mutuamente. Despedirse de él tampoco sería fácil para ella, pero no podía verse atada de modo permanente a Dustin Ramsey, un producto del sistema. Y ella no le convenía tampoco, aunque él no supiera verlo. Se dejaría cegar por la lujuria y asumiría que podían llevarse bien. Era un error frecuente.

Por eso tendría que pensar ella por los dos. Y el primer paso era, por supuesto, no volver a hacer el amor. En cuanto dejaran de tener relaciones sexuales, Dustin empezaría a ver lo poco que se convenían mutuamente.

Y el mejor modo de lograrlo sería apartarse de él de inmediato. Pero no fue tan fácil

—¿Adonde vas? —preguntó él, en cuanto notó que se movía.

Erica vio que tenía los ojos cerrados, pero no dormía.

—A buscar una manta.

Él le rozó los pechos con los labios.

—¿Tienes frío?

—No. Sí —no sabía qué decir—. Dustin...

—Si tienes frío, deberías haberlo dicho —frotó la mejilla contra los pechos de ella.

—Estabas dormido.

Dustin abrió los ojos.

—Ahora ya no.

Vale, ya no estaba dormido. Había dado una cabezada y ese era un buen momento para decirle que debía vestirse y regresar a su hotel.

—Dustin, creo que sería buena idea que...

—Seguro que yo puedo darte calor.

—Creo...

Él hizo un movimiento rápido y ella se encontró tumbada en los cojines debajo de él.

—¿Cómo has hecho eso?

—Practiqué lucha libre —sonrió él.

La besó y ella le echó automáticamente los brazos al cuello como si estuviera programada para hacer eso. Después de acariciarle los pechos y excitar los pezones, él le deslizó una mano entre las piernas. Erica sabía cuál era su estado, el mismo de siempre con aquel hombre: embarazosamente empapada.

Dustin le mordisqueó el labio inferior.

—¿Ya tienes más calor?

—Creo que deberías volver a tu hotel —contuvo el aliento al sentir sus dedos en el clítoris.

—¿Ahora? —él rió.

—Pronto —pero tenía la intuición de que ya era tarde. Demasiado tarde.

—Dime cuándo —la acarició con el pulgar—. No me gustaría abusar de tu hospitalidad.

—Después de... de esto.

Dustin pasó la lengua por el interior de su oreja.

—¿Después de que alcances el orgasmo? ¿Me voy entonces?

—Sí —Erica empezó a jadear, sin remediarlo.

—¿Después de que llegues al orgasmo esta vez o la siguiente?

Erica lanzó un gemido.

—Eso no es justo.

—Yo nunca prometí ser justo —aceleró el ritmo de sus caricias—. ¿Qué tal así?

—Bien.

—Eso me parecía. Y ahora dime —le susurró al oído—. Dime cuándo quieres que me vaya.

—Aún... no.

Dustin soltó una risita.

—No, yo no te dejaría así.

Siguió acariciándola y ella llegó al clímax en medio de una oleada

de sensaciones que la dejó temblando incluso después de que él retirara la mano. Oyó vagamente que él sacaba un condón de su paquete e intentó recordar por qué no quería hacer el amor con él. Pero antes de que lo consiguiera, él le levantó las caderas y la penetró con fuerza. Y a ella le gustó la sensación. La lógica le decía que no le convenía nada, pero no podía recordar por qué.

—Erica.

Abrió los ojos y vio que la miraba.

—Siento lo de esta noche con el guarda.

—No importa —musitó ella—. Yo estaba furiosa porque habías bromeado con Mann sobre lo ocurrido en el coche.

Dustin dejó de moverse.

—No, no es cierto.

—¿No? —lo miró a los ojos.

—No. Estábamos hablando de béisbol.

—¡Oh! —Había montado toda la escena del sofá basándose en un malentendido—. Siento... haberte llamado machista.

—No... Cariño. No te disculpes. No importa.

Ella se apretó contra su pene, disfrutando de la tensión que crecía en su interior.

—Si hubiera sabido que hablabais de béisbol, no te habría atado.

A él le brillaron los ojos.

—Pues me alegro de que no lo supieras —dijo con voz ronca—. Me ha gustado mucho.

—¿Sabes lo que me gusta a mí?

—¿Qué?

—Lo que hacías antes, pero te has parado.

—Mmm. En ese caso, más vale que vuelva a hacerlo —empezó a moverse de nuevo—. Porque a mí también me ha encantado.

—Bien —a cada movimiento ella se convencía más de que aquello era algo muy raro. Podía pasar años buscando y no encontrar nunca un hombre que suscitara aquella respuesta en ella—. Muy bien.

—Lo mejor —el tono ligero de su voz hacía juego con el movimiento poco apresurado de sus caderas—. Eso de la miel y luego tu boca... creí que no iba a terminar nunca el orgasmo—murmuró él—.Y luego estaba destrozado —su pene continuaba su ritmo regular y su respiración seguía mesurada y tranquila.

Pero la de ella no; Erica empezaba a jadear; él debía haber encontrado el punto exacto que presionar porque ella estaba de nuevo al borde del orgasmo.

—Pensaba que... dormirías toda la noche —dijo.

—De eso nada —rió él—. Con un hombre sano de veintiocho años y una mujer como tú eso no es muy probable.

—Eso veo.

Ella movió la cabeza, con el corazón galopándole con fuerza en el pecho y el cuerpo temblando. No podía apartar la vista de él. La luz de sus ojos la excitaba casi tanto como los movimientos del pene.

—Ya está —dijo él.

Y en ese momento ella explotó en verdad, con un grito. Él no cambió el ritmo en ningún momento. Ella sintió que su cuerpo se había convertido en una sustancia líquida y cremosa que se cerraba en torno a su pene y luego lo soltaba solo para abrazarlo de nuevo.

No existía nada excepto el movimiento del pene, insistente, excitante, arrancando aún otro orgasmo a las profundidades de su vientre. Pero esa vez ella sintió aumentar la tensión, oyó un cambio sutil en la respiración de él y notó también una diferencia en su ritmo.

Apretó las nalgas de él con fuerza.

—¿Tu turno? —murmuró.

—Quería seguir toda la noche para ver cuántos orgasmos podías resistir, ¿sabes? —Tragó saliva—. Pero no puedo. Cuando te miro y veo temblar tus pechos, no puedo... esperar.

—Pues no esperes —musitó ella, abrazándolo.

El ritmo de él se hizo cada vez más rápido, pero seguía mirándola

a los ojos.

—¡Erica...!

Su cuerpo se puso rígido; empezó a temblar y cerró los ojos.

Cuando al fin se dejó caer y apoyó la cabeza en el hombro de ella, la joven le acarició la espalda y cerró también los ojos.

—¿Quieres que vuelva ahora al hotel? —susurró él.

—No, no hace falta.

—¿Estás segura?

Erica acarició su piel caliente y húmeda.

—Estoy segura. De todos modos, ya es demasiado tarde.

Algún tiempo después, Dustin consiguió dejar el sofá para ir a tirar el condón usado. Cuando volvió, Erica dormía. La tomó en brazos y la llevó a la cama, donde se instaló a su lado y se durmió de inmediato.

Lo despertaron la luz del sol y el ruido de la ducha. Poco después Erica entró en el dormitorio con una toalla en torno al cuerpo y otra en la cabeza.

Lo miró y corrió a la cómoda.

—Llego tarde.

—Buenos días a ti también.

—Tú no lo entiendes; tengo que ir a buscar el boletín y echarlo al correo —abrió un cajón y sacó ropa interior—. Si no sale a tiempo, los lectores no lo tendrán el sábado y Henry no hará negocio.

Dustin miró el despertador de la mesilla. Eran casi las diez.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó.

—No, pero gracias —se quitó la toalla y empezó a vestirse.

Él apartó la vista, pero no a tiempo de evitar el comienzo de una erección.

—¿Me esperas si me doy una ducha rápida?

—Sí, pero tengo que salir de aquí antes de diez minutos.

—Vale —entró en la ducha pensando lo que podía hacer. No

quería irse de Dallas sin dejar claro que volvería y que quería seguir esa locura que habían empezado.

La noche anterior había dejado la ropa colgada detrás de la puerta del baño, por lo que pudo vestirse en cuanto terminó de ducharse. Salió y encontró a Erica secándose el pelo ante el espejo de la cómoda. Al verlo apagó el secador.

—Estás guapa —musitó él.

—Gracias —ella entró en el baño para maquillarse.

Dustin se sentó en la cama a ponerse las botas.

—Quizá podemos comer juntos cuando termines de echar el boletín al correo —sugirió.

Erica se asomó a la puerta abierta del baño.

—Odio decir esto, pero...

—Espera —él se puso en pie—. No me gustan las frases que empiezan así. Si odias decírselo, no lo digas y así no sufres —no podía creer que pensara dejarlo ahora, pero los síntomas indicaban esa dirección.

Ella lo miró con preocupación.

—Lo he pasado muy bien contigo. Creo que eso lo sabes.

—Tendría que estar ciego y sordo para no saberlo. Escucha, no te pido un compromiso personal, ni que reconsideres la oferta del boletín, aunque me gustaría que lo hicieras. Si estás muy ocupada para comer hoy, de acuerdo. Pero me encantaría volver dentro de dos fines de semana y pasar tiempo contigo.

—Quieres decir hacer el amor conmigo. Es eso lo que quieres, así que no lo niegues —fue al baño—. Y no tiene nada de malo, simplemente no me interesa el sexo por el sexo; es lo que he hecho los dos últimos días.

—Vale, te entiendo. Seguramente nos hemos pasado. Tú no quieres otros dos días de sexo incesante y lo comprendo —en realidad no era cierto. Él sí quería otros dos días de sexo incesante con ella, pero tal vez ella era el tipo de mujer al que te gustaba la

lujuria en dosis pequeñas—. Haremos otras cosas. Ir a bailar, al teatro, lo que quieras. ¿Qué te gusta?

—Las galerías de arte.

Dustin hizo lo posible por mostrarse entusiasta.

—Pues iremos a galerías de arte.

—Dustin, a ti no te gustan. Lo harías forzado.

Él se encogió de hombros.

—Podría aprender algo —si tenía que ver arte unas horas a cambio de jugar luego con miel caliente y ligaduras, no le parecía un precio tan alto.

—Es más probable que te aburrieras terriblemente.

—Pues elige otra cosa.

—La Sinfónica de Dallas. Y no me digas que te encantaría llevarme, porque no te creo. Dustin, no somos compatibles. A ti te gusta hacer dinero y a mí no. A ti te gustan las carreras de coches y el rugby y comes carne todo el tiempo. Y seguro que ni siquiera reciclas nada.

—¡Claro que reciclo! —cuando recordaba hacerlo, que no era siempre—. Y somos muy compatibles en la cama —y en el asiento de atrás de su coche, y en el sofá.

—Volvemos al sexo por el sexo. Eso ya lo hemos hecho y ha estado muy bien, pero no tendría sentido seguir así.

Dustin hizo una mueca. Dicho así, parecía un tonto superficial al que solo le interesaba un revolcón. Y tal vez lo era; tal vez ella era mejor que él, cosa que siempre había sospechado. Básicamente, ese era el mensaje que le estaba dando, fuera o no consciente de ello.

Ella salió del baño y se acercó a él lentamente.

—He sido muy dura —dijo—. Eres un amante muy considerado y nunca olvidaré lo que hemos compartido —tomó el rostro de él entre sus manos—. Gracias, Dustin —lo besó con gentileza.

Dustin la atrajo hacia sí con un gemido. Tal vez no estuviera a su altura, pero no podía evitar desearla. Había pensado que el sexo

podía convencerla de que se vieran más veces, pero al parecer ella necesitaba algo más. Estaba dispuesto a intentar complacerla en otras áreas, pero ella estaba ya convencida de que no podría hacerlo y le había dado a entender que no quería que lo intentara.

La besó en la boca, pero ella se apartó y retrocedió tambaleante.

—Tengo prisa.

Dustin la miró con los brazos en jarras.

—¿Entonces no quieres seguir con esto? —Tragó aire—. Porque creo que, digas lo que digas, todavía me deseas tanto como yo a ti.

Erica sonrió con tristeza.

—Como ya te dije, que desee algo no significa que me convenga —carraspeó. No te he dado la información sobre la cerveza orgánica y la compañía de los filtros de agua. Te la enviaré si todavía la deseas.

—Todavía la deseo. Y a ti también. Si cambias de idea, en el sobre con la oferta del boletín está mi número.

Salió de la casa antes de que perdiera toda la dignidad y empezara a suplicar.

Capítulo 15

Erica no se movió hasta que oyó cerrarse la puerta del apartamento. Entonces se llevó los dedos a la boca y cerró los ojos. ¿Qué había hecho? Acababa de salir y ya tenía la sensación de que le hubieran robado una parte de ella.

Pero continuar aquella relación sexual habría acabado en desastre antes o después. Tenía que elegir entre acabar con ella ahora, cuando solo tenía que olvidar cuarenta y ocho horas, o más adelante, cuando el coste sería enorme. La última vez que habían hecho el amor supo que su vínculo empezaba a hacerse muy fuerte.

Y la culpa era de ella. Había sido un error invitarlo a subir después del incidente con el guarda de seguridad. Y para colmo lo había desprovisto de sus defensas solo para descubrir más tarde que no merecía un tratamiento sexual tan agresivo. Ciertamente que a él le había gustado, pero esa no era la cuestión.

Había descubierto la parte tierna y vulnerable de Dustin Ramsey, la parte que haría que se enamorara de él si no iba con cuidado. Y eso era algo que tenía que impedir si quería seguir adelante con sus metas. Por el momento tenía que echar el boletín al correo y seguir con su vida. Dustin solo había sido un momento de locura, un viaje fantástico en montaña rusa que ya había terminado. Y era natural que la hubiera dejado mareada y confusa.

Dustin fue directamente a casa de Jennifer y Ryan Madison. Durante el viaje a Midland había considerado sus opciones y no tenía muchas. Lo importante era que no podía perderle la pista a Erica y Jennifer se encargaría de eso.

La razón le dictaba que olvidara a Erica y se concentrara en su trabajo, pero sin ella se sentía a la deriva.

Sin embargo, ella tenía razón en una cosa. No podían pasarse la vida en la cama y estaba convencida de que fuera de ella jamás serían una pareja. Dustin ni siquiera estaba seguro de querer ser pareja; habría preferido algo de sexo, algo de negocios y algo de amistad sin pensar mucho en adonde los llevaría todo eso. Esperar y ver, ese era su lema.

Obviamente, ella no tenía el mismo lema. Si un hombre no encajaba con su visión del futuro, lo apartaba de su vida. Aquello enfureció a Dustin al principio, pero las horas de viaje habían conseguido calmarlo.

Lo curioso era que había ido a Dallas a probarle que era un buen amante y lo había conseguido. Hasta tal punto que ahora era lo único que le gustaba de él. Quizá no tendría que haberlo hecho tan bien.

Aparcó delante de la casa de Jennifer y Ryan y corrió a la puerta. Al ver que no acudían a abrir de inmediato, confió en no haber interrumpido su cena; estaba tan empeñado en hablar con Jennifer que no había pensado en eso.

Al fin Ryan abrió la puerta y Dustin vio que llevaba la camisa mal abrochada y fuera del pantalón. Además iba descalzo y parecía algo jadeante. Sus recientes hazañas le hicieron adivinar lo que había interrumpido al tocar el timbre.

—Lo siento —sonrió—. Si lo prefieres, puedo volver luego.

—No, no —Ryan se colocó mejor la camisa—. Jennifer me mataría si espanto a un cliente porque estemos...

—Tenía que haber llamado antes —en ese momento envidiaba a Ryan aunque lo hubieran interrumpido en mitad de algo bueno; por

lo menos él sabía que tendría otra oportunidad. Eso era lo bueno de los matrimonios. Dustin nunca había pensado en ello.

—No es problema, pasa.

—Me siento como un tonto desconsiderado. Ni siquiera se me ha ocurrido llamar desde móvil. Acabo de llegar de Dallas.

—Eh, es una hora razonable para venir. Es solo que Annie se había dormido y.. —un grito infantil resonó en la casa—. Pero ya se ha despertado.

A Dustin lo sorprendió el volumen del grito.

—¿Cómo es posible que una niña tan pequeña haga tanto ruido?

—Es el aparato para oírla. Hay un transmisor en su cuarto y altavoces por toda la casa, porque nunca sabemos dónde vamos a estar.

—Entiendo.

—¿Qué tal por Dallas? —preguntó Ryan.

—Mucho calor —repuso Dustin, sin comprometerse.

—Sí, el estado entero está en mitad de una ola de calor.

—¿Cómo está Annie?

La expresión de Ryan cambió. Sonrió con ternura y se le iluminó el rostro.

—Increíble. No tienes ni idea hasta que tienes un hijo propio, pero Annie es lo mejor que me ha ocurrido nunca, aparte de conocer ajen, claro.

—Hola, Dustin —Jennifer bajaba las escaleras con la niña succionando tranquilamente un chupete y vestida solo con un pañal.

—Hola, Jennifer; ciento haber venido sin avisar.

—No importa —Jennifer pasó la niña a Ryan—. ¿Quieres darle un poco de zumo mientras hablo con Dustin?

—Desde luego —Ryan tomó a su hijita en brazos y le besó el ombligo—. ¿Qué tal está mi princesa? ¿Cómo está la niñita de papá?

Dustin lo miraba con envidia. Aquello era lo que ocurría cuando se fusionaban el sexo y el amor... una niña hermosa como Annie. Y en

vez de parecer ridículo diciendo tonterías a la niña, Ryan parecía... tierno. A Dustin no le importaría nada tener a una niña a la que abrazar; pero él no estaba casado. Ni siquiera estaba prometido.

—Ven al despacho —dijo ella—.Y perdona el desorden. Voy a abrir un despacho fuera de aquí y tengo que contratar pronto a otro investigador porque no puedo con los papeles. La agencia no puede funcionar conmigo sola.

—En ese caso no sé si debería traerte más trabajo.

—No te preocupes. Yo quiero trabajo, sobre todo ahora que tendré que pagar el alquiler del nuevo despacho.

—¿Y ya no trabajarás desde casa?

—Siempre que pueda, sí. Pero necesito un despacho para recibir a los clientes —se sentó delante de su escritorio y le indicó una silla—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Has leído el boletín de Erica?

—Confieso que sí. Y me gustas su columna de consejos. Creo que ha dado en el clavo con eso.

—Sí, lo sé. ¿Te importaría enviármelo después de leerlo? Y avísame si deja de venir o si recibes una nota que dice que se suspende la publicación.

—No sé por qué va a hacer eso a menos que no pueda permitirse seguir con él. Debería buscar patrocinadores y expandirse. Es una idea muy buena.

—Estoy de acuerdo, pero a ella no le interesa, así que tal vez renuncie al boletín en un futuro. Si lo hace, quiero saberlo. Y también, si no te importa... ¿puedes seguirle la pista? Nada muy exagerado, solo saber lo que hace.

—Puedo hacerlo.

—¿Cuánto me costará?

Jennifer nombró una cifra y él asintió. Era un gasto que podía justificar unos cuantos meses, al menos hasta que pensara en la situación e ideara un plan para conquistar a Erica o renunciara a ella.

Y por el momento, cuando se sentía vacío por dentro y a un millón de kilómetros de Dallas, lo segundo no parecía una opción.

Erica fue el sábado por la noche al restaurante de Henry con Denise y Josie. Esta última se había ofrecido a hacer de chofer aquella noche porque tanto Denise como ella estaban de acuerdo en que Erica tenía que beber bastante cerveza orgánica y olvidarse de Dustin.

Por desgracia, ella no conseguía olvidarlo del todo por mucho que bebiera. Y aunque a Henry le encantó que se presentara aquella noche, ella tenía allí recuerdos de su comida con Dustin y en consecuencia bebió más de lo que debía y se quedó fuera hasta tarde.

Al día siguiente no se movió de la cama hasta casi la una de la tarde. Tenía un sabor de boca como si hubiera chupado el interior de un contenedor de basura y le dolía la cabeza como si la golpearan con un martillo. Pero tenía que empezar a trabajar en el siguiente número del boletín. Su semana comenzaba el domingo, y ya iba con retraso.

Después de tres tazas de café y un par de aspirinas, se sentía temblorosa, pero capaz de encender el ordenador. La sorprendió ver la cantidad de cartas que habían llegado desde la última vez que revisó el e-mail. Abrió la primera y empezó a leer. ¡Vaya por Dios! El hombre quería iniciar una correspondencia. No podía hacer eso, pero leyó la carta antes de borrarla.

Querida Erica,

Te escribí la semana pasada y firmé como Virgen Nervioso. Hay algo que no mencioné en mi carta porque no busco compasión y es que estoy en silla de ruedas.

Te escribo esta mañana para decirte que he pasado una noche maravillosa con una mujer hermosa y, como tú dijiste, considera un privilegio ser mi primera experiencia. Sin tu aliento, tal vez no hubiera

tenido valor para dar el paso. No sé cómo darte las gracias. Tu consejo me ha cambiado la vida.

Atentamente, ni Nervioso ni Virgen.

P.D. He comentado tu consejo con otros amigos en silla de ruedas que están en la misma situación. Ser joven y minusválido puede ser todo un problema.

Erica miró varios minutos la pantalla. Siempre había pensado que su columna de consejos era algo entretenido y ligero, pero nada serio. Sin embargo, había cambiado la vida de un joven. Tendría que pensar en eso.

Abrió la siguiente carta.

Querida Erica,

No escribo para que me incluyas en tu columna, sino para darte las gracias. Mi amigo me contó lo que le dijiste de ser virgen. En cierto modo, es mejor que no te mencionara la silla de ruedas. Tus consejos funcionan bien con o sin ese factor. Pero yo estoy en silla de ruedas y también soy virgen. Gracias a tu consejo, no pienso seguir siéndolo mucho más tiempo. Puede que no sepas el gran servicio que has hecho.

Atentamente, Rejuvenecido.

A Erica se le pasó el dolor de cabeza en la alegría de saber que había ayudado al menos a dos jóvenes que necesitaban oír lo que ella había dicho. Podrían haber oído el consejo en otra parte, pero *Dateline: Dallas* se consideraba un boletín informado que muchos jóvenes solteros consultaban en busca de restaurantes y locales de diversión. Y al parecer, también confiaban bastante en sus consejos sexuales.

Siguió leyendo cartas y encontró seis más de hombres en sillas de ruedas. Virgen Nervioso había corrido la voz.

Mezcladas con esas había otras de hombres y mujeres que

también eran vírgenes y ahora se sentían mejor ante la perspectiva de buscar su primera pareja sexual. Erica sabía que todavía quedaba gente que valoraba la virginidad y pensaba esperar hasta el matrimonio, pero para la mayoría de solteros mayores de veinte años, ser virgen podía convertirse en un handicap vergonzoso. Un signo de los tiempos, tal vez, pero cierto para mucha gente.

El timbre del teléfono la sobresaltó. Cada vez que sonaba, pensaba que podía ser Dustin. Carraspeó y levantó el auricular.

—¿Diga?

—¿Estás viva? —preguntó Denise.

—Sí.

—Nunca te había visto beber tanto. ¿Seguro que fue buena idea que acabaras con ese Dustin?

—Sí. No podía salir bien. Pero tengo algo increíble que contarte. ¿Te acuerdas de la carta de Virgen Nervioso?

—Claro que sí. ¿Por qué? ¿Vas a darme su teléfono?

—No tengo su teléfono y sabes que no te lo daría aunque lo tuviera. Pero ha vuelto a escribirme, ¿y sabes una cosa? Está en silla de ruedas.

—¡Vaya! Eso complica las cosas.

—Lo sé. Y hay más —le habló de las cartas que había recibido.

—Es genial —comentó Denise—. Tu boletín cambia la vida a algunas personas.

—Pero todo esto da un poco de miedo, ¿verdad?

—Puede, a menos que eso sea lo que quieres hacer.

Erica guardó silencio un rato.

—No es mi intención —dijo al fin—. El boletín fue solo una idea que decidí probar mientras surgía un trabajo de verdad.

—Define lo que es un trabajo de verdad.

—Uno que te da satisfacción porque convierte el mundo en un lugar mejor.

—Caso cerrado —dijo su amiga.

—¡Denise! Puede que haya ayudado a algunas personas, pero no es una contribución tan importante.

—Eso pregúntaselo a ellos. Puede que no estén de acuerdo.

—Sí, pero...

—Da igual. Te conozco y sé que tienes que darle mil vueltas a todo. ¿Quieres venir a un restaurante italiano esta noche con Josie y conmigo?

—Sí, pero nada de beber.

—Ni una gota. Todas tenemos trabajo mañana. Nos vemos a las seis en casa de Josie.

—De acuerdo.

Colgó el auricular y volvió a su ordenador. El dolor de cabeza había vuelto a empezar. Si decidía ampliar el boletín, tendría que estudiar la oferta de Dustin, pero no se creía capaz de trabajar con él de un modo regular. La tentación sexual era demasiado grande. Por otra parte, sería injusto hacerlo sin él, porque la idea había sido suya y debería poder participar también en las recompensas que hubiera.

Como no tenía respuesta a su dilema, decidió leer algunas cartas más; hasta el momento no había visto aún ninguna que pudiera responder en su columna.

Querida dulce Erica,

Estoy sentado solo en la cama con la única compañía de mi ordenador...

Con el corazón latiéndole con fuerza, buscó la firma para asegurarse de que la carta era de Dustin y no de algún admirador desconocido. Sí, era de él.

Tal vez borres esto en cuanto descubras que procede de mí, pero tenía que tender la mano y tocarte aunque solo sea tocando las teclas mientras escribo esta carta. Me excito solo con pensar en ti, lo que presenta un problema con el ordenador. Hasta ahora su peso controla mi erección, pero

si de repente resbala sobre la cama, seguro que tendré un problema. El ordenador está caliente como tú, pero no tan suave. Como ayuda a la masturbación, tiene muchas carencias y además, tú sabes lo que opino de las máquinas en el dormitorio. A pesar de ello, he pensado que la cama era el único lugar donde debía escribir esta carta.

Llevo unos pantalones cortos de correr porque luego pienso hacer ejercicio. Pero mientras te escribo me siento desnudo. Quizá porque ambos nos hemos desnudado mutuamente en más de un modo. Sé que comprendes lo que digo...

Era cierto. Cuando hacían el amor, en especial la última vez, ella le abrió las puertas y le dejó ver a la verdadera y desinhibida Erica. Y ahora él siempre sabría eso de ella. Y ella de él.

Pero la sorprendía un poco que hubieran llegado a la misma conclusión. Quizá fuera porque no creía que los pensamientos de él fueran tan profundos. Y ese pensamiento, desde luego, no decía nada bueno de ella.

A pesar de eso, tú parece creer que no tenemos mucho en común. Si no te entendí mal, crees que el sexo es lo único que nos une y, aunque es fuerte, no es suficiente.

Por eso he tenido una idea. Podemos escribirnos una temporada por este medio y ver si encontramos algo en común aparte del sexo. No obstante, perdóname si hablo también de eso, porque no puedo evitarlo cuando pienso en ti. Tú me excitas más que ninguna otra mujer que he conocido...

Erica lanzó un gemido y golpeó la mesa con el puño. Quería a Dustin a su lado y lo quería ya. Ciertamente que podía ir a buscar su vibrador, pero ya no podía sentirse satisfecha con eso.

Es evidente que necesitamos temas de conversación. Si tú estás en lo cierto y solo nos une el sexo, pronto no tendremos nada que decirnos, pero

ya se me ha ocurrido un tema del que hablar... el control de población.

Estoy a favor. Apoyo dar información sobre anticonceptivos a todo el mundo; yo los uso constantemente, excepto por una gloriosa excepción, en la que me entusiasmé tanto con tu vagina caliente y húmeda que entré en ti sin pensar. Ah, Erica, me gustó muchísimo.

Jamás olvidaré esa sensación, pero tengo que admitir que hasta que esté dispuesto a dejar embarazada a una mujer, seguiré usando condones porque estoy a favor del control de población. Personalmente me gustaría tener dos hijos, pero ese es el límite. Vale, te toca a ti. ¿Cuál es tu postura en el tema? Dustin.

Erica pensó lo que debía hacer. Podía borrar el mensaje e ignorar los demás que llegaran. Si todos resultaban ser así, una mezcla de charla social y sexo, solo servirían para excitarla.

Pero se conocía y sabía que no podía ignorarlo. Si ella estaba en lo cierto, se les acabarían los temas de conversación pero, entretanto, no podía resistirse a contestar.

Empezó a escribir.

Capítulo 16

Dustin fue a casa después de un día de trabajo, impaciente por leer el último correo de Erica e idear una respuesta seductora. Llevaban tres semanas carteándose a través de Internet y creía que estaba haciendo progresos en su campaña por volver a verla.

Habían hablado de muchos temas y hasta a él lo sorprendía que se mostraran de acuerdo en tantas cosas. Ciertamente que él no estaba tan informado como ella en algunos temas y que a él le gustaban los deportes y a ella no, pero creía que Erica empezaba a darse cuenta de que no eran tan opuestos. Cada vez se mostraba más amistosa y atrevida en las cartas.

El objetivo de Dustin era que lo invitara a Dallas, y creía que tal vez lo consiguiera pronto.

Entretanto, se había centrado en su trabajo y usaba su energía para buscar inversiones nuevas. Dos de las más emocionantes eran las que le había recomendado Erica: la de la cerveza orgánica y la compañía de filtros de agua.

También había hecho viajes rápidos a Houston y San Antonio y había conseguido publicidad para los dos semanarios. Los empleados estaban contentos y empezaba a pensar que los periódicos podían sobrevivir. Tal vez Erica le había hecho un favor al rechazar su idea para el boletín, porque sin eso se habría visto obligado a hacer el trabajo por sí mismo.

Y no lo hacía tan mal. Había invertido también en una compañía de software informático que estaba empezando y mostraba un gran potencial.

En otro orden de cosas, no olvidaba la imagen que creaban Jennifer y Ryan Madison en su casa, con su niña, y sabía que él podía ser feliz en un lugar parecido.

Pero para eso necesitaba a la persona idónea, una mujer inteligente, sexy, cariñosa y divertida. Erica era todo eso, pero Dustin tenía miedo de desearla demasiado, de ponerle un hombre al sentimiento que lo embargaba cuando pensaba en ella. Nunca había estado enamorado y, si ella no estaba dispuesta a aceptarlo, tampoco quería estarlo en ese momento.

La seducía, pues, a través del ordenador y no pensaba en amor, solo en establecer contacto. Todas las noches hacía lo mismo. Mientras encendía el ordenador y entraba en Internet, empezaba a desnudarse; luego, se ponía el pantalón de correr antes de sentarse a leer el último mensaje de ella, por si decidía salir a correr después de contestar. A menudo tenía que elegir entre eso o la ducha fría. Esa noche seguramente optaría por correr.

Dustin, me preguntas si creo que hay personas que son búhos y otras que prefieren madrugar. Claro que sí. Yo soy ave nocturna, no recuerdo la última vez que vi un amanecer. Sin embargo, todo lo que leo sugiere que muchos hombres tienen una erección por la mañana. Eso me interesa. Si insisto en trasnochar y no madrugar, puedo perderme el mejor ciclo sexual de mi pareja. Así que yo diría que, si se trata de elegir entre el ciclo del sueño y el mejor momento para un revolcón maravilloso, yo optaría por el sexo. Erica.

Dustin sonrió. Ella tenía claras sus prioridades y coincidían con las de él. Apretó el botón de responder.

Erica, cualquier hombre tan afortunado como para estar en la cama contigo seguramente tendrá una erección sea cual sea la hora a la que te despiertes. No creo que tengas que preocuparte por alterar tu ciclo de sueño para aprovechar su mejor momento sexual.

Pero se pueden decir muchas cosas a favor del sexo mañanero. Si un hombre se despierta antes que su amante, a veces puede usar la lengua para darle un orgasmo cuando aún está medio dormida, cuando está tan relajada y abierta que responde sin pensar.

Y por si te interesa, yo también soy ave nocturna la mayor parte del tiempo.

Dustin.

Envió el mensaje y apagó el ordenador. Saltó de la cama y se puso las zapatillas. Momentos después corría por las aceras de su urbanización de las afueras en un esfuerzo por controlar su libido.

Media hora después volvía a su casa cubierto en sudor. Las últimas tres semanas habían sido muy buenas para su forma física.

Entró en el despacho y, al comprobar los mensajes del teléfono, vio que tenía uno. Apretó la tecla.

—Hola, Dustin. Soy Jennifer Madison. Me pediste que te avisara si había algún cambio en la vida de Erica. Ha reservado vuelo para Seattle mañana por la mañana y regresa pasado mañana. Creo que va a una entrevista de trabajo. Si quieres las horas de los vuelos, llámame.

Dustin miró el teléfono. ¡Maldita sea! Él creía estar llegando a alguna parte con ella y ella pretendía marcharse a Seattle. Seattle estaba muy lejos. Si se establecía allí, tendría que renunciar a sus esperanzas.

Levantó el teléfono y marcó el número de Jennifer. La detective contestó al segundo timbrado.

—Hola, presentía que querías los números de vuelo.

—Sí — anotó la información—. Gradadas.

—De nada. Buen viaje.

—¿Cómo sabes que me voy?

—Es una corazonada. Después de todo, soy detective, ¿vale?

Dustin se echó a reír.

—Dale un beso a Annie de mi parte. Te llamaré cuando vuelva.

Colgó y subió corriendo las escaleras para ducharse y cambiarse de ropa antes de salir para Dallas. Menos mal que era ave nocturna.

Erica funcionaba a base de adrenalina desde que tuvo noticias del *Seattle Times*. El trabajo era justo lo que buscaba: periodismo de investigación. Con toda la controversia que había en el Pacífico, estaba segura de que acabaría trabajando en temas de medio ambiente.

Debería estar encantada con la posibilidad de conseguir ese empleo, pero en lugar de ello, yacía en la oscuridad sin poder dormir y pensando en todos los motivos por los que no deseaba irse a Seattle.

Procuró analizarlos despacio. Echaría de menos a Denise y Josie, pero podían ir a verla. También echaría de menos el boletín, pero seguía pensando que su futuro no estaba ahí. Nunca lo había estado. Además, Denise seguramente estaría encantada de continuarlo si ella se lo pedía.

Pensó en Dustin y en su último mensaje. Había decidido no comentarle la oferta de Seattle. Si por algún motivo no conseguía el trabajo, no tenía sentido que lo hiciera. Y si lo conseguía, tendría que interrumpir la correspondencia con él. Sabía que intentaba seducirla a distancia, pero no había podido resistirse a seguirle la comente. Le había parecido un modo inofensivo de amainar el dolor de su pérdida. Y había habido más dolor del que ella quería reconocer.

Por desgracia, se había permitido enamorarse un poco de él. Quizá más que un poco. Era comprensible, porque el sexo había sido soberbio y ahora descubría que quizá no hacían tan mala pareja

como había pensado.

O quizá era su habilidad para excitarla lo que la influía. Y pensar en eso no la ayudaba precisamente a dormir. Todas las noches intentaba dejar de pensar en él y se ponía el pijama horrible de rosas enormes.

Pero no servía de mucho; y esa noche era fundamental que durmiera e intentara causar buena impresión al día siguiente en la entrevista. Tal vez una sesión con el vibrador la ayudaría a relajarse.

Abrió el cajón de la mesilla y lo sacó. Dustin no lo aprobaría, pero no tenía por qué saberlo. Además, eso le daba igual. El vibrador ronroneó en cuanto lo encendió. Bajó la mano y se bajó el pantalón. Estaba empapada.

Cuando empezaba a meterse el vibrador, sonó el timbre de la puerta. Dio un respingo, lo apagó y lo dejó a un lado. Se sentó en la cama y miró el despertador de la mesilla. Eran las tres y media.

Cruzó el apartamento a oscuras y se acercó de puntillas a la puerta; se asomó por la mirilla.

Al otro lado estaba Dustin, cansado y sin afeitarse. Abrió la puerta con dedos temblorosos.

—¿Sucede algo?

—Sí —él entró en el apartamento—. Que tú te vas a Seattle.

—¿Cómo lo sabes?

Dustin cerró la puerta, lo que los dejó en penumbra. La luz de emergencia de la sala servía para ver la silueta de los muebles, pero no podía verle la cara.

—No te vayas —la tomó en sus brazos—. Por favor —la besó.

Erica sabía que no debía responder al beso, que era lo peor que podía hacer si quería mantener distancia entre ellos. Pero hacía tres semanas que no lo veía y dos minutos que había apagado el vibrador sin llegar a utilizarlo.

Dustin gimió y le puso las manos en las nalgas. Luego, metió una mano por debajo del pantalón del pijama y descubrió el estado en

que estaba ella. Apartó la boca.

—¿Cómo puedes irte? —empezó a acariciarla—. Solo tengo que tocarte y ya estás a punto de explotar...

—Yo...

—No contestes —la tomó en brazos y la llevó al dormitorio—. Antes tenemos que hacernos cargo de esta situación; luego, hablaremos.

—Dustin, estoy así porque...

—¿Tienes otro hombre ahí dentro? —se detuvo de plano.

—No. El vibra...

Dustin lanzó una maldición y entró en el dormitorio, donde la lanzó sin miramientos sobre la cama antes de desnudarse.

—Quítate esa cosa que llevas.

Erica no necesitó que se lo repitiera. El pijama de rosas salió volando hasta los pies de la cama.

—Es una vergüenza —estaba ya en calzoncillos y sacó un condón del bolsillo de los vaqueros. Se lo lanzó—. Abre eso.

—¿Qué es una vergüenza? —preguntó ella.

—Que yo viva a base de duchas frías y tú juegues con plástico cuando deberíamos estar juntos. ¿Lo has abierto?

Ella le pasó el condón.

—Deberíamos estar juntos —repitió él, mientras se lo ponía. Subió a la cama y lanzó un juramento. Sin duda había encontrado el vibrador. Lo levantó y lo lanzó contra la pared.

La penetró y ella tuvo un primer orgasmo casi al instante y luego otro. Dustin explotó con el segundo de ella y con un grito que seguramente despertó a todo el edificio.

—Esto servirá por ahora —dijo jadeante—. Pero no creas que he terminado.

—Vale —ella respiró hondo y se preguntó cómo había podido sobrevivir tres semanas sin aquellos orgasmos.

Dustin parecía distinto; no sabía qué le había pasado, pero había

perdido vacilación. Se mostraba más dominante y seguro.

Entró en el baño a librarse del condón y salió casi al instante. La abrazó y ella se acurrucó contra él.

—Aún no me has dicho cómo sabes que me voy a Seattle.

—Por Jennifer —le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—¿Todavía haces que me vigilen? ¿Y si yo tengo algo que objetar a eso?

Dustin le pasó la lengua por la oreja.

—¿Tienes?

—Sí —se estremeció.

—Sacaré a Jennifer del caso.

—Demasiado tarde; ya has descubierto lo que querías saber.

—¿Pensabas decírmelo? —le acarició el pezón con el pulgar.

—Si me daban el empleo.

Dustin la soltó y encendió la lámpara de la mesilla.

—¿A qué viene eso? —parpadeó ella.

Él se apoyó en el codo y la miró.

—Quiero que me mires a los ojos y me digas que pensabas irte a Seattle, aceptar el trabajo y decírmelo después.

Erica lo miró con fijeza.

—No me gusta tu actitud. ¿Por qué crees que tengo que comunicarte lo que hago? ¿Crees que el hecho de vigilarme te da derecho a saberlo todo sobre mí?

—No —la tumbó de espaldas y se situó sobre ella—. Lo que me da ese derecho es tu respuesta de hace diez minutos. Creo que esta farsa ha durado ya demasiado. Es hora de que admitas que tenemos algo especial, algo a lo que hay que prestar atención. No puedes escribirme un día un e-mail sobre erecciones y marcharte a una entrevista de trabajo a Seattle al día siguiente. Eso no es justo para ninguno de los dos.

Erica sabía que tenía cierta razón. Sentía además su pene en el muslo y quería que le hiciera el amor de nuevo. Esa vez despacio y

suave, como la vez del sofá.

—Me deseas de nuevo, ¿verdad? —preguntó él.

—Todo el tiempo —confesó ella—. Me he convertido en adicta a ti y eso me da un miedo espantoso.

—¿Por qué?

—Porque necesito ir a Seattle.

—No, no es verdad —levantó el pecho y empezó a frotar su torso sobre ella—. Puedes quedarte en Texas conmigo.

—¿Quieres que me quede aquí jugando contigo en vez de hacer un trabajo importante? —preguntó ella.

Dustin frunció el ceño.

—No solo jugando, aunque espero que eso también lo hagamos. Mira, sé que dijiste que no querías atarte hasta los treinta años, pero...

—¡Oh, no, de eso nada! —ella le empujó el pecho para apartarlo.

—¿Qué?

—No se te ocurra ofrecerme matrimonio. Sabes que no es lo que necesitamos ninguno e los dos —la idea de casarse con él pendía ante ella como un sueño prohibido. Pero sería su fin. Se convertiría en parte del sistema, tendría dos coma cinco hijos y seguramente hasta una doncella. Se vendería por completo.

—Habla por ti —musitó él.

—Acabo de hacerlo.

—Sí, es verdad —sus ojos azules se oscurecieron—. Y sé que la idea de casarte conmigo te da mucho miedo —se apartó de ella y se quedó mirando el techo.

Erica no pretendía herirlo. Le tocó el brazo.

—Este es el trabajo que he estado esperando desde que salí del instituto. Te dije que era lo que quería hacer y ahora tengo la oportunidad.

Dustin la miró.

—¿Y con esos e-mails solo querías matar el tiempo?

Erica sintió vergüenza. Lo había alentado porque era algo excitante. Pero había sido una crueldad si no tenía intención de seguir adelante.

—No tenía que haber contestado —admitió.

—Creo que no —se sentó en la cama.

Erica lo observó vestirse sin saber qué decir.

—¿Si no hubieras conseguido esa entrevista de trabajo, me habrías pedido que viniera a verte a Dallas?

Ella lo miró con tristeza.

—Sí, estaba pensando en ello. Nos divertíamos tanto que...

—¿Que pensaste que podías aprovechar la ocasión hasta que surgiera algo mejor?

—¡Oh, Dustin, no es eso! Me ha encantado estar contigo.

—O sea que he conseguido distraerte mientras esperabas tu destino. Vaya, eso me consuela. Pero me parece que ahora molesto, así que me marcho.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Yo no quería hacerte daño. Sé que te lo he hecho y no sé cómo arreglarlo.

—Estaré bien. Soy más fuerte de lo que crees.

—Estoy segura de ello —sintió un nudo en la garganta—. Eres el mejor.

Dustin apretó la mandíbula.

—Adiós, Erica; buen viaje.

Capítulo 17

Erica no había viajado mucho en avión en su vida y era la primera vez que lo hacía sola. El vuelo a Seattle no iba muy lleno y acabó sentada sola en una hilera de tres asientos al lado de la ventanilla. Normalmente no le importaba tener tiempo para pensar, pero esa mañana era una excepción. Esa mañana no se gustaba mucho a sí misma.

Después de que Dustin se marchara, renunció a dormir y se dio una ducha. Varias tazas de café y cajas de pañuelos desechables más tarde, se vio obligada a concluir que había sido una egoísta al continuar su correspondencia con él.

Y ahora se dirigía a una entrevista para un trabajo que la ayudaría a salvar el planeta, cuando no tenía problemas en causar tristeza en su vida personal.

¡Vaya persona noble que había resultado ser! Había tratado mal a Dustin, que era el hombre más cariñoso y amable que había conocido, y lo había dejado marchar sabiendo que había conducido la mitad de la noche para llegar a su casa. Nunca le había dicho que la amaba, ¿pero qué tenía de raro? Ella lo había espantado tantas veces que no se atrevía a mostrar sus sentimientos.

Era un milagro que se hubiera atrevido a sacar el tema del matrimonio, y ella también se lo había tirado a la cara.

Cuando sobrevolaban Utah, se confesó al fin que la razón de que

se hubiera portado tan mal con él era que ella también estaba enamorada de él. Enamorada y muerta de miedo de que eso la desviara de su camino.

¡Qué arrogante por su parte pensar que podía herir los sentimientos de alguien porque no compartían su visión de la vida!

El avión aterrizó a la hora prevista y ella tomó un autobús hasta la ciudad. El editor que la entrevistó se mostró amable, pero cuando ella entró en la redacción, no pudo evitar compararla con la posibilidad de escribir en su apartamento. Observó la sala y sintió una sensación curiosa en la boca del estómago.

Fue a comer con el editor, quien le habló de la necesidad de mantenerse objetivos incluso en un tema como el medio ambiente. El último periodista había dejado que sus opiniones personales influyeran demasiado en su trabajo y por eso lo habían despedido. Erica se mostró de acuerdo en que era un error, pero no dejaba de pensar en lo mucho que se divertía contando sus opiniones en su boletín.

Después de la comida, el editor la acompañó al hotel y antes de volver a sus deberes, le ofreció formalmente el puesto. Un buen sueldo, un periódico importante, una oportunidad excelente. Su trabajo soñado. No era de extrañar que el hombre pareciera confuso cuando ella lo rechazó.

Cuando salió de casa de Erica, Dustin fue directamente al hotel Fairmont, donde se dejó caer en la cama que le dieron y se quedó dormido en el acto.

Cuando despertó eran casi las diez y tenía que tomar algunas decisiones. Volver a Midland y cerrar ese capítulo de su vida parecía la más evidente. Pero no tenía la sensación de que su historia con Erica hubiera terminado.

Miró el techo y admitió al fin por primera vez que la amaba. Las semillas de ese amor se habían plantado la noche en que ambos

perdieron la virginidad diez años atrás y habían permanecido adormecidas mucho tiempo en espera del momento en que él la tendría en sus brazos una vez más.

La deseaba, la deseaba más de lo que quería admitir. Pero había jugado sobre seguro negándose a decir lo que quería y a entregarse a fondo. No era de extrañar que ella se hubiera ido a Seattle a una entrevista de trabajo. No había puesto su corazón y su alma en hacerlo cambiar de idea.

Pero quizá no era demasiado tarde. Emplearse a fondo no siempre garantizaba el éxito, pero si no lo hacía, no tendría ninguna posibilidad.

Al día siguiente en el avión de vuelta, Erica llegó a unas cuantas conclusiones dolorosas más. No solo había tratado mal a Dustin, también había estado ciega a las demás personas que la rodeaban. Había actuado como si su boletín fuera un juguete para divertirse mientras esperaba que se materializara una carrera más interesante.

Pero para sus lectores no era un juguete. Confiaban en ella. Y para los dueños de los restaurantes tampoco era un juguete; varias personas le habían dicho que su boletín era bueno para la economía de los pequeños negocios. Y eso no debía tomarlo a la ligera.

En su rinconcito del mundo hacía también cosas buenas y las hacía con algo que además la divertía. Expandirse a otras ciudades tampoco era mala idea y había sido una esnob al rechazar la oferta de Dustin.

Anochece ya cuando aparcó el coche delante de su apartamento. Subió las escaleras, tirando de la maleta con ruedas, contenta de estar en casa, de no tener que planear un traslado a Seattle.

Antes de llegar a su puerta, notó un rectángulo beige pegado en ella. Seguramente sería una nota de Denise recordándole que la llamara en cuanto llegara. Sonrió al imaginar su reacción y la de Josie cuando les dijera que había rechazado la oferta y se quedaría en

Dallas. Tendrían que ir a celebrarlo.

El rectángulo beige tenía su nombre, escrito con una letra que no reconocía. Lo despegó y descubrió que era un sobre con una tarjeta dentro. Dustin. Teniendo en cuenta cómo se habían despedido, no sabía si atreverse a leerla.

Sacó la tarjeta, de papel reciclado y con hojas secas pegadas en la superficie, y la abrió. Algo de plástico cayó al suelo, a sus pies. Era una llave del hotel Fairmont.

Leyó el mensaje con rapidez.

A veces los árboles nos impiden ver el bosque. Si quieres dar un paseo por el bosque conmigo, por favor, ven a mi habitación cuando vuelvas de Seattle.

Y aparecía el número de la habitación.

¡Seguía en Dallas y había esperado su vuelta! Tal vez quería salvar su amistad; había dicho desde el principio que valoraba mucho su opinión en los negocios. Quizá quería que le buscara oportunidades para invertir en el noroeste.

Guardó la llave en el sobre y abrió su puerta. Tenía que ducharse y elegir una ropa; no quería hacerlo esperar mucho.

Veinte minutos después salía de su casa vestida con un traje ligero de lino; había decidido enfocar el encuentro como una reunión de negocios, una oportunidad de ampliar su boletín, si todavía estaba a tiempo.

Además, pensaba que una disculpa sonaba mejor si vestía un traje verde que ropa informal. Había leído en alguna parte que el verde era el color de la sinceridad.

A medida que se acercaba al Fairmont, se ponía más nerviosa. En el elegante vestíbulo estuvo a punto de acobardarse y tuvo que esforzarse por entrar en el ascensor y apretar el número del piso de Dustin. Independientemente de lo que ocurriera entre ellos, la idea

de ampliar el boletín había sido suya y merecía tener la primera oportunidad.

Abrió el bolso y sacó la llave mientras avanzaba por el pasillo. Bien, ya estaba allí. Tragó saliva, metió la tarjeta en la ranura, esperó a que la luz se pusiera verde y abrió la puerta.

Parpadeó. La habitación olía a pino, lo cual tenía sentido porque había al menos cuatro macetas grandes colocadas por allí. La única luz procedía de las bombillas minúsculas que asomaban entre las ramas de los árboles. Sonaba un CD con ruidos de la naturaleza que incluían el murmullo de un arroyo y trinos de pájaros.

Era evidente que quería acercarla un poco del Pacífico Norte, lo cual la conmovió bastante. Sus ojos se adaptaron poco a poco a la penumbra y miró a su alrededor.

—¿Dustin?

—Estoy aquí —salió de las sombras ataviado con un esmoquin.

Erica quedó completamente deslumbrada. No solo estaba más guapo de lo que ningún hombre tenía derecho a estar, sino que se había tomado muchas molestias. Lo miró esperanzada, aunque se advirtió a sí misma que no debía dejarse llevar. Pero el esmoquin tenía que significar algo bueno.

Mientras avanzaba hacia ella, sacó la mano de detrás de la espalda y le tendió una rama de olivo.

—Creo que es lo que debes darle a alguien cuando quieres dejar de discutir —dijo.

Fue a cerrar la puerta y ella lo miró con la rama en la mano.

—Dustin, tendría que ser yo la que te la diera a ti. Te he tratado muy mal.

—Un poco —sonrió él—. Pero a veces la gente actúa así cuando está confusa.

—¿Cómo sabes que estaba confusa? ¿Has hecho que me siguieran también a Seattle?

—No —él rió—. Eso se acabó. Pero tienes que estar confusa

porque yo no he sido claro sobre lo que quiero.

—¿Y qué quieres? —musitó ella.

Dustin tardó un momento en contestar.

—¿Sabes qué? Se me da mejor mostrarlo que decirlo. ¿Te ha impresionado el esmoquin?

Erica asintió. El pulso le latía con fuerza.

—Me impresiona todo esto. Puede que tú hagas estas cosas a menudo, pero...

—No. Y antes de seguir hablando, necesitas saber que no soy fabulosamente rico. Mi padre me ha dejado un buen embrollo económico. Seguramente conseguiré arreglarlo, pero el dinero no fluye como el agua, créeme.

Ella lo miró atónita.

—¿Necesitabas de verdad la oferta del boletín?

—Sí —sonrió él—. Mi padre compró un par de semanarios en Houston y en San Antonio que no iban muy bien y pensé que si ampliaba tu boletín a esas ciudades, podíamos usar las imprentas para ello y eso ayudaría a salvarlos. Y de no ser así, sabía que tu boletín iría bien, por lo que no se perdería todo.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Por motivos estúpidos. El primero porque pensé que los semanarios te parecerían poca cosa después de tu experiencia con los grandes diarios.

—Pero...

—Da igual. He conseguido animar el departamento de publicidad en ambos casos y creo que podré salvarlos después de todo. También quiero darte las gracias por recomendarme la cerveza orgánica y los filtros de agua. Me parece que Empresas Ramsey sobrevivirán.

—Dustin, no tenías que haber gastado dinero en todo esto. No era necesario.

—No te preocupes, no me ha costado mucho. Los árboles son un préstamo, mi amigo Curtis trabaja en un invernadero. Y Roger, mi

otro amigo de las carreras, tiene un esmoquin de mi talla exacta...

Y prestado o no, le sentaba de maravilla. Su imagen de Dustin cambiaba rápidamente. Había sido una tonta al dar cosas por sentadas; tenía que haber investigado un poco.

—De todos modos, creo que el esmoquin ya ha cumplido su objetivo —tiró de la pajarita negra, que se deshizo. Se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de una silla. Empezó a desabrocharse los gemelos.

A ella se le hizo la boca agua y empezó a temblar. Él buscaba sexo, pero quizá fuera eso lo único que quería. Tal vez había matado cualquier oportunidad que pudieran tener de convertir su lujuria en algo más.

Pero si quería sexo, se lo daría de todos modos. Era lo mínimo que le debía después de cómo lo había tratado.

—¿Me... quito... el traje? —preguntó.

—Sí, me encantaría, pero me gusta. Gracias por haberte puesto elegante para mí —se quitó los zapatos y empezó a desabrocharse los pantalones.

Ella se abrió la chaqueta del traje.

—Mi versión de una rama de olivo —dijo.

—¿El traje o que te lo quites?

—Las dos cosas. Dustin, tengo que disculparme. Debería empezar por...

—Desnudarte —murmuró él—. Estoy esperando esto desde ayer por la mañana. Esta vez no me he traído trabajo, así que no he hecho otra cosa que soñar contigo tumbada en la cama.

Erica se desnudó hasta quedarse en ropa interior.

—Alto ahí —a él le quedaban solo los calzoncillos grises con un bulto evidente en la parte delantera. Respiró hondo—. Quiero decirte que eres increíblemente hermosa. Lo he pensado siempre que te he mirado, con ropa o sin ella. No te lo he dicho mucho y debería haberlo hecho.

—Gracias.

Se desabrochó el sujetador; tal vez él solo quisiera sexo, y eso sería lo que le daría. No lo asustaría con palabras de amor que de todos modos a él le costaría mucho creer. Pero le daría un buen revolcón y eso sería un comienzo.

—Quítate el resto —dijo él.

Erica se quitó las bragas.

—Lánzamelas.

Las atrapó en el aire y las acercó a su nariz. Respiró hondo, cerró los ojos y apretó el algodón blanco en su puño. Cuando volvió a abrir los ojos, su mirada podía haber tundido el acero.

—Tumbate en la cama y abre las piernas. Haz realidad mis fantasías.

Erica se acercó a la cama con paso tembloroso y se tumbó de espaldas con las piernas abiertas.

Dustin se quitó los calzoncillos despacio y subió una rodilla a la cama. No tenía condón. Erica lo miró con curiosidad, pensando qué quería hacer.

—Esto es todo lo que quiero —dijo él con voz ronca—. Tú en mi cama todas las noches hasta que nos hagamos viejos. Quiero eso porque me encanta el sexo, pero también porque te quiero. Quiero casarme contigo, dejarte embarazada, construir una vida juntos. No sé cómo será esa vida, pero si te vas a Seattle no tenemos ninguna posibilidad. No te vayas. Sé que un semanario no es lo que tienes en mente, pero son unos periódicos estupendos y pensamos aumentar su tirada y, si quieres escribir sobre medio ambiente...

—¡Oh, Dustin! —exclamó, Erica, emocionada.

—No digas que no todavía. Piénsalo. Piensa en quedarte aquí.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Eso era lo que quería, lo que había querido siempre y no se había atrevido a pensar que podía tener.

—Por favor —susurró él.

—Ya he rechazado el trabajo.

Dustin subió a la cama y se colocó sobre ella.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Ayer —tomó el rostro de él entre sus manos—. Gracias por ayudarme a entender que habría sido un gran error. Te quiero, Dustin. Quiero ser tu esposa y tener tus hijos. Me encantará escribir en tus semanarios o hacer lo que pueda por salvarlos. Y voy a conservar el boletín, pero no hace falta que lo amplíemos ahora si cuesta mucho dinero.

—Claro que no —él se echó a reír y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Eso también lo haremos.

—Pero...

—No te preocupes por nada; ya pensaremos en algo juntos —se puso serio—. ¿Dices en serio lo de ser madre?

Erica miró a los ojos al hombre que sería el padre de sus hijos.

—Sí.

—Me alegro, porque me gustaría empezar cuanto antes.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Bien —aferró las nalgas de él, levantó las caderas y lo atrajo hacia sí.

Dustin entró en ella con facilidad.

—¿Qué tal así?

—Perfecto —lo miró y vio años de amor, de criar niños, moldear vidas, envejecer juntos—. Es un gran paso, así que espero de corazón que sepas lo que haces.

—Lo sé —sonrió él—. Pienso demostrarte lo mucho que sé lo que hago.

—No hablo solo de sexo.

—Lo sé —la besó en los labios—. Cuando vine a Dallas la primera vez, creía saberlo todo, pero aún tengo mucho que aprender.

Erica suspiró y dispuso todas sus dudas al calor del abrazo de él.

—Yo también.

—Creo que al fin hemos acertado.

—Yo también lo creo.

Él empezó a moverse y ella estuvo segura de que no se equivocaban.

Epílogo

Jennifer Madison miró con satisfacción el comedor iluminado por velas. Ryan y ella tenían invitados y no eran familia. Dustin había llevado a Erica a cenar para presentarle a la mujer que había ayudado a localizar.

La risa y la conversación fluían con facilidad en la mesa. Annie estaba dormida arriba y con suerte dormiría un rato más. Entre la niña y el trabajo, Jennifer no había tenido mucha vida social en los últimos tiempos.

—Y por el momento vamos a conservar mi apartamento en Dallas y la casa de Dustin aquí en Midland —dijo Erica en respuesta a una pregunta de Ryan—. Me quedan unos meses de alquiler. Cuando mi amiga Denise se sienta cómoda ocupándose sola del boletín, seguramente dejaremos mi apartamento y viviré aquí.

—Pero el mes que viene, después de la boda, alquilaremos algo en Houston para tener una base desde la que lanzar Hola, Houston —añadió Dustin.

—Cierto. Y después de eso, pasaremos tiempo en San Antonio. Si esos dos lanzamientos salen bien, tal vez probemos también en Oklahoma City.

—Seguro que salen bien —dijo Dustin.

—Son muchos planes, pero los dos parecéis muy emocionados con ellos —comentó Jennifer.

—Desde luego que sí—Erica apretó la mano de su prometido—. Pero estaremos muy ocupados. Dustin tiene mil cosas pendientes y yo acabo de empezar una columna sobre medio ambiente en los semanarios —miró a su alrededor—. Me gustan nuestros planes y no cambiaría nada, pero algún día...

—Algún día tendremos una casa como esta —terminó Dustin—. Garantizado. Hay un constructor nuevo...

Un grito de bebé lo interrumpió.

Jennifer dejó su servilleta al lado del plato y se puso en pie.

—A lo mejor ha perdido el chupete. A veces se duerme otra vez si se lo das.

—¿Quieres decir que no la vas a bajar aquí? —preguntó Dustin, decepcionado.

Jennifer lo miró sorprendida.

—¿Quieres que la baje?

—Mmmm, bueno, no quiero que alteres su horario ni nada de eso.

Erica soltó una carcajada.

—Es bastante obvio que Dustin quiere que la bajes, Jennifer. Está loco por Annie. Es uno de los motivos por los que estaba tan contento de venir esta noche. Seguramente no te has fijado en la cara que ha puesto cuando le has dicho que ya estaba acostada.

Ryan soltó una risita.

—Vete a buscarla, Jen. Dustin necesita un chute de bebé.

—Bien, ahora vuelvo.

Regresó pocos minutos después con Annie.

—Está bien despierta, así que...

Sonó el teléfono en el despacho y mientras contaba los timbrazos, recordó que no había puesto el contestador.

Empezó a pasarle la niña a Ryan, pero cambió de idea y se la tendió a Dustin.

—¿Para mí? —este la tomó con una sonrisa sorprendida y la acomodó en su regazo.

—Ryan, ¿quieres traer el postre? —dijo Jennifer, antes de salir hacia el despacho.

Cuando colgó *el* teléfono cinco minutos después, oyó la risa de Annie de camino al comedor y la sorprendió ver que Ryan seguía en la cocina. Dustin y Erica jugaban con la pequeña.

Jennifer se detuvo en el umbral a disfrutar de la escena. Menos mal que finalmente había conseguido encontrar a Erica. Solo había que verla con Dustin para saber que estaban hechos el uno para el otro.

Ryan entró un momento después desde la cocina con una bandeja en la que había trozos de pastel de chocolate.

—¿Era importante la llamada? —preguntó a su mujer.

—Sí, era Lily. Me ha encontrado un investigador privado.

—¿De verdad? —Ryan parecía complacido—. Necesitas ayuda con la agencia —empezó a distribuir el postre.

—Desde luego que la necesito —se dio la vuelta para dirigirse a Dustin—. Oye, Dustin, si quieres puedo encargarme de Annie mientras tomas el postre.

El aludido pasó un brazo protector en torno a la niña y levantó el tenedor.

—Está bien aquí.

—¿Entonces vas a contratar un empleado? —preguntó Erica.

—Eso parece.

Jennifer le explicó que Lily y su hermano gemelo Dylan eran los fundadores de la agencia Buscadores, una organización cerca de San Antonio dedicada a buscar personas desaparecidas y reunir familias dispersas. Jennifer trabajaba en un caso para ellos cuando conoció a Ryan, así que estaba dispuesta a aceptar a cualquier persona que le recomendara Lily.

—¿Y de quién te ha hablado? —preguntó Ryan.

—Curiosamente, es parte de la familia Trueblood. Se llama Zack Letterman y es de la rama de Indiana de la familia. Parecer ser que

quiere trasladarse a Texas y Lily cree que puede ser justo lo que necesito.

—Esperemos que sí —Ryan miró a Dustin—. Pareces muy feliz con Annie en los brazos. Ten cuidado o le vas a dar ideas a Erica.

Dustin sonrió.

—Eso espero —repuso.

A juzgar por la mirada de pasión que intercambiaron los dos, Jennifer estaba segura de que no tardarían en tener hijos. Pensó que, si lo de Zack Letterman salía bien, tal vez Ryan y ella pudieran empezar a pensar en darle un hermanito a Annie. Sorprendió una mirada de su esposo y pensó que le había leído el pensamiento.

—¿Sabes una cosa, cariño? Me alegro muchísimo de que Lily te haya encontrado a alguien —dijo él.

Jennifer se dejó calentar por su mirada. Tal vez no pensara en hacer niños en ese momento, pero desde luego le estaba haciendo saber que echaba de menos pasar más tiempo con ella.

—Sí —dijo con suavidad—. Yo también.

FIN